COCHE

Harry Crews

Traducción Javier Lucini

Herman es el hijo de Easy Mack, el propietario del mayor cementerio de coches de Jacksonville, Florida. La vida transcurre sin mayores aspavientos entre la chatarra y los efluvios fétidos del río Saint John. Su hermano, Mister, desguaza y sueña con Cadillacs. Su hermana Junell está a cargo de la grúa, Big Mama, y se desvive por ser la primera en llegar a los accidentes y llevarse la mejor pieza. Pero hay un problema: Herman no encaja. Nunca lo ha hecho. Parece hijo de otro. No termina de enraizar. Les ha salido un poco rana. Es un soñador y tiene ideas. Ideas muy locas que, además, no duda en llevar a cabo. La última tiene que ver con un Maverick del 71. Un Ford seis cilindros con palanca de cambios convencional «y sin opciones», tal y como ha salido anunciado en el *Times-Union* de Florida. Herman se lo va a comer. Pieza a pieza.

Harry Crews

Coche

ePub r1.0
Titivillus 04-02-2024

Título original: *Car*
Harry Crews, 1972
Traducción: Javier Lucini
Ilustración de cubierta: Antonio J. Moreno «El Ciento»
Colección: Dirty Works, n.º 12

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

El término «maverick» procede del abogado, político y terrateniente tejano Samuel Augustus Maverick
(1803-1870),
uno de los firmantes de la Declaración de Independencia de Texas. Aparece citado por primera vez en 1867 con el significado de «mentalidad independiente», según afirman diversas fuentes, referido a Samuel porque, según los demás rancheros, se negaba a marcar su ganado. En realidad aquello no era reflejo de una mentalidad independiente, sino más bien de su total falta de interés por la ganadería. A partir de entonces se empezó a utilizar el término «maverick» para referirse a las reses sin marcar que no formaban parte del ganado. La placa del Ford Maverick se estilizó para asemejarse a la cabeza de una vaca de cuernos largos, las famosas vacas Longhorn de Texas.

Coche

Harry Crews

Por Mac
¿Por qué si no?

UNO

Hacía mucho tiempo que Mister, sentado encima del prensador de coches, no se sentía tan cerca de la felicidad. Había sido una tarde de Cadillacs. Parecía una buena señal, una señal estupenda. Y la necesitaba. Todos la necesitaban. La enorme máquina que manejaba para reducir los coches al tamaño de maletas latía y palpitaba a sus pies. En la pequeña garita amarilla situada a diez metros del suelo, Mister empuñó los mandos y revolucionó el motor. El asiento de cuero que ocupaba se sacudió y se balanceó. Esperó pacientemente a que se deslizase el siguiente coche a la plataforma.

La mañana había transcurrido sin pautas y no tenía importancia porque no las esperaba. Nunca las esperaba, aunque estaba preparado por si se daban. Hubo un momento, al mediodía —justo antes de comer— en que la cosa se puso interesante cuando aparecieron dos Hudson Hornets seguidos como por arte de magia. Claro que fue pura chiripa. Nada a lo que poder agarrarse. Así que Mister se limitó a machacarlos, los aplastó hasta transformarlos en dos sólidos cubos de metal que se deslizaron por la rampa hasta la zona de recogida junto al río.

Después, ya bien entrada la tarde, comenzó el desfile de Cadillacs. El primero fue un sedán de dos puertas del 47. Se aposentó en la plataforma, sin alerones, pero todo cromado. ¡Crash! Lo aplastó sin más. Le siguió uno del 57. Se deslizó hasta la plataforma y crujió levemente por su propio impulso, todo alerones fantásticos. El sueño alucinógeno de un borracho. ¡Crash! Con enorme satisfacción, Mister lo devolvió sin asomo de ternura a su estadio anterior, metal bruto e informe. Acto seguido, apareció un tercero. Y un cuarto. A Mister se le desbocó el corazón. Se sintió inundado por una pequeña oleada de calor. ¡Y un quinto! Ya iban cinco Cadillacs seguidos. Se encorvó sobre el asiento por encima de

los mandos revestidos de caucho, a la espera…

Y, en efecto, un flamante Cadillac de 1970 se deslizó hasta la plataforma. Mister se sacó la bandana roja del peto y le indicó a Paul, a cargo de la grúa, que ya bastaba por hoy. Se quedó sentado contemplando afectuosamente aquel último Cadillac. El sexto consecutivo. Un récord.

Cadillac: el coche de los pobres (en cuanto te haces con uno de estos bellezones, puedes quedarte tranquilo; un Cadillac estándar es una máquina de pre-ci-sión; mantenimiento mínimo; depreciación casi nula).

Cadillac: el coche de los ricos (no he trabajado dieciocho horas al día y padecido tres úlceras con solo treinta y seis años para conducir un Volkswagen. Un hombre capaz de comprarse un Cadillac nuevo en octubre, todos los años, es lo que yo considero un americano de tomo y lomo).

Las voces latían calladamente en la cabeza de Mister. Y del mismo modo, quedamente, le hicieron partícipe de la evolución del coche. Vio los primeros Cadillacs; sólidos y cuadrados como tanques Sherman. Pero, poco a poco, el viento los fue atenuando, alargados y alisados como lágrimas. Entonces comenzó a sugerirse la primera evidencia de un alerón. Una pequeña protuberancia en el extremo más exiguo de la lágrima. Y de esa pequeña protuberancia brotó un alerón gigantesco cuyas dimensiones te dejaban sin aliento. El vehículo se deslizó por todos los garajes de la nación, de costa a costa, de Canadá a México. Remontó la corriente, salvaje e implacable, hasta las mismas fuentes del corazón americano. Y allí se quedó. Y ahí se quedará para siempre. ¿Quién lo duda?

Mister volvió a sacarse la bandana del peto y se enjugó la cara. Allí abajo, en la plataforma, reposaba el Cadillac en su nueva encarnación. Seguía luciendo los alerones, pero ya sin su fluidez ni su funcionalidad. Macizos, rotundos e inmóviles. Mister aceleró el motor de la prensa. Su estruendo era lo único que se oía en los alrededores.

Estaba sentado al borde de diecisiete hectáreas de coches destrozados. Por debajo, a su izquierda, se agitaba la corriente excrementicia del río Saint John. Tres metros de gasolina sobre quince metros de mierda, tal y como a su padre le gustaba describirlo. Claro que a su padre ya nada parecía gustarle mucho. Y

al otro lado del río, en una bruma de fábrica de celulosa teñida de rojo por el atardecer, estaba Jacksonville, Florida. Era el momento de dar por concluida la jornada, el momento de aplastar el último coche y dejar que se deslizase por la rampa hasta donde, finalmente, alguien se encargaría de subirlo a una de las muchas gabarras ancladas al muelle de hormigón. Veinticinco toneladas de maquinaria a la espera, suspendidas en raíles a cada extremo del prensador, para comprimir el Cadillac, reducirlo a un bulto cuadrado manejable y sin el menor encanto.

El Cadillac ya había quedado reducido en cerca de una tercera parte cuando lo trajeron. Era un sedán verde claro de cuatro puertas con una cubierta de vinilo de cachemir. Pero ahora el resplandeciente parachoques cromado abrazaba las puertas. El capó se había vuelto sobre sí mismo hacia el vientre del coche, donde antes habían estado los asientos delanteros.

Por lo visto, quince kilómetros al norte, por la
U.S.
1, entre Jacksonville y Saint Augustine, el conductor se había quedado dormido al volante y había embestido el pilar de un puente de hormigón. La policía estatal había sacado al conductor con un soplete de acetileno y una espátula. Y lo depositaron en una cubierta de hule. Eso es lo que contó Junell cuando remolcó el Cadillac hasta
Auto-Town.

Junell trajo el Cadillac en la parte trasera de Big Mama, su camión remolque de diez ruedas. Luego hizo que los chicos lo desguazasen. El Cadillac tenía un volante de madera de nogal tallado a mano y, aunque parezca extraño, como la columna de dirección se había deslizado por el lado izquierdo del asiento trasero, el volante de nogal seguía intacto. Ahora colgaba en una de las paredes del Hogar del Desguace. Lo había extraído ella misma, junto a los tapacubos traseros. Luego retiró el cristal de la ventanilla posterior, las manillas de las puertas y las luces traseras de vidrio; también afanó el gato y la rueda de repuesto del maletero. Al final, no quedó más que el esqueleto de metal saqueado que ahora reposaba en la plataforma, a sus pies.

Mister tocó la palanca recubierta de caucho rojo que tenía delante y el torno descomunal aprisionó al Cadillac. Al momento,

un bloque sólido de metal del tamaño de una maleta se deslizó por la rampa. Mister suspiró y apagó el motor. Descendió por la escalinata metálica y se dirigió al muelle de hormigón. Salvo por el extremo que daba al río, el horizonte lo formaban montañas de coches destrozados. Todo tipo de coches en todo tipo de posturas: del revés, de lado, de punta, erectos, inclinados, recostados. El suelo no era de tierra, era una gruesa capa de misteriosos fragmentos de vidrio, vidrio de todos los colores, rosa, amarillo, transparente, tintado de azul y rosa, incluso negro. Y, mezclados con el vidrio, fragmentos desiguales de aluminio, trozos arañados de hierro fundido y otras piezas de metal desgastadas hasta formar una especie de arena fina. Tras muchos años de práctica, Mister caminaba sin vacilar sobre los trozos desiguales de vidrio y metal.

Se detuvo en el muelle y admiró con satisfacción el trabajo de la jornada. Hudson Hornets volatilizados, un Oldsmobile extinto modelo Youngmobile, un Pontiac reducido a su mínima exponencia, un Chevrolet cancelado, Buick Believers arruinados. Ahora solo maletas. Maletas enormemente pesadas. Mañana remontarían el río. Mister entornó los ojos y miró en la dirección por donde desaparecerían. Le ardieron los ojos y se le nubló la vista a causa del hálito palpable que desprendía la corriente. Estar tan cerca del río Saint John era como estar pegado a la puerta abierta de un horno. Enseguida se vio envuelto en una ligera ráfaga de gas, sustancias químicas y retretes obstruidos. Se subió el cuello de la camisa vaquera, encorvó los hombros contra la ráfaga ardiente y se dirigió de vuelta a

Auto-Town.

Estaba a casi un kilómetro del Hogar del Desguace, un kilómetro por un camino serpenteante que atravesaba un valle entre abruptos acantilados de automóviles.

Ciento cincuenta metros antes de llegar al Hogar del Desguace, salió a un llano de coches aplastados y mutilados dispuestos esmeradamente en fila, uno detrás de otro, a lo largo de más de cuatro hectáreas, hasta donde la autopista se arqueaba por encima de

Auto-Town

camino de Jacksonville.

Mister se negó a mirar las hileras de coches y siguió caminando

obstinadamente. Ahora que la montaña de coches se interponía entre él y el río no había viento. Era muy tarde. Seguro que tendrían que pagarle a Paul una hora extra, puede que más.

La entrada del Hogar del Desguace estaba cerrada y con la cadena puesta. Al otro lado de la malla metálica que cubría la fachada, los tapacubos, los espejos retrovisores y los volantes que colgaban expuestos en las paredes irradiaban sin demasiado entusiasmo. Big Mama estaba aparcada junto a la alta valla amarilla que ocultaba

Auto-Town

a quienes pasaban por la superautopista. O al menos ocultaba el Hogar del Desguace y el cartel de casi un metro de altura que indicaba que esto era

Auto-Town,

pero no llegaba a ocultar las montañas de coches desguazados.

Había un taxi detenido frente a la verja del portón, ya a esas horas cerrada con candado. Se acercaba la noche y el taxi tenía los faros encendidos. Una mujer con un amplio sombrero negro y un velo del mismo color aguardaba en la entrada aferrada a la verja. Mister suspiró. A saber quién sería. Estaba preparado para cualquiera que se presentase ante sus puertas. Si se tratase de una mujer que venía a llevárselo para descuartizarlo y vender su carne en el supermercado local, no le habría sorprendido. Pero, por supuesto, no sería nada tan interesante e inusual como eso, lo sabía de sobra.

—¿Dónde está el coche de Fred? —preguntó ella desde el otro lado de la verja.

Mister estaba lo bastante cerca para poder distinguir algo detrás de su velo a pesar de la penumbra. Unos ojos negros y hundidos, y una nariz roma en forma de cuchara. Sin responder, apartó la vista y la paseó por las diecisiete hectáreas de coches reventados, ahora oscuros, amontonados e indistinguibles unos de otros. Volvió a mirar a la mujer. ¿Por qué nadie entendía que eso era imposible?

—No tengo ni idea —dijo Mister.

Ella se balanceó levemente sobre sus delicados zapatos negros. Luego se soltó de la verja y del bolso negro que llevaba colgado al hombro sacó un trozo de papel que consultó entrecerrando los ojos en la penumbra.

—¿Esto es Auto-Town? —preguntó.

—Sí —dijo Mister.

—¿Es suyo este negocio? ¿Es usted el propietario? —Su vocecita resultaba melodiosa por efecto de la aflicción.

—Mi padre.

—Trajeron aquí su coche —dijo ella.

—¿El coche de quién?

—De Fred. Mi marido. El que estaba… Con el que tuvo el accidente. Me dijeron que lo trajeron aquí. Por favor. ¿Me dejaría verlo? Será solo un momento. Se lo ruego, ayúdeme.

—¿Y cuándo dice que lo trajeron, señora?

—Hace seis días. —A través del velo vio que se le crispaba el entrecejo—. Por la tarde.

—¿Marca?

—Cadillac. Cubierta de vinilo. Cubierta de vinilo de cachemir.

—¿Nuevo?

—De este año, sí, nuevo.

Naturalmente, no podría haber sido otro. ¿De qué otro podría tratarse? Ahora era una maleta maciza amontonada en el muelle junto a otras doscientas dieciséis maletas a la espera de la gabarra. Mister se sacó un llavero del bolsillo que llevaba unido a una correa de cuero prendida al cinturón. Abrió la verja.

—Por aquí, señora.

Ella se volvió hacia el taxi.

—Volveré enseguida. Puede apagar los faros.

Estaba anocheciendo pero ella le siguió sin la menor precaución. Apenas hacían ruido, como ratas correteando sobre grano seco. Mister sabía exactamente a dónde llevarla. A menos de cincuenta metros del Hogar del Desguace, bien a la vista, en una de las primeras filas, dieron con él, un Cadillac en perfectas condiciones salvo por el motor incrustado en el asiento delantero y el golpe en forma de estrella que lucía el parabrisas en el lado del conductor donde, sin lugar a dudas, había impactado una cabeza.

Se quedaron contemplándolo un momento en la oscuridad. Era del 69, no del 70, pero Mister sabía que ella no lo sabría distinguir ni a la luz del día. Las mujeres eran emotivas y gesticulantes.

Ella se acercó al Cadillac. Se detuvo junto a la puerta de atrás. Le miró. Él sabía muy bien lo que tenía que hacer. Agarró la manilla

de la puerta y tiró. La bisagra estaba atascada. Tiró con más fuerza. Crujió y raspó, pero al final se abrió. Ella se embutió en el asiento trasero. Él cerró.

—Me quedaré aquí sentada un momento, si no le importa —dijo ella.

—Como usted guste —dijo él.

La dejó allí, regresó al Hogar del Desguace y ascendió la escalera exterior hasta la segunda planta donde vivía con su padre, su hermana Junell y su hermano gemelo, Herman.

Herman no estaba. Pero Mister no esperaba que estuviese. No había casi luz en el amplio espacio diáfano que les servía de cocina, comedor y salón. La pared que daba a las montañas de chatarra y al río era un largo ventanal. Su padre, Easton Mack, a quien todo el mundo llamaba Easy, estaba asomado. Junell también. Iba vestida con un mono de motera de cuero negro. El largo cabello rojo se le derramaba por la espalda y ardía como una llama contra el cuero oscuro. El padre de Mister se volvió para mirarle en cuanto entró por la puerta. Ojos estrechos como cuchilladas. Mister se situó junto a ellos. Estaban mirando el Cadillac 69 en el que se había sentado la reciente viuda de Fred. Los tres se quedaron mirando un rato. Las ventanas estaban abiertas al viento procedente del río. A aquella distancia resultaba agradablemente cálido, aunque venía cargado con una fragancia parecida a la del queso curado.

Desde abajo les llegó un ruido. Metal contra metal, un crujido. Easy Mack se giró, cruzó a toda prisa la estancia y volvió sobre sus pasos. Escrutó la creciente oscuridad de la que procedía aquel estrépito, ahora más imperioso, insistente. La viuda de Fred estaba intentando salir de lo que pensaba que era el Cadillac de su marido.

—No va a ser capaz de salir —dijo Junell.

—Saldrá —dijo Mister.

—¿Quién se mató ahí dentro? —preguntó Easy.

—Su marido —dijo Mister—. Un tal Fred.

—¿Fred? —dijo Easy.

—Fred.

Ahora podían oír su voz, débil, cadenciosa, llena de dolor.

—Baja y sácala de ahí —dijo Easy Mack.

—Lo va a conseguir —dijo Mister.

—Que bajes —dijo Junell—. Papá no puede soportarlo.

—Pues ya va siendo hora de que soporte algo —dijo Mister.

Los ojos como cuchilladas de Easy Mack se deslizaron fugazmente por el rostro de Mister, pero no dijo nada. Mister se arrepintió al instante de lo que había dicho. Sabía que su padre ya se sentía lo bastante mal por lo sucedido sin necesidad de que nadie le hiciese sentir peor. Había sido Easy Mack el que al final había hecho que el hermano gemelo de Mister, Herman, desistiera de su última empresa, a la que había llamado: EXPOSICIÓN DE COCHES: SU HISTORIA AL DESCUBIERTO. La viuda de Fred estaba ahora mismo sentada en una parte de esa exposición. Y debido precisamente a que Easy Mack no había podido soportarlo, no había podido soportar las multitudes, los arcos de luces por la noche, las risas, las lágrimas y las acusaciones furiosas, su hermano Herman se había perdido para siempre.

El problema de Herman era que no enraizaba. Nunca había sido capaz. Los demás enraizaban y encontraban su lugar, pero Herman no. Junell conducía la Big Mama y dirigía el Hogar del Desguace. Mister se ocupaba de la parte del negocio relativa a los desechos, manejaba el prensador de coches, dirigía el trabajo de Paul, el hombre que habían contratado para la grúa, y supervisaba la carga en el muelle. Su padre, que había fundado

Auto-Town,

llevaba la contabilidad y trataba de mirar al futuro. Pero Herman era un soñador. Eso era lo que su padre, que lo quería con locura, decía. Pero los sueños de Herman nunca llegaban a ninguna parte, o cuando llegaban siempre había alguien que le paraba los pies, alguien que le decía que no.

Por ejemplo, EXPOSICIÓN DE COCHES: SU HISTORIA AL DESCUBIERTO. Estaban sacando pasta a manos llenas cuando su padre decretó que tenían que parar.

—Hay que dejarlo —dijo una mañana—. No lo aguanto más.

Todo empezó el día que se presentó en

Auto-Town

un hombre muy bien vestido y preguntó si tenían un De Soto de 1949. Por supuesto, tenían uno. ¿Se lo podían enseñar? Mister y Herman le condujeron a la parte de atrás para que lo viese. El hombre ascendió la pendiente de coches arruinados hasta donde estaba plantado el De Soto de 1949. Mister y Herman le

acompañaron y se sentaron a mirar en el guardabarros abollado de un Plymouth. El De Soto estaba en mal estado, no siniestrado ni mutilado, pero cubierto de una gruesa capa de óxido. El hombre examinó el interior por la ventana trasera. Se quedó mirando mucho tiempo. Cuando por fin se incorporó, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Acabo de perder a mi hijo en Vietnam —dijo.

Se bajaron del guardabarros del Plymouth. No supieron qué decir. Mister pensó que lo mismo estaba chalado.

—En 1950 tuve uno de estos —dijo el hombre, acariciando el coche oxidado—. Tenía un año y funcionaba como la seda. Veintitrés capas de pintura. Se las di yo mismo. Pulidas, a mano, capa a capa.

Los miró, pero en realidad no los miraba a ellos, la mirada los traspasó, miraba otra cosa.

—Podías peinarte con el reflejo de la tapa del maletero. —Volvió a posar la mirada en el asiento trasero. Su rostro se había alejado de ellos, la voz distante, apagada—. Y ese fue el único motivo por el que ella aceptó casarse conmigo. Siempre lo supe. Justo ahí, en el asiento trasero de este mismo coche, en la primera cita. Y bingo.

Se giró de repente hacia Mister.

—Vaya puntería, ¿eh? ¿Se lo puede creer? Tal cual. ¿No le parece increíble?

Mister no supo qué decir.

—La primera vez en la primera cita y ¡zas! Embarazada. Y ahora el pequeñín está muerto. —Volvió a mirar el coche—. Gracias. Quería volver a verlo una última vez.

Caminando de vuelta al Hogar del Desguace después de despedirse de aquel hombre, Mister estuvo a punto de echarse a llorar. Era la cosa más triste que había oído en su vida. Joder. Pero Herman no. Herman era un soñador.

—¿Cuántos americanos crees que concibieron a sus hijos follando en el asiento trasero de un coche? —preguntó Herman—. ¿Qué porcentaje?

—Joder, Herman —dijo Mister.

—Yo diría que el diez por ciento —dijo Herman. Herman sonrió a su hermano—. Coño, puede que el viejo nos tuviera a nosotros en

uno de esos asientos traseros.

Ese era su hermano Herman, un soñador de proyectos locos. Pero Herman nunca estuvo dispuesto a que sus sueños locos se quedasen solo en sueños. Insistía en llevarlos a cabo. Y fue así que, cuando se le ocurrió lo de SU HISTORIA AL DESCUBIERTO, se puso a recorrer las montañas en busca de vehículos particulares.

—Todo lo que ha ocurrido en este puto país en los últimos cincuenta años —dijo Herman—, ha ocurrido encima, dentro o alrededor de un coche, se ha hecho con un coche o cerca de un coche. —Sonrió con su sonrisa soñadora—. Y todo el mundo quiere regresar a la escena del crimen.

Así que se puso a peinar las montañas en busca de coches, un modelo por cada uno de los últimos cincuenta años, despejó cuatro hectáreas de la propiedad de su padre y dispuso los coches en fila. Desde 1920 a 1970, una muestra de coches oxidados, rotos, mutilados, con piezas perdidas, pero aún reconocibles. Y, en efecto, todos quisieron regresar a la escena del crimen. Miles de personas.

Herman instaló una valla publicitaria: VENGA A VER EL COCHE DONDE SUCEDIÓ—EL ACONTECIMIENTO QUE CAMBIÓ SU VIDA. Y acudieron: para revivir la historia de amor, el accidente, el primer coche, el último coche, aquella vez que se pinchó la rueda, aquella vez que se quedó sin gasolina, aquella vez que él dijo que se había quedado sin gasolina, el sitio donde fue concebido el chaval («Tú tenías un pie apoyado en el salpicadero y el otro contra la manilla de la puerta, cariño. ¿Te acuerdas?»).

Pero, al final, su padre no pudo soportarlo. Easy Mack se sintió desbordado. Un hombre apuñaló a su cuñado en el capó de un Ford 47. Una mujer perdió la cordura cuando su marido abrió la puerta de un Studebaker 40 y dijo: «¡Mira!». Así que Easy Mack le dijo a Herman que no había más alternativa que retirar el cartel y clausurar aquellas cuatro hectáreas, clausurar su HISTORIA AL DESCUBIERTO.

—¿Pero por qué? —le preguntó su hijo.

—No hay alegría. No hay amor —dijo Easy Mack.

Mister lo recordó y volvió a sentirse invadido por la cólera. Insistir en el amor y la alegría les había hecho perder a Herman. Herman se había largado y esta vez no iban a poder recuperarlo. Tanto si vivía como si moría, se había largado.

Desde abajo les llegó un brusco chirrido de metal contra metal seguido de un seco ajetreo de pisadas sobre el patio sembrado de cristales.

—Gracias a Dios —dijo Easy Mack—. Salió.

—Ahora está bien —dijo Junell.

Escucharon cómo arrancaba el taxi y se alejaba rugiendo de la verja.

—Hay gente capaz de cualquier cosa —dijo Easy Mack—. Venir aquí y meterse en un Cadillac destrozado. La gente está loca. No entiendo nada.

Mister apretó los puños.

—Yo, en tu lugar, cerraría el pico —dijo Mister—. No diría una sola palabra si hubiese criado un hijo que ha anunciado en público que va a comerse un coche.

«Me comeré un coche. Me comeré un coche enterito, desde el parachoques delantero al trasero». Lo soltó en la radio. Y en la tele. Hasta salió publicado en el *Times-Union* de Florida.

Junell y el anciano negaron con la cabeza y miraron a Mister como si acabase de soltar una obscenidad inconcebible. Nunca habían abordado el tema de frente. Decían cosas como: «Herman está loco si se piensa que puede hacer eso». O: «Va contra natura y es imposible». Pero habían evitado las palabras exactas: «comerse un coche».

—Deberías al menos intentar decirlo, papá —dijo Mister con amargura—. Deberías al menos intentar decirlo sin rodeos. Has criado un hijo que va a comerse un coche.

Débil y apagado, como si fuese un ritual memorizado que no alcanzaba a entender del todo, Easy Mack lo dijo:

—He criado un hijo que va a comerse un coche.

Junell se puso colorada, tenía una gota de sudor oscilante en la punta de la nariz.

—¿Ya estás contento, capullo? —le escupió a Mister.

—No —dijo Mister—. Para nada.

DOS

Easy Mack se detuvo de camino al Hotel Sherman para examinar la valla. Lady Bird Johnson fue quien la hizo instalar. Como parte de su plan para embellecer América. Al menos eso es lo que le contaron a Easy. Lady Bird quería una valla alrededor de todos los desguaces del país. Bueno, en realidad no quería una valla alrededor de los desguaces, pero sí pensaba que tendría que haber una valla que separase los desguaces de las carreteras públicas. Pensaba que era lo más apropiado.

Eso fue lo que le contaron a Easy cuando aquel hombre vino a aplicar la ordenanza municipal. Así que Easy puso la valla, una valla alta de madera pintada de amarillo, trescientos setenta metros de valla entre su lugar de trabajo y la superautopista de acceso limitado que el estado había aprobado cinco años antes. Si Lady Bird quería la valla, la tendría. Ella era la mujer del presidente y él el único propietario de diecisiete hectáreas de coches desguazados. Pero eso no quería decir que Easy pensara que lo de la valla fuese una buena idea.

Pensaba que era una idea lamentable y una valla lamentable. Le resultaba ofensivo. Easy amaba los coches. Siempre los había amado. En todos los sentidos. Empezó a trabajar con Fords casi en el mismo instante en que Ford empezó a fabricarlos. Con la delicadeza de un amante había introducido las manos en sus misterios oscuros y grasientos y con el tiempo llegó a convertirse en el mejor chapuzas del condado de Lebeu, en Georgia. Posteriormente fue propietario de un pequeño garaje y aprovechó el solar que tenía al lado para vender coches usados. Tras eso consiguió un puesto de encargado en un concesionario de coches nuevos en Waycross, Georgia. Al final, vio su oportunidad, compró

diecisiete hectáreas de tierra a orillas del río Saint John en 1939, poco después de que estallase la Segunda Guerra Mundial, y abrió
Auto-Town.
Era un desguace. Pero lo llamó
Auto-Town.
Ese nombre le otorgaba un poco de clase. Lo honraba. Él había tomado la determinación de honrar siempre lo que amaba. Uno no llega a poseer diecisiete hectáreas de lo que sea sin amor. En eso creía y eso era lo que siempre había intentado inculcarle a sus hijos, todos metidos en el negocio familiar.

—El amor es lo único que te devuelve lo que se lleva la corriente —les había dicho.

Lo que le devolvió la corriente fue un hijo que decía que se iba a comer un coche. Sobre una plataforma elevada delante del Hotel Sherman, en pleno centro de Jacksonville, Florida. Ahora mismo Herman estaba sentado en esa plataforma —Easy echó un vistazo a su reloj—, sí, ahora mismo, en la calle Forsyth, dos manzanas al oeste de Main, sobre una plataforma iluminada por un arco blanco de luz fluorescente, Herman estaba sentado en compañía de un nuevo y flamante Ford Maverick. Un Ford Maverick que tenía intención de zamparse.

Easy en realidad no lo había visto. Lo había leído en los periódicos. Oyó cómo lo describía Mister hasta el último detalle horripilante. Y ya había llegado el momento de ir a verlo con sus propios ojos. Había llegado el momento de hablar con Herman. Mister ya había ido varias veces a ver a su hermano gemelo, incluso Junell, que era probablemente el miembro más trabajador de la familia en
Auto-Town,
le había visitado en el Hotel Sherman.

Hacía más o menos una hora, justo después de que la viuda lograse escapar del Cadillac, interceptaron un aviso en la emisora de la policía que hizo que Junell saliese rugiendo al volante de Big Mama. Era una llamada de emergencia que solicitaba una ambulancia y refuerzo policial en el condado vecino de Saint John, porque a treinta kilómetros al norte de Saint Augustine se había producido una colisión frontal, seguida de diecisiete empotramientos. La emisora de la policía pedía la mayor cantidad

posible de sopletes y palancas. La noticia de diecinueve coches devastados y espachurrados había hecho que Junell saliese volando de
Auto-Town
proyectando a su paso una lluvia de grava y cristal pulverizado. Al salir ni siquiera se detuvo a cerrar la verja y echar el candado.

Easy dejó su camioneta International-Harvester en marcha y bajó a asegurarse de que el cerrojo quedaba bien cerrado en la verja. Luego volvió a ocupar su asiento en la cabina y esperó a poder salir a la carretera. Asfalto negro a lo largo de doscientos metros junto a la alta valla amarilla antes de incorporarse a la autopista de acceso limitado que trazaba un arco por encima de
Auto-Town
en dirección a Jacksonville, en la otra orilla. La carretera era un constante río de luces fulgurantes que rugían, cambiaban de dirección y parpadeaban de brillante a oscuro a toda velocidad.

Easy aguardó tranquilo en el asiento de la cabina de su International-Harvester con las manos firmes, pero relajadas, al volante. Confiaba en su camioneta. Sabía de lo que era capaz. La había construido, literalmente, con sus propias manos, por amor. Había incorporado al vehículo piezas de otros coches no porque fuesen las piezas de más alto rendimiento que pudieran encontrarse, sino porque atesoraban recuerdos y asociaciones especiales.

Era una camioneta de 1937 y habían crecido juntos. Le había instalado guardabarros procedentes de un Ford sedán de 1940 y un motor de un Lincoln Continental del 65 que había logrado acomodar después de ampliar debidamente el chasis, también le instaló la transmisión de un Continental, amortiguadores y una barra protectora de acero templado y laminado, aparte de otras pequeñas modificaciones: un tacómetro suspendido de la cubierta interior, botones para accionar las puertas, bocinas de cromo en el techo, silenciadores Glaspak, parabrisas tintados, pletina, aire acondicionado, dirección asistida, tapicería Naugahyde imitando piel de cebra, y mil cosas más. La camioneta palpitaba y se sacudía detenida en el arcén mientras él aguardaba, revolucionando el motor.

No vio una brecha, sino una falla casi imperceptible en la vertiginosa corriente de faros —un parpadeo y un viraje, un

pequeño rápido en el torrente de luz—, salió a la autopista, aceleró hasta casi alcanzar los ochenta en primera, bajó a segunda, sintió el agarre de los neumáticos lisos en la parte posterior y puso rumbo a Jacksonville.

El Hotel Sherman quedaba a tan solo ocho kilómetros de Auto-Town, pero era más del doble (un poco más de dieciséis kilómetros) si ibas por la autopista de acceso limitado, que era la única manera posible de ir un viernes por la noche porque el tráfico transformaba el camino más corto en el más largo. Así que fue por el camino más largo, atrapado en el flujo de faros, por encima del río Saint John hasta el Southside y luego por el puente de Main Street hasta el centro de Jacksonville. Como acababa de empezar el fin de semana había muchos jóvenes al volante de sus Cougars, Furys, Sting Rays y otros modelos potentes y aerodinámicos. Y Easy Mack conducía a la defensiva porque estaba convencido de que eran peligrosos.

Los jóvenes se negaban a verse atrapados en el tráfico y a mantener el paso. Muy al contrario, maniobraban para abrirse camino, sus motores sobredimensionados gemían y gruñían, desafiantes, haciendo valer su derecho a separarse y a dejar atrás la manada. Pero los coches iban casi pegados, parachoques contra parachoques, a lo largo de más de treinta kilómetros en cualquier dirección. No había manera de dejar atrás la manada. Y eso convertía la noche en peligrosa. Pero Easy Mack permanecía impasible y vigilante en su International-Harvester, mirando de vez en cuando por los enormes retrovisores cromados, atento a los jóvenes y a los dementes.

Cuando llegó al Hotel Sherman no encontró sitio para aparcar. Dio varias vueltas a la manzana, tratando en cada vuelta de no mirar a Herman, pero sin conseguirlo. Herman estaba sobre una plataforma elevada construida para la ocasión delante del Hotel Sherman, tras una placa de plástico transparente a prueba de balas. Había recibido varias amenazas de muerte. Decían que le matarían (a tiros) si osaba comerse el coche. Pero eso no había detenido a Herman. Allí estaba, sentado junto a un Maverick color rojo brillante. («Un Ford seis cilindros con palanca de cambios convencional y sin opciones», tal y como había anunciado el *Times-Union* de Florida).

Al final entró en el parking elevado que ocupaba la manzana contigua al Hotel Sherman. Era automatizado y no atendía nadie. Una pequeña máquina le escupió una tarjeta amarilla de registro al disponerse a subir por la rampa. Atrapó la tarjeta al pasar y rugió hacia la segunda planta porque una luz parpadeante le indicó que la primera estaba completa. Pero la segunda también estaba completa, así que Easy acabó aparcando en la duodécima planta y bajó en ascensor.

La acera frente al Hotel Sherman estaba atestada de gente que miraba a Herman. Una parte estaba acordonada y cuatro guardias especiales impedían que la gente cruzase el perímetro de seguridad. Easy Mack no sabía cómo proceder para ver a su hijo. La plataforma quedaba por encima de la marquesina y a primera vista no había manera de acceder a ella. Easy no quería hablar con el señor Edge, propietario del Hotel Sherman. Quería evitarlo a toda costa. Cruzó la doble puerta de cristal y entró al frío instantáneo del vestíbulo donde, al otro extremo de la alfombra roja, el jefe de botones hablaba con una chica muy joven y muy guapa que llevaba una minifalda azul. Tenía un collar de cuentas rojas. Easy se acercó a ellos. La chica sonrió. El jefe de botones hizo una pequeña reverencia y estuvo a punto de chocar los talones, al menos esa fue la impresión que le dio a Easy.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —dijo el jefe de botones.

—Bueno, pues sí —dijo Easy. Entonces se calló. ¿Cómo decirlo? Maldijo al mundo que le había concedido un hijo sentado junto a un coche en lo alto de la marquesina de un hotel—. ¿Podría ayudarme a ver a mi hijo? —preguntó Easy—. Quisiera hablar con él.

La chica, sin dejar de sonreír, se despidió del jefe de botones y se alejó hacia los ascensores, al fondo del vestíbulo. El jefe de botones le rogó a Easy que le disculpase y Easy se lo volvió a repetir.

—¿Y quién es su hijo, señor?

Por algún motivo Easy pensó que el jefe de botones le identificaría enseguida como el padre de Herman Mack. Aun sabiendo que era imposible, pensó que todo el mundo, nada más mirarle, sabría que era el tipo que había criado un hijo que se iba a zampar un coche. Sentía un gran peso sobre la conciencia.

—Se llama Herman Mack —dijo. Easy señaló al techo del

vestíbulo—. Y está ahí arriba…

—Por supuesto que sí —dijo el jefe de botones—. Por aquí, señor.

Pero el jefe de botones no le llevó a ver a su hijo. En su lugar, le llevó precisamente a donde Easy no quería ir. Le llevó a ver al señor Edge, algo de lo que no se dio cuenta (porque era la primera vez que entraba en el hotel) hasta que el jefe de botones abrió una puerta y dijo: «Es él, señor Edge. Easy Mack», y dejó a Easy en la puerta que conducía a un pequeño despacho de lo más corriente en el que había un hombre bajito sentado ante una mesa completamente vacía salvo por un teléfono negro.

El hombre bajito se puso en pie y sonrió rebosante de amabilidad.

—Ah, el señor Mack, qué bien que haya venido —como si hubiese sabido todo el tiempo que iba a presentarse y se hubiese sentado allí dentro a esperarle con la mirada fija en la puerta.

Pero Easy sabía que, por mucho que el señor Edge fingiera, aquello era mentira. El señor Edge había ido dos veces a
Auto-Town
para convencerles de que se pasaran por el Hotel Sherman para hacerse un retrato familiar. Quería que se pusieran todos detrás de Herman frente al Ford Maverick y utilizar la fotografía para fines publicitarios. Easy se lo agradeció en el alma, pero le dijo que iba a ser que no. En el fondo le caía bien el señor Edge. Era perturbador, pero sincero. Resultaba difícil que no te cayese bien el señor Edge. Era tranquilo y cordial y le dijo a Easy Mack que sabía muy bien cómo se sentía, pero que él, Homer Edge, solo estaba intentando sacar adelante un negocio (el hotel y el espectáculo) y que el público esperaba un cierto «algo», un poco del viejo estímulo, por parte del tipo que dirigía el hotel y se había metido en el mundo del espectáculo. El señor Edge iba vestido como siempre, traje de riguroso negro con una corbata negra sobre una camisa blanca. Zapatos Oxford negros punteados y calcetines cortos, también negros, que, al sentarse, revelaban diez centímetros de espinilla muy blanca y lampiña. A Easy le hacía pensar en un enterrador, y quería hablar lo mínimo con él y alejarse lo antes posible. Le resultaba embarazoso hablar con un extraño sobre su hijo Herman sentado en lo alto de la marquesina en compañía de un Ford

Maverick.

—No he venido por lo del retrato familiar —dijo Easy.

—Oh —dijo el señor Edge. Su sonrisa se redujo y volvió a tomar asiento frente a su mesa—. ¿Cómo están Mister y Junell?

—Están bien —dijo Easy—. Junell ha salido a un servicio.

—He oído lo de ese accidente —dijo el señor Edge—. Cerca de Green Cove Springs. Cada treinta minutos dicen algo en las noticias. Se ve que ha sido uno de los feos.

—Bueno, bonitos nunca son —dijo Easy.

—Eso es indiscutible —dijo el señor Edge.

El señor Edge le había ofrecido una silla con un gesto de la mano, pero Easy se había quedado de pie. Easy le caía bien. Era sorprendente que él también le cayese bien a él y que los dos acabasen siempre hablando como si no se interpusiera entre ellos la espantosa realidad de Herman, como si no hubiesen sido el poder y la organización del señor Edge los que habían erigido la plataforma sobre la marquesina y logrado que la agencia Ford donase el Maverick con fines promocionales, como si el señor Edge no fuese a pagarle a Herman, un soñador inofensivo, trescientos dólares a la semana por comerse un coche.

—Me disponía a servirme una copa —dijo el señor Edge. Sacó una botella de uno de los cajones de la mesa—. ¿Se tomaría un whisky conmigo?

Se le ocurrían varias cosas que hubiese preferido hacer antes que eso, pero claramente era imposible.

—No, no creo —dijo Easy.

Una expresión de pena inundó el rostro del señor Edge.

—Easy, ojalá hiciese un esfuerzo por comprender.

A Easy le molestó que el señor Edge se dirigiese a él por su nombre de pila. Él sabía perfectamente que el nombre de pila del señor Edge era Homer, pero nunca se le hubiese ocurrido utilizarlo. Enseguida lo diagnosticó como un síntoma más del carácter enfermizo del negocio que se traía entre manos.

—Le he visto ahí delante al llegar —dijo Easy haciendo un vago movimiento con la mano hacia el techo.

—Sí, es para ir calentando motores, que la gente lo vea ahí arriba durante un tiempo.

—No parece haber forma de subir para verle.

—Oh, claro que hay una forma —se rio el señor Edge—. No irá a creerse que le subimos ahí cada noche con un camión de bomberos, ¿verdad?

Easy no se rio.

—No señor, no lo creo.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada por encima de la mesa vacía.

—Se accede a la plataforma desde la segunda planta —dijo el señor Edge—. Cuando llegue el momento lo trasladaremos al salón de baile.

—¿Al salón de baile?

—Bueno, no le voy a hacer… —el señor Edge hizo una pausa— … bueno, actuar ahí fuera gratis para el público.

A Easy Mack le agradó comprobar que, en apariencia, al señor Edge también le costaba decir «comerse un coche». Trató de recordar si se lo había oído decir alguna vez. Hizo memoria, pero nada.

—Tengo que recuperar mi inversión —dijo el señor Edge—. Eso lo entenderá.

—Escuche —dijo Easy Mack echando el brazo hacia atrás y tratando de abrir la puerta—. He aparcado en la duodécima planta del edificio de al lado y no dispongo de mucho tiempo.

Eso era lo más cerca que iba a poder estar de expresar el motivo de su visita.

—¿Y quiere verle?

—Sí. Eso. Verle.

El señor Edge descolgó el teléfono y preguntó por Número Uno, acto seguido colgó y dijo:

—Mi jefe de botones le llevará. Está usted en su casa, quédese el tiempo que quiera.

Easy ya estaba franqueando la puerta cuando el señor Edge añadió:

—Por cierto, solo una cosa más.

Easy se detuvo.

—¿Sí?

—Que el jefe de botones le selle el ticket del parking. —El señor Edge sonrió como si le doliese algo y se encogió de hombros—. Es lo menos que puedo hacer. Tenemos un acuerdo con

el parking.

TRES

Habían transformado una de las ventanas de la segunda planta del hotel en una puerta. El jefe de botones condujo a Easy por la moqueta roja del gélido pasillo hasta lo que, obviamente, había sido una ventana hasta hacía muy poco. Por el cristal de la parte superior, Easy vio a su hijo.

Herman estaba sentado en un taburete. Muy quieto. El asiento del taburete era rojo. Del mismo tono rojo que el Maverick que estaba expuesto a su lado con las ruedas bloqueadas sobre una rampa. La luz fluorescente proyectaba pequeños soles en el plástico a prueba de balas que habían instalado frente a Herman.

Al otro lado de la mampara de plástico, en la acera de enfrente, se habían reunido familias enteras para mirar a Herman. Muchos estaban comiendo: algodón de azúcar en conos de cartón, cacahuetes en bolsas de papel, y hasta había una familia que se había sentado en el bordillo a comer pollo de un cubo del Kentucky Fried Chicken. Pese a la distancia, Easy pudo distinguir el cabello blanco y la barba del Coronel Sanders. De vez en cuando los niños saludaban con la mano. Herman no les devolvía el saludo. Easy se preguntó cómo habrían subido el coche hasta allí.

—Ahí lo tiene —dijo con satisfacción el jefe de botones.

Easy franqueó la puerta y cerró al salir. Desde abajo rugía el estrépito del tráfico entremezclado con los gritos y los pateos de los mirones. Avanzó y se apoyó en el guardabarros del Maverick. Herman le miró y sonrió tímidamente de un modo que a Easy le rompió el corazón. ¡Qué chico más majo! Siempre había sido un chico de lo más majo.

—Qué bien que hayas podido venir, papá —dijo Herman.

—Bueno —dijo Easy Mack—. Bueno. —Deslizó la mano por el resplandeciente capó del Maverick. Se echó hacia atrás e

inspeccionó la rueda antes de propinarle un puntapié al neumático—. Me han contado que estos cochecitos son buenos.

—Eso dicen —dijo Herman.

—Un Ford de serie nunca te sale malo —dijo Easy.

—Lo mejor de su gama, dicen —dijo Herman.

—Es lo que siempre he pensado —dijo Easy.

Un silencio se abatió sobre ellos, más estruendoso a oídos de Easy que el alboroto que ascendía desde la calle. Apoyó la pierna flacucha en el guardabarros del Maverick y se quedó mirando con Herman a la familia reunida en torno al cubo de pollo frito del Coronel Sanders. Cuando acabaron, la madre metió cuidadosamente los huesos, las servilletas y los recipientes vacíos de salsa en el cubo y lo dejó en la acera. El hijo pequeño lo volcó, dio un paso atrás, calculó con cuidado y le dio una patada. Los huesos de pollo, las servilletas y los recipientes de salsa volaron por la calle Forsyth.

—¿Qué te parece el hotel? —preguntó Herman. Herman llevaba dos semanas sin pasar por casa. Como parte del acuerdo, el señor Edge le había ofrecido una habitación en la decimoquinta planta.

—Ya había visto este sitio antes —dijo Easy.

—Digo por dentro. ¿Habías entrado alguna vez?

—Hasta esta noche no.

—¿Y qué te parece?

—Con el frío que hace se podría conservar una hamburguesa —dijo Easy.

—El aire acondicionado, menudo invento —dijo Herman.

Siguieron contemplando la calle. La multitud había crecido. Se había parado más gente a mirar desde el momento en que Easy salió a la marquesina. Easy se desplazó nervioso sobre el guardabarros del Maverick. No sabía cuánto tiempo podría soportar que le siguiesen mirando de aquella manera.

—No sé cómo puedes soportar que te miren así desde ahí abajo —dijo Easy.

—Oh, no pasa nada —dijo Herman—. No me molesta. Además, miran al Maverick tanto como a mí.

Easy se puso colorado y de un brinco se bajó del guardabarros. Acababa de darse cuenta de dónde había ido a sentarse. Se giró para volver a mirar el coche rojo como si no lo hubiese visto hasta entonces. Herman, de toda la vida un muchacho tímido, también se

estaba poniendo colorado y parecía saber lo que estaba pensando su padre.

—No pasa nada por sentarse encima, papá —dijo Herman—. No creo que le duela.

Easy se volvió furioso hacia su hijo:

—Hijo, ¿cuándo coño vas a volver a casa?

—¿Perdón?

—Ya me has oído, y sabes perfectamente a qué he venido.

Easy se había propuesto por encima de todo no perder los estribos. Pero, a tomar por saco, no estaba llegando a ningún lado y la multitud no hacía más que aumentar por momentos.

—Y tú sabes perfectamente a qué he venido yo —dijo Herman sin levantar la voz ni perder la calma—. No paran de decirlo por la tele y por la radio y ha salido anunciado en todos los periódicos del estado.

Aparte de la calma y la compostura con que hablaba, la voz del muchacho sonaba llena de orgullo, y a Easy Mack le costaba creer que aquel fuese su Herman, se lo habían cambiado.

—Hijo, ¿te sientes orgulloso de esto?

—No creerás que me he instalado aquí por todo lo contrario —dijo Herman. Su voz había adoptado un tono desconocido.

—¿Has perdido la cabeza, Herman? ¿Se te ha fundido un plomo y te has vuelto majareta? Si es así dímelo y haré lo que sea para ayudarte. Tengo derecho a saberlo.

—No sé a qué tendrás derecho, papá. Pero lo que sí sé es que yo ya gasto treinta tacos y nunca he tenido nada, nada de nada. Hemos estado pudriéndonos entre esas montañas de coches oxidados y nunca hemos conseguido nada. Pero ahora, por fin, he encontrado algo.

—Y eso es lo que he venido a averiguar, hijo. ¿Qué es eso tan maravilloso que has encontrado?

—He encontrado algo que hacer. Por fin he encontrado algo que soy capaz de hacer.

—Pero por amor de Dios, ¿por qué? ¿Por qué vas a querer… por qué vas a querer…?

—¿Por qué voy a querer… comerme… un… coche? —Herman pronunció las palabras muy despacio, como si las estuviera saboreando—. Puedo responderte a eso. En América el coche es

donde estamos. —Volvió a hacer una pausa antes de continuar lentamente—: Voy a comerme un coche porque es lo que está ahí.

Pero Easy ya había oído eso en los anuncios de la tele. Lo había leído en el *Times-Union*. Y al instante lo reconoció como una mentira. O si no una mentira, sí al menos algo que eludía la verdad.

—¿Y piensas comerte un árbol cuando acabes con el coche?

—¿Perdón?

—Un árbol. ¿Piensas zampártelo luego solo porque está ahí? Tiene el mismo sentido que lo del coche.

Estaba de pie junto al Maverick y Herman le dedicó una sonrisa afectuosa.

—Vamos, papá, no digas eso. No te hagas el tonto. ¿Cómo vas a meterme los árboles en el mismo saco que los coches? —Hizo un gesto con la mano en dirección a la calle—. Mira eso —dijo—, tú solo mira.

La calle Forsyth era de sentido único, hacia el oeste; y allí abajo, a sus pies, en los cuatro carriles, se había ido produciendo poco a poco un ruidoso embotellamiento de cláxones y motores. En parte se debía al ajetreo del fin de semana y en parte a la multitud que desbordaba las aceras para mirar a Herman. Pero, en cualquier caso, el tráfico estaba ahí, estancado, compacto y rugiente, sumido en una bruma de combustión gaseosa.

—Ahí abajo no verás un solo árbol —dijo Herman con total naturalidad—. Ni uno. Lo único que importa en esta vida es tu coche. —Se llevó las manos a las rodillas, hinchó el pecho e inspiró a fondo—. ¿Lo hueles? ¿Hueles eso?

El aire era azul. El día se había encapotado y un tapón térmico se cernía sobre la vida de la ciudad apremiando la respiración de los transeúntes y de los motores de gasolina desbocados que rugían por las calles. Cada vez más horrorizado, Easy se dio cuenta de que Herman estaba encantado, encantado con los coches que se amontonaban allí abajo, parachoques contra parachoques, encantado con las emisiones de los cientos de tubos de escape humeantes que te quemaban la nariz y te irritaban los ojos.

Fue como descubrir que a tu hijo le gustaba pasearse por los lavabos públicos y olisquear retretes, o que comía excrementos a hurtadillas.

¿Quién se hubiera imaginado que la cosa acabaría así? ¿Quién se

hubiera imaginado que la cosa podría acabar así? Easy recordó el primer coche que vieron sus ojos. Alto, anguloso, resplandeciente y sin techo. Por supuesto, muy ruidoso. Pero hasta entonces todo lo demás había estado tan silencioso que el ruido le resultó bello y singular, aunque solo fuese por el hecho de haber sido producido por el hombre. También fue bastante humeante, pero el humo resultaba encantador en el prístino aire puro, casi quebradizo, del mundo.

Easy vio el fogonazo. Y luego lo volvió a ver antes de distinguir al señor Edge dando instrucciones a un hombre cargado con una cámara sobre un trípode que les apuntaba con el largo hocico expansible de un zoom. El muy hijoputa había conseguido al final su fotografía. Su Retrato Familiar. O al menos el retrato de lo que le interesaba de la familia. El señor Edge había dejado bien claro que lo único que de verdad le interesaba de la familia era el padre. Bueno, pues ya lo tenía, y en ese momento de desamparo y desesperanza, Easy supo que iban a hacerlo, que nada podría pararles. Daba igual que él, Easy Mack, lo entendiese. Lo mismo daba lo mucho o poco que amase a su hijo y sufriese por él. Y desde luego no tenía la menor importancia que estuviese o no de acuerdo con lo que iba a suceder. Iban a disponerlo todo para que su hijo se comiera el coche.

Con una voz desolada e inexpresiva, Easy Mack preguntó:

—¿Cómo piensas hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Comértelo. ¿Cómo piensas comerte el coche?

—Si no lo sabes, es que no sabes nada —dijo Herman—. Lo hemos explicado mil veces en la tele y en los periódicos.

—Supongo que siempre apago el televisor o dejo de leer antes de llegar a esa parte.

—Pues tragándomelo pieza a pieza. Dados de quince gramos. Quemaremos antes los bordes para desafilarlos. El aceite, la gasolina y algunas cosas como el cristal, las fundas de los asientos y todo eso, tendrá que ir encapsulado.

Easy sintió una sacudida y se le revolvió el estómago.

—¿Encapsulado?

Herman sonrió.

—Eso me lo enseñó el señor Edge. Significa meterlo en cápsulas,

cápsulas no digeribles, para poder evacuarlas. Te sorprendería todo lo que he aprendido del señor Edge. Si no se encapsulan sería imposible tragarse las fundas de los asientos, los parabrisas o el aceite del cárter.

Easy dio la espalda a la calle y a la multitud expectante de abajo.

—Creo que me voy a ir —dijo.

—¿Papá?

—Sí.

—Tú siempre has sabido que deseaba ser alguien. Nunca me atreví a decírtelo a la cara. Pero siempre lo has sabido, ¿verdad?

—Sí, es posible, supongo.

—Un hombre tiene que aprovechar las oportunidades que le salen al encuentro. Uno no puede limitarse a quedarse plantado ahí fuera, en una montaña de coches destrozados. Antes o después hay que dar un paso. Eso lo puedes entender, ¿verdad?

Easy echó otra buena mirada al Maverick. Una horrible oleada de náusea le subió desde el estómago y tuvo que tragarse el espeso y cálido aroma del vómito.

—Junell y Mister —dijo Herman—, salúdales de mi parte.

Easy abrió la puerta con brusquedad y se precipitó por el gélido pasillo. Prescindió del ascensor y optó por las escaleras. El señor Edge estaba en el vestíbulo hablando con el fotógrafo. Se dirigió directamente a él, que, al verle, le regaló una enorme sonrisa y le saludó con su mano rolliza.

—Vi perfectamente a su hombre con esa cámara —dijo Easy Mack.

—Hemos sacado unas fotos muy buenas —dijo el señor Edge—, algunas magníficas.

—Como se le ocurra hacer uso de esa foto mía junto al puto Maverick le demandaré. —Easy intentó no sofocarse, pero no pudo evitarlo y sintió náuseas tras su puño amenazante.

—Easy, me gustaría que tratase de recordar que fue él quien vino a mí —dijo el señor Edge con un ligero, obeso y blandengue encogimiento de hombros—. El muchacho vino a mí, no fui yo quien fue a buscarlo. —Se le endureció el seboso entrecejo pero no dejó de sonreír—. Intento sacar adelante un negocio. ¿Por qué no se ocupa usted del suyo?

Easy se dio la vuelta precipitadamente sin mirar y casi se llevó por delante al jefe de botones que se había puesto a charlar de nuevo con la chica de la minifalda azul y el collar de cuentas rojas.

—Y una cosa más, Easy —dijo el señor Edge.

Easy se detuvo y miró hacia atrás.

—En la fotografía salen usted, el Maverick y su hijo. Y él es un personaje público, Herman. Así que puedo publicar la fotografía donde quiera y cuando quiera. Y si me demanda lo único que va a conseguir es que aumenten las ventas cuando comience de verdad el espectáculo.

Esta vez Homer Edge no sonrió al hablar.

Tampoco lo hizo Easy al responderle:

—Hay otras cosas aparte de las demandas, cosas que no ayudarán una mierda a sus ventas.

Easy cruzó el vestíbulo y salió a la calle. El cálido y húmedo aire azul se le aferró a la cara, al cuello y al dorso de las manos. Torció el cuello para mirar a Herman, que sonreía como un demente sentado en el taburete rojo junto al Ford Maverick.

«¡Hijo mío! ¡Hijo mío! Siempre quisiste ser alguien. Que Dios te ayude, ya lo has conseguido».

Easy bajó la cabeza y se alejó de la multitud hacia la duodécima planta del parking donde le aguardaba su International-Harvester.

Se le olvidó pedirle al jefe de botones que le sellase el ticket amarillo.

CUATRO

Big Mama tenía un ocho cilindros sobrealimentado y en las rectas podía ponerse a más de ciento ochenta, una velocidad formidable para un camión grúa de ocho toneladas con diez ruedas sobre el asfalto. Pero solo gracias a esa velocidad formidable Junell podía ser competitiva. Era la única manera de serlo, así que no le quedaba más remedio. Ella era muy consciente de lo absurdo que podía parecer contar con potencia de aceleración en la parte trasera de una grúa que se usaba para remolcar coches arruinados, pero sin esa transmisión jamás habría sido capaz de remolcar nada de vuelta a
Auto-Town.

Cuando la emisora de la policía daba el aviso de un accidente múltiple en una carretera estatal, los desguazadores (palabra que ella nunca utilizaba; ella conducía una grúa, gracias) de media docena de localidades salían rugiendo a las carreteras con el objetivo de llegar los primeros al accidente y llevarse un coche siniestrado. A veces, en su esfuerzo por ser los primeros, tenían accidentes horribles. Pero era la única forma si querías regresar victorioso a casa con algo colgado de la trasera de tu remolque.

Así que, a pesar de ser viernes por la noche y de que los dos carriles de la Autopista
U.S.
1 iban hasta arriba de coches, Junell castigaba las luces rojas y azules de Big Mama, haciendo resonar las bocinas y pisando casi a fondo el acelerador. Hubo un momento en que tuvo que meterse en la hierba de la mediana y otro en que tuvo que forzar a un Volkswagen a echarse atrás, pero sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Había un pequeño hospital privado a siete kilómetros al sur de Jacksonville que sacaba una buena tajada de las colisiones, los vuelcos y los autoestopistas heridos en la carretera, y Junell, siempre que podía, trataba de ponerse a la zaga de una de sus ambulancias. Tenías más posibilidades de reclamar uno de los coches aplastados si lograbas ponerte a la zaga de una ambulancia. Las ambulancias tenían sirenas, algo que a los desguazadores no les estaba permitido, así que si te las arreglabas para ponerte detrás de una de aquellas ambulancias ululantes, el tráfico se iba abriendo a tu paso y seguro que regresabas con algo colgado en la trasera de tu camión remolque.

Las ambulancias no pertenecían exactamente al hospital, pertenecían a un servicio de ambulancias que había brotado justo al lado del hospital y Junell sabía que, para un caso como este, todas las ambulancias se habrían puesto en marcha. Con un poco de suerte se toparía con una. Tomó la larga y lenta curva que se proyectaba al norte del hospital y vio la silueta baja y gris de una ambulancia que se colaba en el tráfico en dirección sur, fue verla y ponerse a sonar al mismo tiempo el lamento palpitante de la sirena que fue aumentando a medida que la ambulancia ganaba velocidad hasta convertirse en un aullido.

Junell se encorvó sobre el volante y esta vez sí pisó a fondo. Era como si el aullido de la sirena de la ambulancia fuese un cabrestante que hubiese pescado a Big Mama y tirase de ella. Junell acercó la grúa al parachoques de la limusina gris y permaneció ahí enganchada como por arte de magia.

El conductor de la ambulancia saludó por la ventanilla. Se llamaba Bubba y a Junell le gustaba. Tenía el pelo rubio y sedoso de un bebé y Junell pensaba que era extremadamente joven para ser conductor de ambulancias. Pero ¡Dios, cómo manejaba ese cacharro! Daba gusto verle trabajar. Sus cabellos dorados flotaban batidos por el viento mientras ejecutaba con una sola mano una ajustada serie de maniobras para sortear un autobús Greyhound, una furgoneta y (cosa extraña, porque rara vez te encontrabas con más de uno en un mismo viaje) dos Saabs.

El otro asistente, el compañero de Bubba, que se llamaba George, iba tendido en la parte de atrás de la ambulancia, sobre las sábanas blancas de la camilla deslizante, inhalando oxígeno, algo

que solía hacer cuando llegaba al turno de noche con una resaca intolerable. Era un hombre huraño de mediana edad, de tez oscura y amarillenta, con una cabeza tan calva y pulida como un huevo. Solo podía engancharse al oxígeno cuando salían de servicio, lejos del supervisor, así que cuando la resaca era de las malas solía pasarse todo el trayecto pegado a la bombona verde de oxígeno. Mientras Bubba oscilaba y serpenteaba a través del denso tráfico, George rodaba y se tambaleaba sobre la camilla, pero sin quitarse la negra mascarilla de la cara. Junell intuyó que se trataba de una resaca monstruosa.

Divisaron el accidente de la
U.S.
1 desde mucho antes de llegar. Las bengalas iluminaban un tramo de carretera de unos tres kilómetros. La mayor parte de los coches accidentados se hallaban fuera de la carretera, o bien en la cuneta, o bien en la frondosa mediana. Los de tráfico habían logrado mantener un carril abierto para evitar un atasco excesivo. Cuando estuvieron lo bastante cerca para ver las bengalas prendidas, las luces giratorias de los coches patrulla, los faros aún encendidos de los coches accidentados, al menos tres volcados, y las luces multicolores de docenas de desguazadores, cuando estuvieron lo bastante cerca para distinguir todo eso, Bubba se apartó de la fila de coches y avanzó rugiendo por la mediana con Junell a la zaga. Bubba se detuvo frente a una barrera formada por cuatro coches patrulla. Apagó las luces y la sirena, salió, se apoyó en la puerta y se encendió un cigarrillo. Esperó fumando a que Junell se bajase de Big Mama y se uniese a él. George no se movió de su camilla en la parte posterior de la ambulancia.

Junell dejó las luces puestas y el motor en marcha. Accionó una palanca e hizo descender la cadena de la grúa. Quería estar preparada. Madre mía, sin duda era uno de los malos, ni siquiera se podía acceder para reclamar los vehículos. Pero ella sabía que se ocuparían de que no le faltase una buena pieza. Joe, que no era su novio aunque él decía que sí, estaría por ahí dentro. Además, todos la conocían. Y, en cualquier caso, la mayoría de los desguazadores (el término no le molestaba tanto cuando se refería a los demás) trabajaban en talleres. Solo les interesaban los coches que podían ser reparados. Junell quería los que habían quedado completamente

destruidos. No había muchos desguazadores a la caza de chatarra inútil, así que siempre estaba más que dispuesta a mostrarse civilizada, porque sabía que acabaría obteniendo su justa parte.

Al acercarse a Bubba, cuatro hombres con máscaras de soldador y sopletes de acetileno pasaron a su lado a toda prisa. Les siguió otro hombre con una bombona de gas sobre un carro de dos ruedas.

—¿Cómo van, pequeña? —preguntó Bubba con su risueño rostro infantil aureolado de humo.

Junell se negaba a llevar sujetador bajo su conjunto de cuero y Bubba no perdía ocasión de celebrarlo por todo lo alto. Pero lo hacía por pura diversión, sin malos rollos, entre colegas, de un conductor a otro.

—Van bien —dijo Junell—. ¿Y las tuyas?

—Apretadas y un poco de corbata después de la carrera —dijo.

—Se te da bien pilotar esa condenada ambulancia —dijo ella con sincera admiración.

—Hay gente con cinco talentos y gente con uno solo —dijo él—. El mío es embrague corto y meter la directa.

—Esa cosa no tiene palanca —dijo ella señalando la ambulancia. Hablaba a lo loco, soltando lo primero que se le ocurría, por miedo a que Bubba se pusiese a hablar de Herman. Todo el mundo quería hablar de su hermano. Y ella nunca sabía qué decir.

—Si no la tuviera no la conduciría —dijo él.

Mientras hablaban, los cláxones estridentes, las quejas de los conductores enfurecidos y los gritos de auxilio desgarraban la noche. Un enorme policía de tráfico se acercó a ellos. La tripa, redonda y bamboleante como una pelota, se le desbordaba bajo la camisa caqui.

—Joe ya está allí —le informó el patrullero a Junell—. Te tiene uno reservado.

—Vale —dijo Junell.

Se dispuso a alejarse sin perder más tiempo cuando el patrullero añadió:

—¿Ya se ha puesto Herman con ese coche?

Fue una pregunta tan directa y sencilla que no hubo manera de eludirla.

—No, todavía no —dijo ella volviendo la vista.

—Me gustaría que le dijeses una cosa de mi parte —dijo el

patrullero.

—¿Sí?

—Que le admiro.

Ella no dijo nada, se quedó quieta mirando al patrullero.

—Dile que cuenta con toda mi admiración. Que estoy de su lado.

—Lo mismo digo —dijo Bubba.

Se quedaron apoyados en la puerta de la ambulancia. Junell pensó que iba a echarse a llorar.

—Claro —dijo—. Se lo diré.

Cuando Junell se enteró de la última chifladura de Herman (comerse un coche), no le dio mayor importancia porque pensó que se trataría de alguna clase de inofensiva treta publicitaria. Herman era un soñador y si decía que se iba a merendar un coche solo significaba que tenía otra cosa entre manos y la movida de zamparse el coche no era más que una manera de atraer la atención. Pero fue a verle al Hotel Sherman y descubrió que se proponía hacerlo de verdad. Y durante su visita también descubrió que había división de opiniones al respecto.

Herman había recibido amenazas. El desprecio había caído sobre su cabeza. Su propio padre dijo que tendría que borrar a Herman de su testamento. Pero la mayoría de la gente casi todo el tiempo parecía querer a Herman por lo que se disponía a hacer. Lo veían como un acto de gran coraje. Sentían el orgullo que implicaba intentar algo así.

En esos días, cuando Junell se encontraba con alguien, nunca sabía por dónde le iban a salir. Y estaba tan emocionalmente involucrada con Herman y su determinación de comerse un coche que cuando la gente lo despreciaba o se enfadaba como su hermano Mister ella no dudaba en presentar batalla, pero cuando gente como Bubba y el patrullero, a los que ya había dejado atrás, afirmaban que estaban con Herman hasta el final y que no dudaban ni por un segundo que fuese a tragarse hasta el último puto gramo de ese Maverick, entonces se le hacía un nudo en la garganta y sentía que le ardían los ojos, rebosantes de lágrimas y amor.

Joe daba instrucciones a un soldador que estaba cortando el maletero de un Barracuda. Había tres conductores de grúas merodeando por las proximidades, fumando y charlando. Le hicieron un gesto con la cabeza, comentaron un poco la jugada y

luego retrocedieron para seguir observando en un pequeño grupo compacto. Ella volvió a sentir la presencia de Herman cuando los conductores se alejaron y la miraron furtivamente como tratando de hallar en ella el motivo de la obsesión de Herman. Por lo general, los tres conductores de grúas que ahora la estaban escrutando le habrían tomado el pelo, se habrían burlado quejándose de que Joe, como siempre, le tuviese reservado un buen siniestro total. Pero aquella noche apenas gruñeron en su dirección y se limitaron a observar.

Joe, de cuclillas junto al soldador, la vio y se incorporó. El Barracuda estaba patas arriba. Las puertas plegadas como cortinas. Resultaba obvio que el coche había sido embestido por detrás y a su vez se había ido a estrellar contra algo. Joe se había echado hacia atrás el sombrero de patrullero de ala ancha. Su joven rostro afilado brillaba a la luz del soplete del soldador.

—¿Hay alguien vivo ahí dentro? —preguntó Junell.

—Bueno, hay alguien vivo ahí dentro —dijo Joe—, alguien o algo. Lo mismo se trata de un perro. Suena un poco a perro. Madre de Dios, qué noche más puta. Diecinueve coches. Fui el primero en llegar, luego enseguida empezaron a llegar los desguazadores y no he tenido tiempo de verificar nada. —Señaló el Barracuda—. Uno de esos putos desguazadores ya se había agenciado este y lo estaba remolcando cuando oí los gritos. Se lo habría llevado al desguace con toda la familia dentro.

—¿Una familia? —dijo Junell.

—Me acerqué, me introduje por una de las ventanillas y alumbré con la linterna —dijo Joe—. Creo que se trata de una familia. Aunque todo lo que pude palpar o ver parecía muerto.

—¿Es para mí? —preguntó ella.

—Correcto —dijo él—. Siniestro total.

Algo gritó desde el interior del Barracuda.

—Eso no ha sido un perro —dijo Junell.

—No, esta vez no ha sonado a perro —admitió Joe—. Pero te juro que hace un rato sonó a perro.

Esperaron a que volviese a gritar, pero no lo hizo.

—¿Te vienes al coche patrulla? —preguntó Joe—. A este le queda aún un buen rato con el soplete. Tendrá que seccionar también parte del chasis para poder acceder.

—Claro —dijo ella—. Sin problema.

Caminaron hasta el coche patrulla. Era un Chrysler de cuatro puertas con un motor especial al que habían aumentado el diámetro de los cilindros y el cigüeñal para generar una potencia de quinientos caballos. Joe abrió la puerta y se metieron detrás. En la parte posterior del asiento del conductor, en su soporte, había un fusil antidisturbios de doble cañón recortado.

El coche patrulla de Joe formaba parte de una fuerza especial que patrullaba las carreteras del estado. Una fuerza especial formada por hombres especiales. Para estar en la fuerza especial no solo tenías que cumplir con una determinada estatura y un determinado peso, también tenías que tener el bachillerato y, además, ser hábil al volante; ser un conductor nato.

Joe tenía la vista perfecta y los reflejos de un campeón de ping-pong. Como mecánico poseía tal pericia que era capaz de construirse y modificar a su antojo su propio coche. Antes de unirse a la patrulla de tráfico era muy conocido y muy temido en todos los caminos de tierra y los callejones del Sudeste. Y estaba enamorado de Junell.

—Junell —dijo alzando la voz para hacerse oír por encima del sonido de la sirena que les adelantó por la izquierda—. Te quiero.

Fuera, la noche resplandecía y estallaba en una miríada de luces oscilantes y parpadeantes. Petardeo de motores revolucionados. Algo volvió a gritar dentro del Barracuda aplastado. Pero en el Chrysler, en medio del tremendo olor de la combustión, Joe, como siempre, procedió con su confesión de amor. Le dijo que la quería antes de abalanzarse sobre la cremallera de su chaqueta; se la bajó y gruñó como un hombre agonizante ante la repentina visión de sus pechos blancos y sudorosos, que brotaron al verse libres y colgaron bamboleantes. Junell suspiró y se echó hacia atrás, pegada al asiento. Joe se quitó con mucho tacto el sombrero de ala ancha y lo depositó en el asiento delantero. Ella vio cómo su boca descendía hacia sus pechos, succionando como un bebé antes de zambullirse en ellos. El corte militar increíblemente plano quedó a la altura de sus ojos.

—¿Cómo te ha ido hoy ahí fuera? —preguntó ella con dulzura.

Él le mordisqueó el pezón desesperadamente y no respondió. Pero ella sabía que acabaría haciéndolo. Siempre era así. Nunca

habían tenido una cita, nunca habían salido juntos. Solo se encontraban en los accidentes. Pero eso significaba que se veían cuatro o puede que cinco veces a la semana. A veces más. Se besuqueaban en el asiento trasero del coche patrulla. Joe nunca intentaba llegar hasta el final. Joe había sido el Scout Águila más joven de la historia del estado y respetaba a Junell. Eso era lo segundo que siempre le decía. Primero le soltaba a bocajarro que la quería y luego le decía que la respetaba.

—Te respeto por esto —dijo con la boca rebosante de su pecho.

Luego, tras haber dicho lo que siempre decía, con ninguna comodidad al alcance, se contentaba con yacer hundido entre sus pechos (de vez en cuando mamando de uno como si bebiese de un arroyo) y hablarle de su coche.

A Junell le encantaba que le hablase de aquel coche patrulla, el Chrysler. Él le hablaría, por ejemplo, de cómo había respondido aquella mañana, de cómo tuvo que pararse para hacer un pequeño ajuste en uno de los dos carburadores de cuatro válvulas. Cada vez más apremiante, iría alzando la voz a medida que avanzase en la historia de una persecución: la mancha de caucho de noventa metros que dejó al acelerar sobre el asfalto, el increíble derrape en la curva, quizá —no siempre— las balas que estuvieron a punto de alcanzarle desde el coche que se daba a la fuga, luego el momento en que no le quedó más remedio que recurrir a su rifle especial revienta-neumáticos, un
30-06,
e hizo estallar las ruedas del coche que iba persiguiendo (sus reflejos de campeón de ping-pong nunca le fallaban) y cómo entonces vio al coche virar bruscamente, dar una vuelta de campana, saltar por los aires y, si la suerte le sonreía, explotar. Y mientras hablaba, de vez en cuando le magrearía con avidez los muslos aprisionados en cuero y, sin excepción, al meterle mano, dejaría de contarle lo que le estuviese contando y le diría:

—Te respeto por esto.

Y ella aceptaría la manifestación de su respeto sin pronunciar una sola palabra para no interrumpir la excitante historia del coche, impaciente por que retomara el relato de los tuneos, los ajustes, los nuevos dispositivos de velocidad que había encontrado vete a saber dónde para hacer que su supercoche fuese aún más súper, más

rápido y más potente.

—¡Joe!

Era el soldador llamándole desde el Barracuda.

Joe dio una última chupada a cada uno de sus pechos, un beso rápido en la boca, un sondeo veloz entre sus muslos embutidos en cuero, le volvió a decir que la quería, recuperó su sombrero del asiento delantero y, de un brinco, salió del Chrysler. Junell suspiró. Estaba contándole lo de la nueva mezcla de combustible con la que había estado tonteando esta semana. Volvió a introducirse los pechos en la chaqueta, se subió la cremallera y fue a reunirse con él junto al coche accidentado.

El grito procedía de una niña de seis años. O de lo que antes había sido una niña de seis años. O de lo que ellos pensaban que una vez había sido una niña de seis años. Estaba encajada en el suelo frente al asiento trasero con la palanca de marchas del Barracuda incrustada en la pelvis. Tenía las piernas dobladas contra la espalda. Un brazo arrancado a la altura del codo. Era una masa sanguinolenta que gritaba.

—¡Dios! —dijo Joe—. ¡Dios mío!

—Cielo santo —dijo Junell.

—Menuda carnicería —dijo uno de los remolcadores.

El soldador había separado y cortado un enorme trozo del chasis de la carrocería y ahora podían ver claramente al resto de la familia. Había un cuerpo con un traje de ejecutivo ensangrentado, pero sin cabeza. Una mujer abierta en canal desde el esternón. Las tripas descansaban en su regazo. Un niño pequeño colgaba muerto del parabrisas, la mitad dentro y la mitad fuera del cristal destrozado.

George, con los ojos llenos de venitas rojas y la tez más amarillenta que nunca, llegó con Bubba, le hicieron un torniquete a la niña en el brazo y la depositaron en la camilla; la sangre caló al momento y se derramó en gotas gruesas y lentas sobre la hierba. Otros conductores de ambulancias se abalanzaron sobre la chatarra para reclamar los demás cuerpos. Joe y Junell siguieron con los ojos a Bubba mientras se alejaba rugiendo por la autopista de vuelta a Jacksonville con George sentado en la parte de atrás administrándole oxígeno a la niña moribunda.

—Bueno, supongo que lo mejor será que lo enganche y me lo

lleve —dijo Junell.

—Sí, supongo —dijo Joe.

Se quitó el sombrero y se puso a darle vueltas lentamente entre las manos. Desplazó el peso de un pie a otro.

—Oye —dijo.

Ella supo al instante que quería decirle algo sobre Herman. Algo que le estaba costando mucho decir.

—¿Qué? —dijo ella.

—¿Te acuerdas de que la última vez bromeé con lo de tu hermano Herman?

—¿Y?

—Pues que creo que va muy en serio —dijo.

—Eso parece —dijo ella—. Muy en serio.

—¿Y no te sientes… rara?

—Rara no —dijo ella.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Supongo que sí.

—Mira, yo te quiero —le soltó—. Y te respeto.

—Eso ya lo sé —dijo ella.

CINCO

Herman no podía dormir. Seguía pensando en el coche. No podía dejar de pensar que estaba al otro lado del pasillo, bloqueado en esa rampa, a la espera. Cuatro días atrás había logrado convencer al señor Edge para que le asignase otra suite, para que le bajase de la decimoquinta planta del Hotel Sherman y pudiese dormir en la misma planta que el Ford Maverick.

—¿Que tú qué? —dijo el señor Edge.

—Quiero dormir en la misma planta que el coche.

El señor Edge, sentado tras la mesa vacía de su pequeño, miserable y desolado despacho, se puso a examinar el suelo bajo sus pies y dijo:

—¿Quieres dormir en la misma planta que el coche?

—Así es.

El señor Edge le miró con ojos cansados y ojerosos.

—No te estarás haciendo el rarito conmigo, ¿verdad, hijo?

—No, señor —dijo Herman.

A medida que se aproximaba el día en que Herman procedería a comerse el coche, el rostro del señor Edge se iba ensombreciendo. Corría el rumor de que cierta Sociedad para la Prevención de No Sé Qué Hostias iba a intentar detener a Herman. El señor Edge, diez o doce veces al día, a cualquiera que le escuchase o a nadie en particular, decía: «He invertido en esto un montón de pasta. Ya he invertido en esto un montón de pasta».

—El trato era que conmigo no te harías el rarito —dijo el señor Edge.

—Sí, señor. Ese era el trato.

—Quiero decir que tenemos un trato comercial —dijo el señor Edge—, nada más. Así que conmigo no te hagas el rarito.

—Para nada. No, señor —dijo Herman—. Pero aun así…

—¿Aun así qué?

—Aun así tengo que comérmelo. Al final voy a ser yo el que se lo va a comer.

El señor Edge dio la impresión de oscurecerse y hundirse en sí mismo.

—Sí, te lo vas a comer —dijo—. Y te estás concentrando, ¿es eso? Estás empezando a concentrarte y quieres estar en la misma planta que el coche para poder concentrarte mejor.

—Eso es —dijo Herman.

Así que las dependencias de Herman se trasladaron de la decimoquinta planta, donde había estado ocupando la Suite Bimini, a la segunda, donde dispuso de una habitación individual con baño que se llamaba Luna de Miel Especial a pocos pasos del rutilante Maverick rojo.

Pero no era para concentrarse. Herman podía concentrarse en el coche desde la decimoquinta planta sin ningún problema. Podría haberse concentrado desde la cara oculta de la luna. Tenía el Maverick estampado en la retina, así que lo veía en cuanto cerraba los ojos. Atendía al ritmo de su corazón y latía a la cadencia de seis cilindros en combustión perfectamente afinados.

Herman deslizó los pies por un lado de la cama. Era la segunda noche que pasaba sin poder dormir. Consultó el reloj de la mesilla de noche que había junto a la cama. Las cuatro y siete. Se levantó, se puso la camisa y los pantalones, salió descalzo de la habitación y recorrió el pasillo hasta la nueva puerta que daba a la marquesina. Miró a través del cristal y ahí estaba. Bloqueado en la rampa, brillando débilmente, ahora la luz fluorescente estaba apagada, pero había dos pequeños focos encendidos, apañados por el señor Edge en persona para que diese la impresión de que el Maverick flotaba ahí fuera, frente a la fachada del hotel. Herman franqueó silenciosamente la puerta con el corazón desbocado. Abajo, la calle estaba vacía. La luna se adivinaba pálida y difusa a través de la bruma térmica que planchaba la ciudad.

Herman siempre se había sentido especial, como salvado por una fuerza externa y superior, salvado para llevar a cabo algo fantástico y muy especial que le distinguiría del resto de los mortales. Lo sintió de niño, cuando su padre le puso a trabajar, junto a Mister y Junell, en el negocio de Flint, Venta Honrada de

Coches Usados, lavando vehículos cada mañana antes de ir al colegio, y lo sintió después, cuando le contrataron para el departamento de piezas de repuesto del concesionario de Ford que había en el centro, y seguía sintiéndolo el día que Easy Mack le metió en el negocio de
Auto-Town.

Herman nunca había tenido suerte al expresar aquel sentimiento. La primera vez que lo mencionó estaba con su hermano Mister. Fue justo después de que el estado irrumpiese con la autopista, una carretera de acceso limitado y seis carriles que planeaba a veinte metros por encima de
Auto-Town,
donde iba a unirse con el puente Turner Memorial que cruzaba el río Saint John hasta Jacksonville.

A los diez minutos de abrir la autopista, un camión que pasaba por el puente se quedó sin frenos neumáticos, el camionero murió en el acto al saltar desde el camión en marcha y ser atropellado por el Toyota que le seguía con el morro casi pegado. El camión fue a estrellarse contra la mediana de hormigón y se abalanzó sobre las autoridades que habían acudido a la ceremonia de inauguración, toda una procesión de vehículos flanqueada por una escolta de motoristas y la Reina de la Belleza del estado a bordo de un descapotable.

El camión devastó la procesión. Llevó toda la noche despejar la autopista. Acabaron por derribar los guardarraíles y volcar los coches siniestrados directamente por el lateral para que cayesen desde una altura de siete pisos al
Auto-Town
de Easy Mack.

—Hostia puta —dijo Mister arrancándose con un bailecito—, esto sí que es hacer pasta.

Herman y Mister estaban en el patio viendo caer coches del cielo. El aliento fétido del río les envolvía, reptaba entre las montañas de automóviles destrozados. Ya había anochecido y los tres carriles de la autopista que seguían abiertos rugían por encima de sus cabezas lanzando destellos. Por el lado occidental, el lado atascado por el accidente, delante de sus narices y con estruendo de cañonazos, caían al patio enormes masas irreconocibles de metal.

—Dios —dijo Herman—, es escalofriante.

—No hay nada escalofriante en hacer pasta —dijo Mister.

Pero Herman no se refería a eso y se lo dijo.

—Entonces, ¿a qué cojones te refieres?

Herman no lo sabía exactamente pero intentó explicárselo, porque con Mister tenía una relación más cercana que con cualquier otra persona y porque, si podía explicárselo a Mister, él mismo se enteraría de a qué cojones se refería.

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que te gustaría algo más que esto? —preguntó Herman.

—Y que lo digas, joder —dijo Mister—. Y Junell también, y me consta que papá también. —Se echó a reír mientras algo que había sido un Oldsmobile se desmoronaba con estrépito desde la autopista delante de sus narices—. Me gustaría que algún día estas diecisiete hectáreas de coches destrozados se alzasen a una altura de más de setenta kilómetros. ¡Guau! ¡Zas! ¡Imagínate! ¡Hasta el puto cielo!

—No, no me refiero a más de esto —dijo Herman—. Algo más que esto.

—Oh, Dios —dijo Mister. Dejó de reírse—. No irás a hacer algo, ¿verdad?

Herman, ya por aquel entonces, tenía fama de soñador y sabía que su familia se preocupaba mucho por él, o puede que más bien se preocupasen solo por sí mismos, temerosos de que hiciese algo por lo que todos acabarían señalándoles con el dedo.

—Lo único que digo es que tiene que haber algo más que esto —dijo Herman.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mister—. ¿Tienes la menor idea?

Había llegado un guardia motorizado y les había pedido que retrocediesen unos pasos, no les fuese a caer un coche encima.

—Lo único que digo es que me niego a que los coches sean los que midan mi vida —exclamó Herman atragantándose con la certeza de una horrible verdad que no acababa de saber expresar—. ¡Los putos coches son los que nos miden! ¡Ellos a nosotros! ¿Es que no ves que estamos en el lado equivocado de la ecuación?

—Lo mismo tú sí —dijo Mister con mucha calma—. Yo no sé en qué lado estoy. Ni lo sé, ni me importa. Pero hay una cosa que sí sé, sé que soy propietario de una cuarta parte del mayor negocio de

desguace del estado. Y con eso me basta.

—Bueno, pues a mí no —dijo Herman temblando sobre la tierra sembrada de cristales. Estaba mirando el morro aplastado de un Edsel que acababa de aterrizar delante de ellos—. Si hay que tomar medidas, seré yo quien las tome. —Su voz quejumbrosa se alzó por encima del Edsel y de los demás coches y por encima incluso de la propia autopista—. Tomaré yo las putas medidas.

Mister, con claras muestras de alarma y aflicción en el rostro, le pasó el brazo por el hombro y, tierno como un amante, le dijo a su hermano:

—Vamos, vamos, tranquilo, el día menos pensado seguro que se te presenta la oportunidad.

Y la oportunidad se le presentó. Ahora estaba en la marquesina del hotel más importante de Jacksonville, Florida, contemplando su oportunidad. Tendió la mano y tocó la placa con la punta del dedo, el hocico dilatado de la vaca. Una ola de creciente excitación, tan intensa que casi resultaba insoportable, le inundó el pecho. Siguió con el dedo el contorno de los cuernos arqueados y poderosos. Finalmente, cerró la mano sobre la placa y, con la mirada perdida en la difusa y debilitada luz de la luna, suspiró.

Apartó la vista de la luna, se acercó un poco más y tendió su cuerpo largo y grueso sobre el capó. El metal estaba frío como una ancha losa de piedra junto a un riachuelo. Y así mismo se lo imaginó, una piedra junto a un riachuelo, y recordó el rumor de las voces procedentes de la calle aquella misma tarde, aquel murmullo de voces rotas, lo más parecido al sonido de un riachuelo al romper contra una roca. Y allí, tendido sobre el capó, apretando la mejilla con fuerza contra el objeto de su amor, se sintió completamente en paz.

Abrió solemnemente la boca como si fuese a recibir el sacramento pero, en lugar de eso, su flácida lengua rosada tocó metal, lamió el capó del Maverick. Estaba limpio y frío y sintió que los músculos de la tripa se le endurecían. Anhelaba tenerlo en su boca. Sentirlo en su garganta. Contenerlo en su estómago. Asombraría al mundo.

—Hace una noche muy bonita, Herman.

Era la chica. Supo sin necesidad de mirar que era la chica. Escondió la lengua y cerró la boca lentamente. Rodó sobre el capó.

Ella estaba donde sabía que iba a estar, junto a la puerta, con su minifalda azul y la gargantilla de cuentas rojas. Era la puta del hotel y se llamaba Margaret. Pero le gustaba que la llamasen Margo. Decía que no tenía apellido.

—Muy bonita —dijo Herman—, muy bonita. —Alzó la mirada hacia donde la luna intentaba mostrarse—. No podía dormir, así que me levanté y vine aquí a tomar un poco el fresco.

—Me imagino que estarás nervioso —dijo Margo.

—Oh, sí que lo estoy —dijo Herman.

—No me extraña. Tienes todo el derecho del mundo a estarlo —dijo ella.

Se acercó y acomodó la grupa sobre el Maverick. Él la miró. La tenía justo delante. La minifalda estaba hecha de una tela muy fina que se ajustaba a las líneas de su cuerpo. Y vio cómo presionaba el coño, en forma de porción de tarta, contra el emblema de la parte delantera del coche.

—Se me ocurrió venir a hacerte compañía —dijo ella.

Pero él sabía que había venido a hacer compañía al Maverick tanto como a él. Dos días antes le había pedido al jefe de botones que les presentase.

—Herman —dijo el jefe de botones—, a esta joven le gustaría conocerte.

Herman pensó que venía a por un autógrafo. Todos los días, entre las dos y las cuatro, el señor Edge dejaba pasar gratis a la gente para que les firmase un autógrafo, y como Herman nunca estaba al tanto de la hora en que vivía, enseguida se puso a garabatear su nombre en una pegatina (apta para ser enmarcada y donada por la misma agencia que había donado el Maverick). En la pegatina ponía: FORD LE OFRECE LAS MEJORES IDEAS.

—No, no —dijo el jefe de botones—. No ha venido a eso. No es de los de fuera, es de la casa. Se llama Margaret. Margaret, te presento a Herman Mack.

—Me gusta que me llamen Margo —dijo ella—. Soy la puta del hotel. También trabajo para el señor Edge. —Se acercó al coche y acarició el emblema de la vaca—. ¿Es este el que te vas a comer?

—Desde el parachoques delantero al trasero —dijo Herman Mack.

Y desde aquel mismo instante le gustó Margo, desde el momento

en que tocó el Maverick. Se veía (o al menos a él se lo pareció) que se alegraba de que se lo fuese a comer. Ella amaba ese Ford. Su joven rostro resplandecía ostensiblemente al mirarlo. Y el roce de su mano fue el roce de una amante. Pero aun amándolo así, se alegraba de que se lo fuese a comer.

Margo pasó junto a él, que ahora estaba sentado en el guardabarros del coche, se apoyó en la mampara blindada y se puso a contemplar la calle vacía.

—Mañana es el gran día —dijo ella sin mirarle.

—No exactamente —dijo él—. Lo que haremos mañana será trasladarnos al salón de baile.

—Al menos ya no te estará mirando nadie por la cara —dijo ella—. Al menos, cuando te instales en el salón de baile, todos esos hijos de puta tendrán que soltar la pasta.

—Sí —dijo él—, hoy se acabó la cortesía.

—Eso siempre me ha molestado —dijo ella—, toda esa gente mirándote por la puta cara. No es justo.

—Bueno, el señor Edge me ha estado pagando. Trescientos a la semana desde el primer día.

—Por supuesto que te está pagando, faltaría más —dijo ella—. Pero ellos no. Y no me sale del culo. Que se lo estén llevando por la cara.

Herman hubiese preferido que no hablase de su culo. No quería pensar en su culo. Quería pensar en el coche. Coche, pensó, coche coche coche coche coche coche coche. Pero por el rabillo del ojo veía la protuberante hendidura de su culo perfecto. Culo, pensó, culo culo culo culo culo culo culo. Y se le rompió el corazón, porque iba en contra de su voluntad, en contra de todo lo que deseaba hacer.

Ella se acercó y se subió al capó. Estiró las piernas y apoyó la espalda en el parabrisas. Herman se bajó del guardabarros, dio la vuelta y se sentó al volante. Su culo, comprimido en dos bollos contundentes, estaba ahí mismo, frente a él, pegado al cristal.

—¿A que no sabes dónde andaba yo hace un año por esta época? —preguntó ella.

—¿Dónde? —preguntó él con la voz estrangulada.

—En el instituto —dijo ella—. Era animadora del equipo de fútbol.

—Ya —dijo él sin escuchar. Se había echado para adelante y había agarrado la parte superior del volante con los dientes.

—Pero el defensa tenía un Corvette —dijo ella.

Dejó de morder el volante.

—Y acabé en un naranjal.

—¿En un puto naranjal? —dijo él.

—Con el culo en pompa —dijo ella. Se rio. Su tono de voz era coloquial, espontáneo, como quien no quiere la cosa—. Era imposible que le saliese mal. Un Corvette blanco como la nieve con neumáticos lisos de carreras, Goodyear. Era la noche de la final y él había anotado cuatro «touchdowns», el récord de la escuela. Salió de los vestuarios como un toro, me arrojó al asiento del copiloto, salimos del estadio quemando rueda y nos metimos en el primer naranjal que vimos al sur de Tampa. Me subió a rastras al techo del Corvette y me folló como un camión.

Se deslizó por el capó del Maverick, se giró y le sonrió a través del parabrisas.

Herman siempre había sido tímido con las mujeres, le intimidaban. Junell tenía un hombre que iba diciendo por ahí que era su novia (un domingo ella había llevado a toda la familia en la Big Mama y les había presentado al joven en un accidente) y Mister ya llevaba dos divorcios, pero Herman llevaba sin novia desde la infancia. Le daban miedo. Así que en aquel momento, cautivado por su sonrisa, dijo lo único que acertó a decir:

—Pasado mañana, a las seis en punto, me tengo que zampar el primer trozo de parachoques.

Ella dejó de sonreír.

—¿Te ves capaz?

—Sin problema —dijo él—. Quince gramos de metal, quemado con un soplete para desafilar los bordes.

—Me refiero al coche entero. ¿Te ves capaz de zamparte el coche entero?

—Honestamente, no lo sé. —Era la primera vez que lo admitía ante alguien—. Habrá que ir viéndolo.

—¿Cuánto te zamparás al día?

—Empezaré con doscientos cincuenta gramos. El médico cree que podré con eso.

—El médico sabrá —dijo ella—. Él nunca te aconsejaría mal.

El médico del señor Edge, el mismo que examinaba a Margo cada semana para asegurarse de que no tenía gonorrea o algo peor, era el que había examinado a Herman.

—Me ha ayudado mucho. Me ha estado haciendo tragar bolas de acero para ir viendo cómo las evacuaba.

—¿Y las de quince gramos son las que salen más fácil?

—Exacto —dijo Herman—. Nos hemos plantado en quince gramos.

—Genial —dijo ella—. Estupendo.

Se bajó del capó, dio la vuelta hasta la otra puerta y entró. Alzó la mano y tocó la tapicería del techo. Extendió los brazos como para medir la distancia de ventanilla a ventanilla. Estuvieron sentados un buen rato, recorriendo con la mirada las líneas del coche, mientras abajo, en la calle, una barredora enorme pasó rugiendo junto al bordillo de ambas aceras. Las motas de polvo que fue levantando a su paso quedaron suspendidas en la luz al otro lado del plástico blindado. Al final la barredora llegó rugiendo a la esquina y giró. Oyeron cómo se fue apagando el sonido de las escobillas hasta desaparecer entre los altos edificios de la calle Hogan. Cuando volvió a hacerse el silencio ella se puso a evaluar de nuevo el coche con los ojos: las alfombrillas de goma, el volante de plástico comprimido, hasta las manillas metálicas de las puertas. Él comprendió lo que estaba haciendo.

—No va a ser fácil —dijo—. Nunca dije que sería fácil.

—No, no va a ser fácil —ella le sonrió—, pero nada lo es.

Ella le cogió la mano. Era la primera vez que le tocaba.

—Escucha —le dijo—. Estoy contigo a muerte.

—¿En serio?

—Al cien por cien —dijo Margo—. Cualquier cosa que pueda hacer por ti, no tienes más que pedírmela. Lo que sea.

Herman se ruborizó. Los ojos de la chica, transparentes como el cristal, capturaban el azul de su falda. Había una urgencia en su voz y una desnudez que le resultaban totalmente desconocidas. Jamás había escuchado algo así. No sabía lo que significaba y tampoco sabía qué hacer con ello.

—Nunca has venido a verme —dijo ella. Desvió la mirada hacia la fachada vacía del edificio que tenían enfrente—. Pensé que lo harías, pero no. —Volvió a mirarle—. Sabes que para ti es gratis,

¿verdad?

—¿Gratis el qué? —preguntó él con voz tensa, porque lo sabía perfectamente.

—Yo —dijo ella.

—Oh —dijo él intentando conferir a su voz un tono de indiferencia, con la expresión neutra.

—Para ti siempre gratis, y nunca estoy tan ocupada como para no poder colarte cuando te apetezca.

—Pero ¿por qué? Si ni siquiera me conoces.

—No conozco a ninguno de los que me follan —dijo ella—. Siempre ha sido así.

—Pero el defensa —dijo Herman tratando de ayudarla—, él…

—No lo pillas —murmuró ella acercando el rostro ardiente a escasos centímetros del suyo—. No me atrapó él, fue el Corvette. ¿Lo entiendes? Conducía un Corvette, y mi puto chulo, aquí en el hotel, tiene un Jaguar. Pero tú —exclamó con voz triunfante—. ¡Tú te vas a comer esta puta cosa! —Ahí sentada, temblando de puro furor—. Por amor de Dios, ojalá pudiera comérmela yo también, tragármela enterita. —Él sintió que le achicharraba los ojos con la mirada—. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo en voz baja—. Lo entiendo.

SEIS

El señor Edge tuvo que servirse de una grúa para bajar el Maverick de la marquesina y luego quitar las puertas dobles de cristal, más dos pilares de cemento y cuatro ventanas de cristal laminado, para poder introducir el coche en el vestíbulo y llevarlo hasta el enorme salón de baile donde Herman iba a comérselo.

—Un gasto tremendo —exclamó el señor Edge—. Ni se lo imagina.

—Eso es una gilipollez y usted sabe muy bien que es una gilipollez —dijo Mister.

Estaban en la diminuta oficina del señor Edge y Mister había sacado a colación el tema del dinero. La primera vez que Mister abordó el tema, Herman dijo que no importaba. Mister le respondió que de aquella empresa no entendía absolutamente nada, pero que al menos de dinero (utilizó el término «finanzas») sí entendía, y las finanzas por supuesto que importaban. Y ahora, con Herman ya instalado en el salón de baile junto al Maverick, Mister había reprendido al señor Edge por el dinero.

—Usted va a hacerse rico, valiente cabrón está hecho —dijo Mister, que detrás de la insistencia del señor Edge comprendió que estaba haciendo lo que quiera que estuviese haciendo por amor al trabajo bien hecho.

—Puede que sí y puede que no —dijo el señor Edge con un tono amable, paternal—. Esa es la cuestión. ¿No lo ve? Todo esto es mera especulación. Podría perder hasta la camisa.

—Escuche eso —dijo Mister señalando el estruendo de voces que llegaba desde el salón de baile donde Herman estaba a punto de ser examinado en público con vistas a comerse la primera ración—. ¿Le suena eso a perder la camisa?

—Uno no puede fiarse del público —dijo el señor Edge.

—Uno no puede fiarse de nadie y por eso mismo estoy aquí para decirle que si Herman no saca más pasta de esto se acabó el trato.

—No puede hacer eso —dijo el señor Edge atragantándose un poco pero sin dejar de sonreír—. Tengo un contrato. Les demandaré.

—Pues adelante, demándenos —dijo Mister—. Se verá con un Maverick en el salón y nadie que se lo coma.

—Qué hijo de puta.

—Exacto —dijo Mister.

—¿De cuánto estamos hablando?

—No hablamos de una cantidad. Nada de un tanto alzado. Queremos royalties, un porcentaje.

—¿Qué porcentaje?

—Una vez que usted haya recuperado los gastos, a eso tiene todo el derecho del mundo, queremos un veinticinco por ciento de todo: el veinticinco por ciento de las entradas al salón de baile y el veinticinco por ciento de las réplicas en miniatura del Maverick y de todo lo que establezca el trato o de lo que se le pueda ocurrir. —Alzó las manos para calmar al señor Edge que parecía a punto de ponerse a gritar—. Y ya puede dejar de pagar el salario de trescientos dólares a la semana. Es lo justo. Si se para un momento a pensarlo, es lo justo. Si Herman no puede comérselo, si el público se cansa, no ganaremos ni un centavo. Pero yo tengo fe en Herman; y tengo fe en el público americano.

—Herman acudió a mí cuando nadie más quería hablar con él. Le escuché y ese mismo día empezamos con los trescientos a la semana. Llegamos a un acuerdo. Esto es un robo.

Pero por el tono de derrota en que lo dijo, Mister supo que lo tenía cogido por los huevos. Se encogió de hombros.

—Reconoció un buen negocio e identificó a un chico del que se podía aprovechar. —Sonrió—. Y ahora estamos ajustando las cuentas.

El señor Edge se levantó pesadamente.

—Le aseguro que lucharía por esto hasta quedarme sin aliento, pero según parece va a haber de sobra para todos. Esta mañana han venido los de la tele a sondearme.

—¿A sondearle? —Mister pensó en alguna clase de exploración médica, una colonoscopia.

—De la
NBC
. De la
CBS
. De la
ABC
.

—Madre mía. ¿Y para qué?

—Si vamos a ser socios, le rogaría que tratase de no ser tan imbécil —dijo el señor Edge—. ¿Para qué cojones va a ser? ¿Para interesarse por mi salud? Están hablando de darle a su hermano cobertura de costa a costa. Una de las cadenas incluso ha estado tanteando ya a algunos de sus afiliados en el extranjero. —Se examinó detenidamente las palmas de las manos, rollizas y amarillentas—. Podemos hacer llegar a Herman a Japón vía satélite.

Mister tenía la boca tan seca que le costó hablar:

—Lo quiero todo por escrito. Un contrato, uno nuevo, redactado, revisado, firmado, sellado y presentado sin falta mañana por la mañana a primera hora, de lo contrario Herman no dará el primer bocado a ese coche.

—Es usted el hijo de puta más codicioso que he conocido en mi vida —dijo cordialmente el señor Edge—, pero hay que reconocer que su rematada estupidez le da cierto encanto.

—Como no vaya con cuidado, puede que un día acabe firmando un cheque con la lengua que su culo no pueda pagar.

—Ah —dijo el señor Edge—, pero yo siempre voy con cuidado. Salgamos y pongamos el circo en marcha.

—Creo que ya va siendo hora —dijo Mister.

El salón de baile del Hotel Sherman de Jacksonville, Florida, era el mayor salón de baile de todo el sudeste de la nación y lo habían acondicionado especialmente para acoger a Herman y el Maverick. HERMAN Y EL MAVERICK, así rezaba ahora en el anuncio del espectáculo. Habían hecho pegatinas de HERMAN Y EL MAVERICK. El anuncio que emitía la cadena de la televisión local consistía simplemente en esas cuatro palabras proyectadas sobre un fondo vacío. El señor Edge había contratado una página entera en el *Times-Union* de Florida, el *Herald* de Miami, el *Times* de Saint Petersburg, el *Journal-Constitution* de Atlanta y en media docena

más de periódicos sureños. Y también eran esas cuatro enormes y sencillas palabras: HERMAN Y EL MAVERICK, las que cubrían de arriba a abajo la página de cada uno de esos periódicos. A los que ya sabían de qué iba la cosa, la frase les transmitía una nota de espantosa expectación. Los que no tenían ni idea se volvían locos de curiosidad y no paraban de indagar hasta averiguarlo. El sueño de cualquier publicista.

El acondicionamiento especial del salón de baile se plasmó en la instalación de un pequeño escenario cuadrado en el centro de la pista rodeado de gradas extensibles para el público. Habría dos pases al día. Herman comería a las seis de la tarde y Herman evacuaría a las nueve y media de la mañana; la evacuación duraría alrededor de una hora.

Todo en riguroso directo y sobre el escenario. Sin trampa ni cartón. Habían suspendido del techo una barra circular. De la barra colgaba una cortina blanca que podía correrse para ocultar a Herman y el Maverick de la vista del público que ocupaba las gradas. La cortina estaba cerrada cuando el señor Edge y Mister se abrieron paso por la abarrotada pista de baile donde niños pequeños se dedicaban a vender programas y pequeñas fotografías autografiadas de Herman y el Maverick a la desbordante multitud que había accedido a mitad de precio, dólar cincuenta por cabeza, para asistir al examen médico de Herman, ver el Maverick de cerca y escuchar lo que se había venido anunciando por todo lo alto como una declaración especial y muy interesante de la dirección.

El señor Edge era un buen organizador, aunque nadie lo hubiese dicho por la confusión que reinaba al otro lado de la cortina. Una vez dentro, el señor Edge y Mister tardaron dos o tres minutos en dar con Herman. Al final lo encontraron sentado en el asiento trasero del coche. Con Margo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó el señor Edge.

—Está conmigo —dijo Herman—. Déjela en paz.

Margo posó la mano en el brazo de Herman.

—Cariño, también trabajo para el señor Edge —dijo ella—. Si no quiere que esté aquí, lo mejor será que me vaya.

El señor Edge alzó sus manos rollizas sonriente.

—Si Herman quiere que estés aquí, yo también.

—Pues quiero que esté aquí —dijo Herman.

El señor Edge se había inclinado hacia la ventanilla del Maverick para hablar con ellos. Se irguió y murmuró:

—Parece que todo el puto mundo está aquí, así que por qué no va a estar también aquí la puta del hotel.

Había un soldador en cuclillas junto a una bombona de acetileno al lado del parachoques delantero del Maverick, encendiendo una y otra vez un soplete que parecía no poder ajustar a su gusto. Un jefe de bomberos uniformado, con una placa dorada en el casco, agachado a su lado. Un médico, lo mejor de Jacksonville en medicina interna, sentado en un taburete con un maletín negro en las rodillas. Junell y Easy Mack de pie junto a las cortinas. Easy, de traje negro y con una corbata también negra, cada pocos segundos se daba la vuelta para echar una ojeada al público a través de las cortinas. Junell llevaba un vestido blanco con un lazo negro en la espalda. El señor Edge había insistido en que o se compraba un vestido o no asistía a la fiesta.

—Ese cuero da muy mala imagen —le había explicado el señor Edge—. Vamos a tener un batallón de periodistas.

Y, en efecto, se había presentado todo un batallón, más de los que el señor Edge podía alojar. Pero, tal y como había señalado lleno de orgullo, ya no tendrían que volver a pagar publicidad. De ahora en adelante les saldría gratis. Pero ese chollo se traducía en tener que aguantar a once periodistas detrás de las cortinas, admitidos por autorización expresa del señor Edge, más tres fotógrafos y tres reporteros de la radio. Y, aparte, el señor Edge había contratado a un cineasta para que le filmase su propia película, para sus archivos personales, por lo que pudiera pasar, nunca se sabe…

Luego estaban los guardias. Había tres detectives de paisano de la Agencia Pinkerton detrás de las cortinas. Otros quince hombres de Pinkerton se habían encargado de vigilar muy de cerca a la gente que iba abarrotando el salón de baile, inspeccionando los paquetes y los bultos sospechosos. Desde que la Ford Motor Company, hacía ya unos cuantos días, se había presentado ante los tribunales para intentar conseguir una orden judicial que impidiese a Herman comerse el Maverick, habían estado recibiendo más amenazas contra la vida de Herman, y otras tantas contra la vida del señor Edge. Declaraban que eso arruinaría la imagen del coche en la

mente del pueblo americano. El tribunal no tuvo compasión y la petición de la Ford Motor Company fue desestimada, pero las nuevas amenazas hicieron necesario tomar decisiones inmediatas con respecto al plástico a prueba de balas y a la idea de si meter o no a Herman y el Maverick en un globo blindado sobre el escenario del salón de baile. El señor Edge opinaba que con el plástico se perdería la intimidad. Así que decidió prescindir del plástico, contrató a la gente de Pinkerton y asumió los riesgos. Eso implicaba mucha gente extra, gente que no pagaría y a la que habría que pagar, pululando por ahí, ocupando un espacio valioso, pero parecía necesario.

Uno de los reporteros se había sentado en el trono donde Herman iba a evacuar cada mañana a las nueve y media. Se trataba de una estructura compleja, diseñada y fabricada por los propios decoradores de interior del señor Edge.

—¿Cree que el público está preparado para esto? —preguntó el reportero al señor Edge.

—¿Se sorprendería si le dijese que estoy… —Miró a Mister, que estaba a su lado—… que estamos negociando para que se retransmita a escala nacional?

—¿A escala nacional? —repitió el reportero. Se sacó una libreta y escribió algo. Los otros reporteros que se habían apelotonado a su alrededor hicieron lo mismo.

—Por supuesto —dijo el señor Edge—, no se retransmitirá en la zona inmediata, en un radio de más o menos quinientos kilómetros, por lo de la competencia.

—¿Nos podría hablar de las negociaciones?

—Solo para decirles que estamos hablando con todas las cadenas —el señor Edge se encogió de hombros—. ¿Qué coño?, supongo que no pasa nada si digo que la cadena con la que estamos más cerca de llegar a un acuerdo es la
ABC
. Lo quieren para el programa «El Vasto Mundo de los Deportes».

—¿Y cree usted que van a emitirlo a escala nacional? —El reportero aulló como un perro y se disolvió en carcajadas.

—Patrocinado por Hemoal —gritó otro reportero.

—Y por cortesía de…

—¡Basta! —exclamó el señor Edge con un pisotón en el suelo—.

Estamos ante uno de los grandes momentos de la historia del espectáculo americano y la vulgaridad no tiene cabida.

Eso pareció serenarlos. Herman había salido del Maverick para situarse al lado del señor Edge. Solo llevaba unos pantaloncillos de tenis. Tripa prominente y la piel más blanca que el blanco de los pantalones. La parte posterior de sus gruesas rodillas lucía una fina red de venitas azules. Margo estaba junto a él, aferrada a su mano.

—No sé a cuento de qué tanta historia —dijo el señor Edge—. Miren cómo montamos esto.

El reportero se bajó del trono y todos se quedaron mirando el invento mientras el señor Edge hablaba.

—Es de lo más ingenioso. Puro ingenio americano. Solo se le verá la cabeza. Estas cortinas ocultarán su cuerpo. Y ahí es donde caerá el Maverick. Los espectadores podrán ver cómo cae. Pero a él no lo verán. —Exasperado, miró a los reporteros, todos se habían puesto a garabatear frenéticamente—. Por amor de Dios, tendrán que reconocernos al menos un poco de clase y de buen gusto. Jamás mostraríamos su recto al público americano.

—¿Señor Edge? —Era un reportero de un periódico de fuera de la ciudad.

—¿Sí?

—Si se come doscientos cincuenta gramos al día, siete días a la semana, ¿sabe cuánto tiempo le llevará comerse el Maverick entero?

—Esa es una pregunta bastante simplona —estalló el señor Edge—. Por supuesto que sabemos el tiempo que le llevará comérselo. Sabemos contar.

El reportero que había estado calculándolo en su libreta alzó la mirada incrédulo:

—Diez malditos años. Más de diez años.

—No mucho más —dijo el señor Edge—, lo que, como sin duda sabrá, es lo que viene a durar en cartel una buena obra en Broadway.

—Muy pocas en la historia del teatro americano han llegado siquiera a aproximarse a algo así —dijo el reportero del *Herald* de Miami.

—Bueno —sonrió el señor Edge—, pues este pequeño drama va a ser el que establezca el récord que el teatro americano intentará

batir durante los próximos cien años.

—Señor Mack, ¿cree usted que podrá pasarse diez años haciendo esto? —Era el mismo reportero que había señalado lo que iba a durar todo aquello.

Herman estaba mirando el Maverick y sus ojos no se desviaron en ningún momento del lado derecho del parachoques frontal. No dio muestras de haber oído la pregunta.

El señor Edge frunció el ceño y miró fijamente al reportero.

—Les pedí encarecidamente que no hablasen con él. Todos recibieron instrucciones al entrar. Se está concentrando. Sabe lo que tiene que hacer y se está concentrando. Si tienen algún comentario, diríjanse a mí.

—Pero no va a ser su… su… su… —al reportero le entraba la risa y estaba teniendo problemas para expresarse—, no va a ser su… ojete… el que va a estar al pie del cañón durante los próximos diez años.

Eso hizo estallar a los demás reporteros. El señor Edge, con el rostro blanco impasible, esperó a que parasen las carcajadas.

—No lo volveré a repetir —dijo—. No pienso permitir la menor vulgaridad. No toleraremos que este colosal esfuerzo quede manchado por comentarios soeces y ordinarieces. Tengo guardias apostados entre la concurrencia y el siguiente que, de palabra u obra, suelte una vulgaridad será expulsado de mi hotel. ¿Les queda claro?

Nadie abrió la boca. El público al otro lado de la cortina rugía como un torrente.

—Entonces muy bien —dijo el señor Edge—, vamos con retraso, empecemos.

El señor Edge le hizo una señal a uno de sus hombres. Todos ocuparon sus posiciones. El hombre al que el señor Edge le hizo la señal tiró de un cordel y fue descorriendo la cortina a lo largo de la barra circular hasta que el escenario quedó expuesto por los cuatro costados. El Maverick rojo a la derecha. El trono ingenioso a la izquierda. Y en medio, Herman sobre una mesa de exploración de aluminio. El médico se acercó y se plantó junto a la mesa, depositó en ella el maletín negro y lo abrió. Junell, Mister, Easy Mack y Margo abandonaron el escenario. El soldador permaneció de cuclillas junto al Maverick. El jefe de bomberos, con su

resplandeciente placa dorada, impertérrito a su lado. El señor Edge se aproximó al micrófono, custodiado por dos agentes de Pinkerton al pie del escenario. Su cineasta particular le dio a un botón y la cámara empezó a zumbar.

—Señoras y señores, tengo…

Hubo un estallido espontáneo de aplausos y gritos estridentes de ánimo.

—Gracias. El Hotel Sherman tiene el orgullo de presentarles una primicia auténticamente americana.

Aplausos. Más aplausos.

—Como muchos de ustedes sabrán, no es la primera vez que alguien se come un coche.

El público gimió.

—No pretendemos ocultar ese hecho. Un sueco se comió un Saab. Y un argentino se comió un Fiat. Pero nunca lo ha hecho un americano, y nadie… nadie en ningún lugar del mundo, se ha comido jamás un coche tan contundente como nuestro Ford Maverick.

La multitud se volvió loca y se puso a aplaudir con fervor. Mientras el señor Edge hablaba, el médico iba examinando a Herman en segundo plano. Le ató el brazo con un tubo de goma y le tomó rápidamente la tensión. Auscultó atentamente a Herman con un estetoscopio plateado. El público escuchaba al señor Edge, pero la mirada colectiva estaba centrada en Herman. Y cuando el médico le abrió la boca para examinarle la garganta, la sala entera, hombres, mujeres y niños, exhaló un suspiro agónico colectivo de lo más exquisito.

—Cortaremos doscientos cincuenta gramos por sesión —decía el señor Edge—, empezando por la parte derecha del parachoques frontal. Del parachoques pasaremos a la rejilla del radiador. El coche… la carcasa… permanecerá expuesto aquí mismo, durante todo el tiempo que le lleve a Herman Mack ingerirlo.

El médico le había pedido a Herman que se pusiese de pie. Le estaba sondeando delicadamente el tripón. Pero ya se había dispuesto todo de antemano y aquel teatrillo era solo de cara a la galería. En realidad no hacía nada. Era solo para acentuar el discurso del señor Edge. Y el señor Edge se empleó a fondo. Entró en detalles de lo más específicos. Dijo que iban dirigidos a aquellos

del público que quizá todavía no estuviesen al tanto de cómo iban a proceder. Lo que no era cierto en absoluto.

Toda la población del Sudeste sabía exactamente cómo planeaba Herman comerse el Maverick, igual que la mayor parte del resto del país, porque, a esas alturas, las agencias de noticias ya se habían hecho eco de la historia. El señor Edge volvía a contarlo todo porque sabía que el público nunca se cansaba de oírlo, deseaba oír los detalles una y otra vez. Y por eso explicó cómo iban a seccionar el metal en trozos de quince gramos, cómo iban a esterilizarlos, cómo el médico había prescrito previamente a Herman una dieta blanda especial para protegerle el estómago, cómo introducirían en su momento las fundas de los asientos, el parabrisas y todo lo que no podía ser engullido en cápsulas indigeribles, y cómo Herman continuaría puntualmente con el proceso, semana a semana, con dos pases diarios, la tarde para comer, la mañana para evacuar (risitas nerviosas, aplausos esporádicos que crecieron hasta estallar en una estruendosa ovación seguida de gritos de ánimo: «¡Vamos, Herman, vamos!»), hasta que finalmente no quedara del Maverick más que el recuerdo.

El señor Edge alzó las manos para pedir silencio.

—Y ahora un anuncio especial. Como ya saben, Herman Mack empezará a comérselo esta tarde a las seis.

Un nuevo estallido de aplausos.

—Por la mañana, los primeros quince gramos que evacúe a las nueve y media serán subastados al mejor postor.

El señor Edge hizo una pausa. Se hizo un silencio total. Pudo oír al médico revolverse a sus espaldas. El público se había quedado de piedra. El señor Edge se apresuró a seguir.

—En el Hotel Sherman contamos con el equipo necesario para fundir esos quince gramos en un molde y darle la forma de un Maverick en miniatura; una réplica perfecta. Y más aún, las siguientes evacuaciones se irán fundiendo de manera similar y se les hará un agujerito en la parte superior, idóneo para sus llaveros. Estos cochecitos se venderán a doce dólares cincuenta más los impuestos sobre ventas del estado según el orden de llegada. Ya saben, el primero que llegue se lo lleva.

El auditorio rugió en una explosión unánime de aprobación. Los niños lanzaron globos al aire. Los hombres y las mujeres se pusieron

a patear el suelo, a aplaudir y a pedir a voz en grito la oportunidad de adquirir uno de esos Mavericks en miniatura.

Cuando finalmente se calmaron, el señor Edge añadió:

—Queremos hacer esto para que cada uno de ustedes pueda participar de la forma más íntima posible en la iniciativa de Herman. ¿Y qué mejor manera que volver a casa con un Maverick en miniatura colgando de sus llaveros?

La tormenta de aplausos volvió a estallar en el salón de baile, pero el señor Edge la interrumpió con un movimiento brusco del brazo. Al advertir ese movimiento el soldador golpeó el pedernal, el soplete prendió y una llama azul verdoso de unos veinte centímetros de largo comenzó a chisporrotear y a sisear. El jefe de bomberos permaneció a su lado, la placa dorada lanzando destellos, los ojos absortos. El soldador ajustó la llama del soplete. El público se quedó paralizado, contuvo el aliento. El siseo de la llama, ahora de no más de cuatro centímetros, azul con una puntita amarilla, podía oírse hasta en el último rincón de la sala.

El señor Edge, con voz grave y tremendamente seria, dijo:

—Señoras y señores, nos encontramos ante un momento histórico. Nos disponemos a preparar los doscientos cincuenta gramos que Herman ingerirá esta misma tarde a las seis. Los aquí presentes esta mañana tendrán prioridad a la hora de adquirir el limitado número de entradas disponibles para la actuación de esta tarde.

Los espectadores se inclinaron hacia adelante. El hombre del soplete estaba mirando al señor Edge. El señor Edge asintió con la cabeza y dijo:

—Adelante.

El soldador se bajó las gafas protectoras y se inclinó hacia el parachoques. La parte derecha del extremo del parachoques, una zona el doble de grande que la mano de un hombre, había sido marcada con una línea azul. Cuando la lengua de la llama amarilla tocó el metal una lluvia de chispas envolvió la cabeza del soldador. La gente del público que estaba mirando a Herman, de pie junto a la mesa de exploración, pudo ver cómo le recorría un largo y tembloroso estremecimiento en el momento en que el bisturí ardiente empezó a seccionar el coche. No llevó más de un minuto cortar el pedazo que fue a caer sobre la bandeja de plata no muy

honda que el señor Edge había colocado en el suelo para recibirlo.

Easy Mack había ido a sentarse en la primera fila, en uno de los asientos reservados para los miembros de la familia, justo delante del escenario. Pero en el momento en que el soplete iba por la mitad, se puso de pie. Y cuando el trozo de coche cayó en la bandeja de plata, vomitó.

El vómito salió despedido de su boca y roció las piernas y los zapatos del señor Edge, que seguía de pie junto al micrófono.

SIETE

AMÉRICA… TUS FORD MAVERICKS 1971 YA ESTÁN AQUÍ

2782 centímetros cúbicos, motor en línea de
6-cil
(potencia máxima 106 caballos) / Transmisión manual sincronizada de 3-velocidades / Columna de dirección con bloqueo / Luces de posición intermitentes, cuatro, localizadas en los extremos de los guardabarros frontal y trasero (sincronizadas con los cambios de dirección) / Asientos delanteros de respaldo abatible y bloqueo automático / Volante de dos radios / Luz interior de apertura de puertas / Ventilador de aire caliente y frío con tres velocidades y controles iluminados / Circuitos impresos en el panel de instrumentos / Acelerador suspendido, pedales de embrague y de freno / Esterillas a juego con el color del vehículo / Cristales laterales curvos y sin respiradero / Perchas / Cubierta de ventilación superior / Ventanilla posterior tipo aleta / Llave reversible / Neumáticos estándar 6:
45×14
de pared lateral negra / Distancia entre ejes: 262 centímetros / Altura: 135 centímetros / Longitud: 456 centímetros / Anchura: 179,4 centímetros / Peso en vacío: 1202 kilos / Motor tipo 170 seis cilindros / Relación de compresión: 8.7 a 1 / Potencia máxima: 4200 rpm. / Batería: 45 amp. / Alternador 42 amp.

Las características del Maverick 1971 se filtraban en la mente

embotada y oscurecida de Herman como hojas mecidas por un viento suave. Había leído aquellas especificaciones cientos de veces, había soñado con ellas, las había amado, había conjurado con ellas hasta que, al final, tanto si escuchaba como si no, acabaron recitándose solas. Ahora no estaba escuchando. Pero, tumbado en su habitación de la segunda planta del Hotel Sherman, seguía teniendo muy presente la lista detallada de las virtudes del Maverick.

Cargaba con el peso de una saciedad desacostumbrada. Tumbado boca arriba, desnudo en la cama, con las manos abiertas sobre la tripa ligeramente dilatada. Lo había hecho. Ya no era materia de especulación, de si podría o no podría hacerlo. ¡Lo había hecho!

Pero apenas recordaba nada. El día había transcurrido en una especie de bruma con pequeñas islas de acción congeladas en el tiempo y en el espacio, envueltas en una luz blanca cegadora. Recordaba la bandejita con los trozos de metal esterilizado que le ofrecieron en medio de una salva de aplausos tumultuosos y gritos de ánimo. Pero no recordaba cómo llegó al escenario.

Llevaba sin comer veinticuatro horas. El médico se había esforzado en diseñarle una dieta especial llena de cosas como queso fresco y crema de leche para protegerle el estómago, pero era incapaz de ingerir nada. Era incapaz de tragar, literalmente. Varias veces a lo largo del día, el médico y el señor Edge, incluso su padre Easy Mack, intentaron hacerle comer. Y él puso toda su voluntad. Bien sabe Dios que lo intentó. Una y otra vez se llevó a la boca cucharadas de aquella comida blanda e insípida, solo para darse cuenta de que no podía. Surgió la duda de si retrasar o no el estreno. Pero él les aseguró que todo saldría bien.

—Llevadme al escenario y ya está —les dijo con confianza—, todo saldrá bien.

Y así fue. Le acercaron la bandeja de plata con los trozos de quince gramos de metal esterilizado. Herman bajó la vista y ese fue el instante en que se percató de dónde estaba, supo que por fin había llegado su momento. Alzó los ojos y allí estaba el público, petrificado, pasmado ante lo que estaba a punto de hacer, completamente en silencio. Estaba su padre, pálido como el yeso. Su hermano y su hermana. También se dio cuenta de que la que

sostenía la bandeja era Margo. Se inclinó hacia él de un modo casi imperceptible, su lengua ágil y rosa salió disparada como un dardo entre sus dientes blancos y puntiagudos:

—Cómetelo —le siseó—. ¡Cómetelo, Herman! ¡Joder, trágatelo todo!

Fue como si todo transcurriese a cámara lenta. Tendió la mano con una lentitud exasperante, seleccionó un trozo de la bandeja y se lo llevó a la boca. Sintió el roce del metal en los labios. Su lengua se apoderó de él y lo envolvió. El sabor del metal le inundó la garganta, el estómago. Lo sintió expandirse, mezclarse en su sangre, y estuvo a punto de desvanecerse de puro placer. Se lo tragó y sintió su presencia enorme en la garganta, su descenso, interminable e inconcebiblemente pesado, muy lento, descendiendo poco a poco hasta caer por fin en el estómago.

Los aplausos sacudieron la sala. El señor Edge le agarró del brazo y le dijo que era un campeón, un auténtico campeón. Margo le recordó que, como ya sabía, para él sería gratis cuando quisiera, a cualquier hora del día o de la noche. Su hermano, Mister, le dijo que acababan de subir a primera división. El médico, que había estado observándole con incredulidad, ahora no podía ni mirarle a los ojos. El jefe de bomberos se aseguró de que el soplete estuviese bien apagado y de que ni el Hotel Sherman ni el público del salón de baile corriesen el menor peligro. Herman lo vivió todo en cámara lenta. Irreal y distante, se fue tragando los demás trozos de metal y luego se dejó conducir, ciego e hinchado, a su habitación, donde se tumbó panza arriba y se maravilló de la grandiosidad de su hazaña.

La habitación estaba abarrotada de ramos de flores de felicitación enviados por sus más rendidos admiradores. El médico le volvió a examinar y dictaminó que estaba como un toro. En la pared del fondo había una lamparilla de noche encendida. Todas las persianas estaban bajadas y las cortinas corridas. Margo se había pasado hacía un rato para intentar meterle en la boca unas cucharaditas de la dieta especial.

—Te será más llevadero —le susurró, sus labios rojos, húmedos e hinchados.

Pudo haber comido, pero se negó. No quería. Estaba en armonía consigo mismo y con el mundo. Tenía los ojos abiertos, pero se

sentía en mitad de un sueño. Oía el clamor de la sangre en los oídos y en ese clamor distinguía coches. Veía coches en su sangre. Rechinaban y se escoraban por las largas y curvadas autopistas de sus venas. Se quitó las manos de la tripa y se agarró con fuerza a la cama. Esto no lo había previsto.

Con una mezcla de terror y de gozo, intentó despertarse. Pero no estaba dormido. Tenía los ojos llenos de coches. Corrían y competían por cada fibra de sus músculos. Buggies que se precipitaban por las playas californianas de sus pies; jeeps robustos con tracción en las cuatro ruedas y cadenas para la nieve que ascendían las cumbres de Montana de sus caderas; descapotables dorados, resplandecientes y con la capota bajada, ronroneando bajo el sol de Arizona de su brazo izquierdo; taxis furibundos, sucios, funcionales y arteros, luchando por la supervivencia en el Nueva York de su cabeza.

Y su corazón. ¡Dios mío, su corazón! Lo sentía en el pecho como algo separado e independiente. Aislado y latiente, conocía muy bien sus límites. Y cada coche que corría y rugía en su alucinada visión de sí mismo acababa en su corazón. Un tránsito interminable de Saabs, Fords, Plymouths, Volkswagens, toda clase de buggies modificados, Toyotas y coches de todo el mundo que hacían cola y entraban en su corazón palpitante.

Él miraba, asombrado y estupefacto, cómo se iba llenando de coches, cada vez más apretados, parachoques contra parachoques, hasta verse finalmente embotellado de los pies a la cabeza. La piel estirada y tirante. Las venas y las arterias retumbando con el estruendo de los cláxones, bloqueado en un atasco que jamás se disolvería porque no había salida. Coches y más coches por todas partes y ningún sitio adonde ir.

Pero en el último momento, cuando comenzaba a ahogarse y a boquear en un mar de coches, aterrorizado ante la idea de que siguieran multiplicándose hasta que se le reventara la piel y se le derramase la vida, en plena alucinación se le presentó una solución de lo más conveniente. Él era un coche. Un coche magníficamente equipado. Escaparía porque lo que amenazaba su vida era él mismo, y no tenía intención de suicidarse.

En caso de necesitar más aire activaría el aire acondicionado. Si necesitaba más potencia, quemaría gasolina de mayor octanaje. Si

lo que necesitaba era más confianza, instalaría otros cien caballos bajo su capó. Si la luz del mundo exterior le molestaba, tintaría el parabrisas. Y su inmortalidad yacía en innumerables desguaces, todos de fácil acceso desde cualquier rincón de América. No tendría más que ir y reemplazar el guardabarros, reemplazaría las ruedas, incluso reemplazaría el motor, lo reemplazaría todo hasta dejar de ser lo que había sido hasta entonces. Lo reemplazaría todo por todo hasta no ser nadie y ser todos al mismo tiempo.

Herman rodó y se afianzó a la cama. Se quedó inmóvil. Viró un poco hacia la izquierda. Creyó oír el traqueteo del motor y el rumor de las ruedas. Volvió a intentarlo. ¡Oh, Dios! Un sollozo desgarrador se le atravesó en la garganta.

—¿Herman?

Era Margo. Pudo distinguirla sentada en las sombras del rincón más alejado de la habitación. Se había cambiado. Iba toda de blanco.

Tendió los brazos hacia ella.

—Gracias a Dios —dijo—. Gracias a Dios, eres tú.

—Herman —dijo ella—. ¿Qué te pasa?

—Tengo… tengo miedo —dijo él.

—¿De qué?

Ella se sentó en la cama y, automáticamente, le posó las manos en la tripa.

—No lo sé —dijo él—. He tenido un sueño… un sueño o algo parecido.

—¿Sobre qué? ¿Con qué has soñado?

—Coches.

—Cuéntamelo, Herman, cariño. Y verás que no ha sido más que un sueño. Yo tengo malos sueños todo el rato, salgo de la cama, me pongo frente al espejo, me miro, me cuento a mí misma el sueño y ya nunca vuelve a darme miedo.

—¿Nunca?

—Bueno, nunca, nunca, tampoco. A veces sigue acojonándome bastante, la verdad —dijo ella.

—Estaba lleno de coches.

—¿Lleno de…?

—Por los brazos, las piernas, la cabeza, corrían por mi sangre y por mi corazón.

—Bueno, los sueños… —dijo ella tratando de calmarle.

—Luego el coche era yo.

—… los sueños siempre son raros —dijo ella.

—Pero estaba despierto.

—¿Despierto?

—Tenía los ojos abiertos. Y tenía miedo. Sigo teniéndolo.

—Déjame abrazarte —dijo ella—. Voy a abrazarte.

—Sí —dijo él.

Ella se levantó y se desvistió antes sus ojos. Se bajó la cremallera del vestido blanco y lo único que llevaba debajo eran unas bragas naranjas. Se las quitó y se quedó desnuda. Un único músculo esbelto lleno de hoyuelos.

—Dios, eres preciosa —dijo él. Tenía la vista clavada en las líneas marcadas de sus abdominales.

—De cuando era animadora —dijo ella—. Es posible que solo haya una cosa mejor para el cuerpo que ser animadora.

—¿Y es?

—Follar —dijo ella—. Si pones el corazón en ello, follar te mantiene en muy buena forma.

Se tendió a su lado y presionó su vientre contra el suyo. A él le sorprendió lo pequeñita que era sin sus zapatos de tacón. Tenía sus ojos a escasos centímetros de los suyos. Sus senos comprimidos contra su pecho.

—No deberías hablar así —dijo Herman—. Eres una chica demasiado bonita para andar diciendo esas cosas.

—Es mi apertura estándar —dijo ella.

—¿Apertura estándar?

—La manera de empezar. A los clientes les encanta oírmelo decir: follar. Así que siempre lo suelto cuando me dispongo a meterme en la cama con uno. Me lo enseñó mi chulo.

—Yo no soy un cliente cualquiera —dijo él.

—No —dijo ella—, ni cliente cualquiera ni ninguna otra cosa cualquiera. Madre mía, esta mañana estuviste increíble.

—Pero la cosa ha acabado mal.

—No, para nada —dijo ella tratando de engatusarle para apartarle de su alucinación.

—Creí que era un coche.

—Uno puede soñar lo que sea.

—No estaba dormido. Creí que era un coche y me asusté, me asusté muchísimo.

—Ahora no estás asustado.

—No —dijo él—, ahora no. Pero si empieza de nuevo es probable que… no, seguro que sí, sé que me volveré a asustar.

—No irás a creerte que eres un coche conmigo en la cama.

Él empezó a decir algo. Pero ella le lamió el pecho, le lamió el pecho y a él se le fue de la cabeza.

—Oye —dijo él—, no tienes que…

—Pero por eso mismo es tan bueno, ¿no crees? —dijo ella. Descendió por su cuerpo y le lamió la tripa. Su lengua era cálida, húmeda y ágil. Se detuvo y alzó la vista para mirarle a los ojos—. No tengo que hacer nada por ti. ¿No crees que por eso mismo es tan bueno?

—Sí —dijo él—, por eso mismo es tan bueno.

OCHO

—Vale, no lo hice a propósito —dijo Easy Mack malhumorado.

—Aun así el señor Edge está muy cabreado —dijo Mister—. Su mujer estaba entre el público. Su hija había venido con su novio y todo. ¿Y qué haces tú? Le vomitas en los zapatos. ¿A ti cómo te sentaría eso?

—Ya te he dicho que no lo hice a propósito. No pude evitarlo.

—Ya lo sé, papá. El médico dijo que fue simpatía.

—Chorradas. ¿Simpatía? ¿Qué demonios significa eso?

—Simpatía fue lo que dijo —dijo Mister—. De tu estómago por su estómago. Como si te lo fueses a comer tú.

—Cielo santo —dijo Easy Mack. Le subió el disgusto por la garganta. Le entraron arcadas.

—¿Estás bien?

—No. No estoy bien. Y no voy a volver a estarlo nunca.

Estaban hablando en la suite que Mister le había logrado sacar al señor Edge en la misma planta que Herman. Las habitaciones daban a la calle, por lo que podían ver el tráfico y la multitud que se apelotonaba frente al hotel y hacerse una idea de cómo iba el tema en la taquilla. Las entradas del primer mes se habían agotado enseguida. Los de la reventa se estaban haciendo de oro con el pase de las nueve y media. En cuanto se extendió por Jacksonville la noticia de que el chico de los Mack «ya había empezado a comerse el Maverick», la venta de entradas se disparó. En menos de dos horas se agotaron las entradas del primer mes y Mister, desde la habitación en la que estaba hablando con su padre, no podía despegar los ojos de la cola de gente que se perdía en la distancia.

—Ojalá no hablases así. Mira ahí abajo —dijo Mister señalando la calle.

—Ya lo he visto —dijo Easy con la voz de un hombre al que le

acaban de informar de que su enfermedad no tiene cura.

—Es nuestra oportunidad —dijo Mister—. Tú siempre has dicho que el día menos pensado se nos presentaría la oportunidad y que vendría montada en un coche. Pues bien, ya está aquí y yo pienso montarme con ella hasta donde nos lleve.

Easy Mack deseó poder decir algo, pero no pudo. Él, en efecto, había dicho que los coches les salvarían. En la época en que Junell, Herman y Mister no eran más que unos renacuajos y su madre aún vivía, él había proclamado que América era un motor V8 impulsado por gasolina y refrigerado por agua, y que pertenecía a los hombres nacidos para el volante. Lo creyó durante todos los años que estuvo trabajando como chapuzas a la sombra de un árbol, lo creyó cuando obtuvo el puesto de encargado en el concesionario de coches nuevos de Waycross, Georgia, y lo siguió creyendo cuando aprovechó la oportunidad y compró las diecisiete hectáreas para montar
Auto-Town,
aunque hoy en día un coche desguazado, empaquetado y entregado a la gabarra, no salía a más de un centavo por kilo.

El Ford Maverick de abajo costaría en el concesionario cerca de dos mil dólares; desguazado (Easy hizo una pausa y tecleó mentalmente las cifras), desguazado poco más de once pavos. Suspiró y se consoló con lo que le quedaba. En América se desguazaban más de doce millones de coches al año. Algo con lo que uno podía ganarse la vida. Este país fabricaba anualmente más coches que personas y esos putos coches tenían que acabar en alguna parte.

—Quiero irme a casa —dijo Easy.

—No podemos —dijo Mister—. Tenemos que ayudar a Herman.

—Nadie puede ayudar a Herman —dijo su padre.

—Ahí te equivocas —dijo Mister—. Herman tiene trabajo por delante.

Se calló y miró por la ventana a la multitud que se amontonaba frente a la taquilla.

—Mira, también deberías saber que… estamos metidos en esto con el señor Edge.

—Estarás tú —dijo Easy—. Yo no.

—Estamos todos. Nos estaba robando a nuestras espaldas. Había que hacerlo.

Easy tenía la mirada afligida.

—No digas eso. No es verdad.

—Pues sí, papá. Sí lo es. Nos estaba estafando.

—No me refiero a eso. Me refiero a lo de estar con él en esto.

—¿Cómo te crees que he conseguido que nos ceda estas habitaciones?

—¿No se las estás pagando?

—Nos está pagando él a nosotros, papá. Somos ricos. Ricos. Por fin lo hemos logrado.

—No te creerás que voy a quedarme aquí, que voy a vivir en un puto hotel.

—Papá, esta tarde había un tipo de la televisión entre el público. Vino a verlo con sus propios ojos. Vio a Herman tragarse esos trozos de coche, ¿y sabes qué?

Easy apoyó suavemente la cabeza en el respaldo almohadillado de la silla en la que se había sentado y gruñó.

—¡Que han comprado los derechos de emisión de costa a costa!, ¿cómo te quedas? —Mister volvió a precipitarse a la ventana para contemplar la multitud que se concentraba en la acera. Luego volvió sobre sus pasos y miró a su padre, que aún tenía los ojos cerrados—. Y nos corresponde el veinticinco por ciento de la venta de las réplicas del Maverick, el veinticinco por ciento de los derechos de emisión y el veinticinco por ciento de todo, hasta de las entradas.

Easy siguió con los ojos cerrados y dijo:

—Dile a Junell que venga.

—¿Cómo? —dijo Mister, aún perdido y embelesado en su visión de los porcentajes.

—Junell —dijo Easy—. Dile que la necesito.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Está en su habitación.

—¿Ella también tiene una? —preguntó Easy—. ¿En el hotel?

—Ya te lo he dicho, estamos todos metidos en esto. Tiene la de al lado —dijo Mister, incapaz de disimular el orgullo de su voz—. Le dejé claro al señor Edge que nuestras habitaciones tenían que estar juntas. —Abrió los brazos—. Esto que ves se llama la Suite Ejecutiva. Junell está en la de al lado.

—Dile que quiero verla —dijo Easy.

—No puedo —dijo Mister.

—¡Joder, Mister, deja ya de decir que no puedes!

—Es que no puedo.

El rostro arrugado de Easy se moteó de rojo y de sus labios salió despedido un fino hilo de saliva.

—Lo que quiero decir es que no puedo ir a por ella —dijo Mister—. Está con Joe. —Se asomó a la ventana—. Me temo que está ocupada con Joe.

—¿Qué Joe? —preguntó su padre.

—Joe no sé cuántos. Aquel tipo, ¿no te acuerdas? El joven del accidente. ¿No te acuerdas de aquel domingo que fuimos todos a conocerle?

—¿Está aquí también?

—En su habitación. Y yo…

—Dios mío, ¿es que todo el mundo va a acabar aquí?

—Hubo otra amenaza de bomba esta tarde después del espectáculo y el señor Edge llamó al capitolio para pedir protección ya que es uno de los mayores contribuyentes de la campaña del gobernador y…

—No me hables del puto gobernador —exclamó Easy.

—El gobernador ha mandado a cuatro agentes hasta que todo acabe.

—¿Y Joe es uno de ellos?

—Se presentó voluntario. Junell se puso nerviosísima al enterarse de que iba a venir. Me lo contó. No es como encontrárselo en un accidente. Me preguntó si, en mi opinión, debería llevárselo a dar una vuelta en la Big Mama, la tiene aparcada en el parking de al lado, y yo le dije que no, joder, que actuase con normalidad. Que dejara que las cosas siguiesen su curso. Que todo iría bien. —Mister no podía apartar la vista de la multitud—. Pero sigue de los nervios, está nerviosísima.

Easy Mack suspiró. Alzó la vista para mirar a Mister.

—Está claro que ya nada volverá a ser igual, ¿verdad, hijo?

—No señor, nada.

Se quedaron un buen rato sentados escuchando el ruido de la calle; a esa hora de la tarde, un viernes, el tráfico era tan intenso que se filtraba a través de la pared, por encima del aire

acondicionado, los cláxones y el rugido de los motores.

—Pero tengo una sorpresa para ti —dijo Mister por fin.

—Hijo, no estoy de humor para sorpresas.

—Esta te va a gustar.

—No creo. No creo que me pueda volver a gustar nada en mucho tiempo. —Y al momento—: ¿De qué se trata?

—Tendrás que venir a verlo —dijo Mister—. Está en el centro.

—Ya estamos en el centro.

—Está muy cerca, a la vuelta de la esquina. Vamos, además necesitas que te dé un poco el aire. No hace falta que nos quedemos aquí todo el rato, esto ya rueda solo.

—No quiero ir.

—Pero tampoco quieres quedarte.

—No, tampoco quiero quedarme —dijo Easy.

—¿Entonces qué más te da acompañarme?

Así que él y su padre bajaron. En el vestíbulo les reconocieron y al salir a la acera les aclamaron entre empujones. Tanto los que habían conseguido entrada como los que no, querían tocarles.

—No —gritó Mister cuando su padre se dirigió hacia el parking—. No necesitamos la camioneta. —El estruendo de la multitud era ensordecedor—. Será más fácil ir a pie.

Tres flashes les estallaron en la cara mientras se abrían paso entre la gente y se alejaban calle abajo. En la otra acera, frente al Hotel Sherman, un hombre con una túnica blanca llevaba una pancarta en la que ponía: EL SEÑOR LO VE TODO PERO AGUARDA SU MOMENTO. Muchos fueron tras ellos para pedirles autógrafos y que les presentasen personalmente a Herman. Pero Easy se negó a dirigirles la palabra y Mister no se cansó de repetir que ya habría tiempo para eso más adelante. Así que, más o menos al llegar a la siguiente manzana, la gente dio media vuelta y les dejó a su aire.

—¿Está muy lejos? —pregunto Easy.

—No mucho —dijo Mister.

—¿Has visto al tipo de la acera de enfrente?

—¿El de la túnica?

—Ese mismo.

—Un chalado. Loco e inofensivo. El señor Edge hizo que lo investigase la policía.

—Es la primera vez que lo veo.

—Pues lleva ahí plantado desde el principio. Desaparece y vuelve a presentarse todos los días, desde que empezó Herman.

—¿Y dices que el señor Edge lo ha hecho investigar?

—Exacto. Tenía toda la pinta de estar como una cabra y puede que fuese incluso peligroso. Así que en lugar de tentar a la suerte, el señor Edge hizo que lo investigasen. La policía local es muy buena investigando pirados.

Salieron a Main Street y se encaminaron hacia el norte. Easy estaba a punto de preguntarle otra vez a su hijo si faltaba mucho cuando Mister extendió la mano y le detuvo.

—Mira eso —dijo.

A pocos metros, calle abajo, había un enorme concesionario, tan iluminado que hacía daño a la vista. Y en medio de la sala, sobre una plataforma giratoria, un impresionante Cadillac De Ville blanco. Había una familia, la madre, el padre y dos niños, inmóviles a la izquierda de la plataforma, mirándolo embobados.

—Ahí está —exclamó Mister—. ¡Vamos, papá, entremos!

Easy le siguió sin hablar. Al pasar junto a la familia, el padre estaba diciendo en voz baja: «Algún día… algún día» y las cabecitas de los niños asentían en silencio. Al acercarse más al coche, a Easy Mack se le revolvieron las tripas. La base de la lengua le supo a metal.

—Es mío —dijo Mister.

—¿El qué?

—Lo he comprado.

—Pero…

—Sabes que siempre hemos querido tener uno —dijo Mister—. El modelo de excelencia con el que todo se mide. Eso dicen, y tú siempre lo has dicho. Pues al final lo hemos conseguido. Es nuestro.

Era cierto. Easy siempre había deseado tener un sedán De Ville nuevo, el modelo más popular de todos los Cadillacs. Pero nunca se lo habían podido permitir. Aun siendo propietario del mayor desguace del estado, estaban los impuestos, la facturación, los gastos generales y la sempiterna depreciación del valor de los coches siniestrados. Y ahora lo tenían ahí. Era suyo y Easy Mack se preguntaba por qué no estaba contento. Se le retorcía el estómago y amenazaba con sublevarse. Sentía náuseas hasta en el alma.

—El señor Edge nos ha avalado —dijo Mister—. Les llamé y les

dije cuál quería. Les dije quién era y cuál quería. Me lo han dejado a punto. No tenemos más que llevárnoslo.

Entraron en una pequeña oficina compartimentada. El vendedor se puso en pie de un salto en cuanto se enteró de quiénes eran. Les condujo por un pasillo hasta una zona iluminada con focos situada en la parte posterior de la tienda. En medio de un círculo de luz les aguardaba un Cadillac blanco.

—Ahí lo tienen —dijo el vendedor—. Recién salido de fábrica. Nadie se ha tirado aún un pedo sobre la funda de sus asientos.

Se rio larga y ruidosamente de su comentario. No pareció importarle en absoluto que Mister y su padre no le viesen la gracia.

—Dios, es grande como una casa —dijo Easy.

—Los Cadillacs no son coches pequeños —dijo el vendedor.

Los tres hombres dieron una vuelta alrededor de la máquina. Casi con recelo. Como si medio se esperasen que se pusiera a hablar o a lanzarles un conjuro. El vendedor abrió la boca y con una voz sosegada y reverencial dijo:

—Los Cadillacs, hasta el último modelo, vienen en veintiún colores. Usted eligió el blanco, pero cuenta con veintiuna opciones diferentes…

Rodeando el Cadillac, Easy se sentía abrumado y sobrecogido. Ni siquiera podía pensar en veintiún colores. ¿De verdad había tantos? Rojo marrón negro oro verde morado amarillo (pero amarillo era oro, ¿no?) rosa azul turquesa. Los había ido contando con los dedos y llevaba solo diez. Trató de pensar en más. No pudo.

—… y, por supuesto, este coche tiene asientos reclinables eléctricos, cierre eléctrico centralizado, frenos de circuito eléctrico, dirección asistida eléctrica, elevalunas eléctrico…

Easy estaba mareado. Todo giraba. La palabra «eléctrico» resonaba en su cabeza como una campanada. El estómago se le había comprimido en un retortijón compasivo que dolía de cojones pero que al menos le impedía hacer lo que temía que podía llegar a suceder en el momento menos pensado: vomitar.

Continuaban girando alrededor del coche.

—… y cuatro encendedores. Nada menos que cuatro mecheros. Y luego las luces, las luces del Cadillac: las luces del cenicero, las de marcha atrás, las de los intermitentes, las del compartimento trasero, las luces regulables de lectura, las luces automáticas de

cortesía, las direccionales, las de posición trasera y delantera, la luz de la guantera, el cuadro de luces, la luz automática del maletero, las luces del panel de las puertas…

—¿Estás bien, papá? —dijo Mister.

Tenía los ojos llorosos por la luz. Se sentía horriblemente mal, a punto de echar las tripas. Pero no podía decírselo a su hijo. Porque desconocía la causa. Cuanto más hablaba el hombre del Cadillac, más arduo le resultaba escucharle.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Easy—. Será mejor que nos vayamos.

—Vale —dijo su hijo—. Escuche, tenemos que regresar.

El vendedor hizo un pequeño gesto circular con el puño y aparecieron las llaves del Cadillac entre sus dedos como por arte de magia.

—El representante del señor Edge se ha ocupado de todo. No tienen más que llevárselo.

—En marcha, papá —dijo Mister.

El vendedor abrió la puerta y Easy Mack se dejó caer en el blando almohadillado del asiento del copiloto. Las pesadas puertas se cerraron con el clic contundente y gutural de la cámara acorazada de un banco y al momento se sintieron aislados herméticamente del mundo exterior. Mister puso en marcha el motor y se alejaron del vendedor que se quedó inmóvil en medio del chorro de luz blanca, despidiéndose con la mano.

—No te lo conté —dijo Mister mirando al frente—, la tarde que fuiste a ver a Herman al hotel, esa misma tarde llegaron varios Cadillacs. Fue una señal. Lo supe, y en cuanto empezó a llegar el dinero decidí que lo que tenía que hacer era venir a comprar uno. —Miró a su padre, que tenía los ojos cerrados y había apoyado la cabeza en el respaldo acolchado—. Eso es, tú relájate y disfruta.

Empezó a contarle lo de los Cadillacs que habían ido deslizándose en la prensa de desguace e insistió en que se reclinase mientras escuchaba y disfrutaba.

Pero Easy Mack no estaba disfrutando. Tenía todos los sentidos conectados a las luces del cenicero a las luces de marcha atrás a las luces de los intermitentes a las luces de lectura a las luces de cortesía y a las luces de la guantera. Se sentía cercado por ellas, amenazado por ellas. Las veía parpadear, oía sus chasquidos, sentía

el calor que desprendían en la lengua reseca y amarga.

Y electricidad. La electricidad estaba por todas partes. Estaba en las ventanillas donde los motores de los elevalunas zumbaban y bombeaban. Estaba en el volante que giraba sin esfuerzo en las manos de su hijo. La sentía en los cuatro encendedores. ¡Cuatro! Se retorció en su asiento. ¿Alguna vez podría darse el caso de que cuatro personas quisieran encenderse un cigarrillo al mismo tiempo y que cada uno quisiera su propio encendedor?

El pensamiento que había estado intentando formarse desde que vio el Cadillac se le manifestó de pronto en un susurro que se impuso al zanganeo de la voz de Mister que continuaba hablando sin parar de la señal que había recibido seis veces seguidas en la prensa de desguace. Fueron los cuatro encendedores los que dieron forma al pensamiento e hicieron que por fin se manifestase: «¿Y si tuvieses que comerte un Cadillac?». Tendrías que zamparte cuatro encendedores. Y todas esas putas luces. Y toda esa puta electricidad. La comodidad de las ventanillas eléctricas transformada en un súbito terror de tripas revueltas. Pensó en los veintiún Cadillacs de distintos colores. Los vio alineados de un extremo a otro, un resplandeciente arcoiris metálico.

—¡Dios mío! —exclamó Easy Mack.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —gritó su hijo.

—¡Para el coche!

Mister había salido con el Cadillac a la autopista para ponerlo a prueba y al oír a su padre, que había estado todo el rato reclinado y con los ojos cerrados, gritar de esa manera, se llevó un susto de muerte y viró bruscamente al arcén. El coche cabeceó y dio bandazos sobre su poderoso sistema de suspensión antes de que Mister lograra frenar del todo. Easy abrió bruscamente la puerta y se inclinó hacia afuera. Ruidos atroces de vómito desgarrándole el estómago.

—¡No devuelvas en el puto coche! —gritó Mister—. ¡Ojo no vayas a echar la pota en el coche!

Pero no fue necesario. De la garganta seca y el estómago vacío de Easy Mack solo surgieron ruidos de vómito. Volvió a acomodarse en el asiento y cerró la puerta.

—Escucha —dijo Mister—. Voy a pedirle al médico del señor Edge que te examine. Tanto vomitar puede tratarse de algo grave.

No pinta nada bien. —Y, luego, como una consideración secundaria, mientras salían del arcén para volver a la carretera—: ¿Ha caído algo en el coche?

El Cadillac se zambulló en una hondonada profunda de la que al momento salió para volver a encontrarse sobre el asfalto. Easy apartó la cabeza del respaldo. Abrió los ojos.

—Ha chirriado —dijo Easy Mack.

—¿Ha chirriado el qué?

—El coche —dijo Easy con voz triunfante—. El coche ha chirriado.

—No puede ser.

—Pues lo ha hecho.

—Yo no he oído nada.

—Yo sí.

En contra de su voluntad, Mister ladeó la cabeza y se esforzó por escuchar. Lo único que oía era el poderoso ronroneo del motor. Sonrió.

—Los Cadillacs no chirrían.

—Pues este chirría —insistió Easy—. Viene de ahí. —Señaló.

—¿Del panel de instrumentos de la cabina de mando? —preguntó Mister recurriendo a una de las expresiones del vendedor.

—Reduce la velocidad y sal al arcén.

—Papá, estamos en la autopista. No puedo parar cada dos por tres.

—Hay que repararlo —dijo Easy malhumorado—. Maldita sea, no querrás tener un Cadillac chirriante.

—Ya me ocuparé mañana. Les diré que vengan a buscarlo y que lo arreglen.

—Lo arreglaré yo mismo —insistió Easy—. ¿O acaso te crees que tu padre no puede arreglar un puñetero chirrido? —Clavó la mirada en su hijo—. ¡Llevo reparando chirridos desde mucho antes de que nacieras, hijo!

—Ya lo sé, pero…

—Entonces sal ahora mismo al arcén.

Mister dio con un carril de emergencias, desaceleró y giró hacia la cuneta.

—¡Te lo dije! —gritó su padre.

Y era cierto. El Cadillac 1971 de Mister, con solo treinta y tres kilómetros en el contador y asientos sobre los que nadie se había tirado todavía un pedo, chirriaba.

NUEVE

Junell y Joe estaban de los nervios. Ella se puso como una fiera al enterarse de que iba a venir al hotel.

—¿Y para qué cojones viene? —le había preguntado al señor Edge, que fue quien le transmitió la noticia.

—Para proteger a tu hermano.

—Querrá decir para proteger su hotel —dijo ella con los ojos ardientes y amenazantes.

—Es lo mismo —dijo el señor Edge—. En cualquier caso, si estalla una bomba caeremos todos, usted, yo, su hermano, todo Cristo. Por eso le pedí al gobernador que nos mandase unos cuantos muchachos de la patrulla especial. Joe se presentó voluntario. Llamó y me pidió que te dijese que venía de camino.

A ella le pareció una falta de educación, un fallo de protocolo. No se trataba de un accidente, sino de una puta iniciativa comercial. Una muestra de determinación, una proeza de fuerza. No un accidente. No necesitaban a un tipo cuya habilidad era sacar cuerpos destrozados de coches destrozados, un tipo que sabía dirigir el tráfico en una autopista transformada en un campo de batalla lleno de cristales rotos y pilas derrumbadas de metal incandescente.

Así que se puso hecha un basilisco. Al menos al principio. Luego se puso de los nervios. Se desembarazó a toda prisa del vestido que se había comprado para el estreno de su hermano y se volvió a embutir en el conjunto de cuero por si Joe quería bajarle la cremallera y acceder a sus tetas. A fin de cuentas, era lo que siempre hacía. Pero ahora no podía imaginarse cómo iba a hacerlo, cómo iban a hacerlo, en la habitación de un hotel. Joe probablemente ni siquiera vendría en su Chrysler, y Big Mama estaba en la manzana de al lado, en la décima planta del parking. Lo que la dejaba desvalida en medio de una habitación de hotel

aguardando a un hombre al que jamás había visto sin que hubiese de por medio gritos desesperados de víctimas de accidentes, grúas cargando restos siniestrados y zonas demarcadas para señalar el carril abierto alrededor o a través de una catástrofe.

Y cuando Joe se presentó estaba tan nervioso que lo único que logró fue ponerla más nerviosa. Llamó con tanta timidez a la puerta que no pudo creerse que fuera él. Pero fue a abrir y allí estaba, tieso como una estaca, con el sombrero de patrullero encajado hasta las orejas y una sonrisa que le paralizaba la cara.

—Junell —dijo él.

—Joe —dijo ella.

—Sí —dijo él.

—Bien —dijo ella.

—Te has mudado, ¿eh? —Señaló la habitación.

—Hemos pensado que lo mejor sería instalarse aquí una temporada.

—¿Hasta que se adapte el bueno de Herman? —dijo.

—Se ha adaptado perfectamente —dijo ella—, pero somos una familia muy unida.

No se movieron de la puerta, ella sin despegar la mano del picaporte, él en posición de firmes, hablando sin borrar su sonrisa paralizada.

—Dicen que se lo come como si fuese caramelo —dijo Joe.

—Lo mismo que si fuesen cacahuetes, tan campante —dijo ella.

—¡Qué cabrón, el Herman! —dijo él.

—No veas —dijo ella—. Aunque sea mi hermano, he de reconocer que es la leche.

Finalmente soltó el picaporte y retrocedió unos pasos. Él la siguió. Había un sofá pegado a la pared, a los pies de la cama. Se detuvieron delante del sofá. Lo miraron.

—Cuando el señor Edge me dijo que venías al hotel no me lo pude creer.

—Un montón de chalados han amenazado con volar a tu hermano por los aires.

—¿Cuánto tiempo crees que te quedarás?

—El que haga falta —dijo Joe.

—Herman no acabará con el coche antes de diez años —dijo ella.

Se giraron y volvieron a mirar el sofá. Se movieron para darle la espalda. Joe retrocedió un paso. Lo mismo hizo ella. Sus piernas tocaron el sofá. Presionaron las pantorrillas contra él. Lo único que les faltaba era sentarse. Pero no lo hicieron.

—Los chalados se acabarán acostumbrando —dijo Joe—. Si no lo hacen saltar por los aires en las primeras semanas, se acabarán olvidando de él y dejarán que se lo coma tan tranquilo.

De pronto empezó a sonar una sirena en la calle, una sirena fuerte y estridente de motocicleta, y los dos se sentaron abruptamente. Joe se quitó al instante el sombrero de ala ancha. Se quedó con el sombrero en las manos. Se inclinó hacia adelante. Pero no había ningún asiento donde dejarlo. Junell comprendió lo que pasaba. Él con el sombrero y sin asiento delantero. Se dispuso a dejarlo en el sofá, a su espalda, pero se detuvo. Siempre lo dejaba en el asiento delantero. Si lo dejaba en otro sitio no sería lo mismo.

Junell, por su parte, echaba de menos el fusil antidisturbios que colgaba detrás del asiento delantero. Siempre presionaba las rodillas contra él. Era lo que más le gustaba mientras él le hablaba de su Chrysler. Pero incluso más que eso extrañaba la excitación de los accidentes: las sirenas, el olor a caucho y tela quemada, el calor, el centelleo de las luces intermitentes, los demás conductores de grúas disputándose la posición y la prioridad para elegir la carga. Y ella sabía que él también lo echaba de menos. Al final se dejó el sombrero en el regazo y la miró. No había posibilidad de hacer nada con el sombrero en su regazo.

—¿Cómo has venido? —preguntó ella intentando averiguar si se había traído el Chrysler.

—En coche. —Hizo girar el sombrero en sus rodillas.

—¿Dónde has aparcado?

—Oh, no he aparcado yo —dijo nervioso.

—¿Quién ha aparcado?

—El tipo que conducía.

—¿Quién conducía?

—El relevo.

—¿Quieres decir que ni siquiera vas a poder disponer de él?

—El jefe dijo que no iba a necesitarlo. Dijo que nadie necesita un Chrysler cuando se está de servicio permanente en un hotel.

—Habló el enterado —dijo ella. Y luego—: Joe, no deberías

haberte presentado voluntario.

—No pude evitarlo —dijo él—. Los accidentes no son lo mismo sin ti.

—Sigo pensando que es un sacrificio demasiado grande —dijo ella.

—No me quedaba otra —dijo él—. Ni siquiera el Chrysler es lo mismo sin ti.

Ella vio que no podía apartar sus ojos tristes de sus pechos. Un hombre muerto de sed que acababa de divisar un arroyo y cree que jamás logrará alcanzarlo. Le partió el corazón.

—Detesto pensar que lo hayas dejado en manos de un relevo —dijo ella.

—Es un buen hombre. Ningún idiota —dijo Joe—. Se le dan de miedo los motores.

—¿Te ha traído hasta aquí y luego se ha largado?

—Tal cual —dijo él volviéndose a poner el sombrero, ajustándoselo a la perfección.

—Nadie ha hecho nunca una cosa así por mí, Joe.

—Te quiero y te respeto —dijo él.

—Lo sé.

Pero ella vio que era imposible en la habitación sin el coche. Él era incapaz de imaginársela de otra manera. Entendió cómo iba a tener que ser si quería que fuese. Si le amaba (y en aquel momento pensaba que probablemente era así) sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—¿Has visto ya el Maverick? —preguntó ella.

—He venido directamente a tu habitación. Pregunté en recepción y subí del tirón.

—Está abajo, en el salón de baile —dijo ella—. Y ahora mismo no hay nadie ahí abajo.

Se miraron el uno al otro, ella su sombrero, él sus pechos.

—¿Quieres decir que no hay absolutamente nadie ahí abajo? —dijo él.

—Solo el Maverick. Sin nadie. En el salón de baile.

—Debería bajar a verificarlo —dijo él.

—Yo te lo enseño —dijo ella.

El señor Edge se topó con ellos cuando salieron del ascensor.

—Me alegra que ya esté aquí —dijo el señor Edge—. Me alegra

verle en su puesto.

—Ni lo dude —dijo Joe cerciorándose de la posición de su sombrero.

—Dejé marchar a la gente de Pinkerton —dijo el señor Edge.

—Son aficionados —dijo Joe.

—Dejé que se largasen todos en cuanto el gobernador me dijo que me enviaba a los muchachos de la patrulla especial.

—Se me ha ocurrido mostrarle un poco todo esto —dijo Junell.

—Puedo acompañarles —dijo el señor Edge.

—Usted tiene cosas que hacer —dijo ella—. Puedo ocuparme yo sola.

—Bueno, quizá debería ir a ver cómo anda Herman. —El señor Edge consultó su reloj—. No quiero que le pase nada a ese chico.

—Le haré un informe completo de mi estudio del recinto, señor —dijo Joe.

—Muy bien —dijo el señor Edge colándose en el ascensor del que acababan de salir.

Solo habían dejado encendido un foco en el salón de baile. Directamente sobre el escenario cuadrado donde estaba el Maverick. Se aproximaron. Joe se subió al escenario. Junell le siguió. Joe siguió avanzando y echó el pie hacia atrás para darle un puntapié al neumático.

—Aquí es donde evacúa —dijo Junell.

—¿Evacúa? —Joe enrojeció. Se quedó petrificado con la pierna en el aire, en equilibrio sobre un solo pie.

—Claro —dijo Junell.

—Alabado sea Dios —dijo Joe. Volvió a posar el pie en el suelo—. Quieres decir que…

—Se agacha y lo suelta —dijo ella—. No queremos la menor sospecha de farsa. —Estaba empezando a adoptar la manera de hablar del señor Edge—. Ver es creer.

Joe se acercó y se sentó en el trono.

—Esto es la leche —dijo—. De verdad que es la leche. Así que se sienta aquí y…

—Plop —dijo ella chocando las manos.

Los ojos de Joe repararon en el trozo de parachoques que faltaba. Se levantó del trono y se acercó al Maverick. Se quedó un momento contemplando el pedazo que faltaba y luego se puso a

examinar el resto del coche.

—¿Diez años? —dijo él.

—Por ahí —dijo ella—. Más o menos. Puede que menos. El médico piensa que su tolerancia puede ir aumentando con el tiempo. Yo no tengo ni idea, pero eso dice el médico. —Hizo una pausa y observó cómo admiraba el coche—. Herman dejó muy claro en los anuncios que no tenía intención de comerse la rueda de repuesto, ni el gato del maletero. El coche básico y punto.

—Aun así… —Su voz temblorosa se apagó. Abrió los brazos como para medir el coche.

—Oh, sí, incluso desmantelado y sin el maletero sigue siendo un montón de coche —admitió ella.

—Y de los buenos, dicen. —Joe estaba deslizando las manos lentamente por las suaves líneas del capó y los faros, se detuvo para acariciar el contorno de la placa.

—Es un producto Ford —dijo ella.

—Dicen que sobra espacio dentro de estos pequeñuelos.

—Los ingenieros de Ford saben muy bien cómo ensanchar el interior de un coche —dijo Junell—. Son famosos por eso.

—Incluso atrás —dijo Joe—. Dicen que incluso en el asiento trasero hay espacio de sobra para las piernas.

—¿Quieres probarlo? —dijo ella.

La sorpresa le iluminó el rostro como si la idea jamás se le hubiese pasado por la cabeza.

—¿No pasará nada si lo probamos?

—A Herman no le importará. De hecho, le encantará que lo hayamos probado.

—Estoy de servicio —dijo él.

—Y puedes seguir estándolo ahí dentro.

—Eso también es verdad —dijo él quitándose cuidadosamente el sombrero y lanzándolo por la ventanilla al asiento delantero.

Ella abrió la puerta y echó el asiento del conductor hacia adelante. Joe le metió la mano entre las piernas antes incluso de que le diese tiempo a acomodarse. La arrojó hacia atrás y se lanzó con los dientes a por sus cremalleras. Sus pechos brotaron libres y comenzó a manosearlos, primero el izquierdo, luego el derecho, luego de vuelta al izquierdo.

Eso pareció calmarle y le permitió recuperar el aliento para

decir:

—Te quiero, Junell, y te respeto por esto.

Estaba muy agitado. Ella podía sentir su corazón desbocado. Él la abrazó y se quedaron mirando las gradas desiertas por encima del asiento delantero al otro lado del parabrisas, más allá del complicado trono vacío.

—Cuéntame cómo lo hizo —dijo Joe.

—No hay mucho que contar. Se…

—Empieza desde el principio.

—El señor Edge hizo venir a un tipo con un soplete y…

—¿Y qué me dices del público?

—No cabía ni un alfiler y…

—¿Como loco?

—Muy ruidoso. Vitoreaban, aplaudían. Pero cuando cortaron el parachoques y separaron el trozo se hizo un silencio sepulcral. No se oía…

—¿… ni una mosca?

—Ni una mosca —dijo ella—. Podías oír tu propia respiración. El…

Joe le desabrochó el cinturón y comenzó a abrirle el conjunto de cuero.

—… jefe de bomberos no perdía de vista el soplete. El médico no perdía de vista a Herman. El público no…

Joe le bajó del todo la cremallera.

—… perdía de vista nada.

La recostó en el asiento. Ella apoyó las botas en el techo. Él deslizó el cuero negro para descubrir su blanco trasero.

—… en una bandeja de plata bajo su barbilla…

Él sudaba. Cerró y comprimió los ojos. El uniforme de la patrulla especial desabrochado, desabotonado, abierto.

—… lo cogió con los dedos y se lo llevó a la boca…

—Oh, Dios mío —gritó Joe—. El coche en la boca.

—… y lo vimos descender por su garganta.

Comenzó a empotrarla a tientas.

—… todos pudimos ver cómo bajaba por su garganta y el público no pudo soportarlo.

La encontró. Y de pronto se quedaron callados como dos conejos sorprendidos en la oscuridad por los faros de un coche. La voz de

ella, imperiosa, se tornó suave, íntima.

—… y trozo a trozo, se lo fue comiendo todo.

—¡Imagínate! —dijo Joe en un tenso susurro—. Primero el parachoques. Luego la rejilla del radiador.

—Después el guardabarros.

—Y luego el capó.

—Y el ventilador.

—La correa del ventilador.

—El radiador.

—Las zapatas del freno.

—Los pistones.

—Las válvulas.

—Ejes.

—Neumáticos.

—Puertas.

Con el ritmo sostenido de lo que acababan de encontrar allí dentro, despatarrados en el asiento trasero del Ford Maverick, fueron pasando revista al coche, desde el morro hasta el parachoques trasero, respondiéndose a ciegas en contrapunto.

—Parabrisas —dijo él.

—Panel de mandos.

—Vo… vo… volante.

Al ir aproximándose al final, extasiados, comenzaron a subir de tono y acabaron gritándose a la cara.

—¡LUEGO EL EJE POSTERIOR!

—¡LUEGO LA TAPA DEL MALETERO!

—¡LUEGO LAS LUCES TRASERAS!

—¡LUEGO EL…!

—¡… EL…!

Juntos:

—¡PARACHOQUES!

DIEZ

Era la mañana de la primera evacuación. El interés estaba en el punto álgido. La gente llevaba haciendo cola en la puerta del salón de baile desde antes del amanecer. A las ocho la cola ocupaba toda la manzana y seguía creciendo. A decir verdad, nadie se creía que Herman fuese capaz de evacuar el Maverick. Pero la mayoría tampoco se creyó al principio que pudiese comérselo. Y lo hizo. Y ahora había llegado el momento de evacuar. Si lo lograba, el espectáculo continuaría de manera indefinida. Se sobreentendía que la evacuación del Maverick era crucial. Corría el rumor de que Herman podía morir de hemorragia anal ante los ojos de todo el mundo.

Mister y Easy se habían sentado en la zona superior de las gradas y observaban en silencio cómo se iba llenando el salón de baile. Mister estaba exhausto y eufórico. Exhausto porque su padre le había tenido en vela toda la noche buscando el origen del chirrido de su flamante Cadillac nuevo. Había insistido en que podía dar con él y arreglarlo. Pero no pudo. Ni siquiera después de hacer que Mister subiese el coche a la décima planta del parking donde guardaba la caja de herramientas en la parte de atrás de su International-Harvester. Ni con esas.

Había metido la caja de herramientas en el maletero del Cadillac y luego se pasaron toda la noche conduciendo por las calles oscuras de Jacksonville, deteniéndose de vez en cuando bajo una farola para que Easy aflojara o apretase algo, o bien para que echase una gotita de aceite encima o debajo de algo. En cierto momento llegó a tener todo el panel de instrumentos desmontado y cuidadosamente desplegado en el asiento trasero; pero cuando lo volvió a montar el chirrido seguía ahí. Easy estaba colorado. Se le habían hinchado las venas del cuello y de la frente. No pensaba desistir. Asustó mucho a

Mister. Nunca había visto a su padre tan furioso.

—¡Puedo arreglarlo! —había gritado con la mitad del cuerpo enterrado bajo la columna de dirección, detrás del panel de instrumentos, con un montón de cables enredados en los brazos.

Pero no pudo, y el Cadillac siguió produciendo aquel fino y agudo chirrido cuando volvieron al parking a eso de las siete de la mañana, Mister exhausto y su padre sumido en un estupor de profunda indignación. Luego se encontraron con el señor Edge reunido gravemente con el representante de la American Broadcasting Company, frente a un contrato ya redactado por una importante suma en la que solo faltaba la firma de Mister. Y Mister, a pesar de su cansancio, se mostró exultante a partir de ese momento.

—Espero que trates de entender lo que esto significa, papá —dijo Mister.

—Sé muy bien lo que significa —dijo Easy Mack entre dientes.

—Bueno, pues genial —dijo Mister entusiasmado—. Así mucho mejor.

Mister no parecía capaz de hacerle entender a su padre lo que significaba el contrato con la televisión. Habían vendido a Herman de costa a costa. Iba a llegar a Japón vía satélite. Tenían habitaciones permanentes en el hotel y mucho más dinero del que jamás podrían haber llegado a soñar.

Pero a Easy Mack le importaban una mierda el dinero y las habitaciones de hotel. En aquel instante, sentado en la grada junto a su hijo, mirando a la multitud que entraba en el salón de baile, sentía que ya nada volvería a importarle nunca. Lo que siempre había amado y reverenciado les tenía a todos cogidos por el cuello. Y él no podía soltarse. Cada vez que olía gases de escape le entraban ganas de vomitar.

De haber sido capaz de arreglar ese chirrido habría sido distinto. Estaba seguro de que todo habría sido distinto. El Cadillac le había abrumado. Toda esa electricidad. Todas esas luces. Todo ese todo, lo que usted quiera. Pero había chirriado. ¡El puto armatoste había chirriado! Puede que costase diez mil dólares, puede que tuviese cuatro encendedores por centímetro cuadrado y más luces de las que podías llegar a usar o a contar en tu puta vida, pero chirriaba. Y lo que pedía a gritos un chirrido en un coche era un hombre. Y no

un hombre cualquiera, un mecánico. Un hombre que controlase y entendiese el coche. Que entendiese sus debilidades. Sus defectos. ¡Pero Dios Santo! Había abierto ese Cadillac, había mirado detrás del panel de instrumentos y había sentido su propia mortalidad como nunca antes la había sentido. ¡Semejante entramado de conexiones, cables azules y cables amarillos y cables rojos y cables verdes, y todo tipo de fusibles! El mismísimo Dios se habría quedado estupefacto y confuso frente a semejante cosa. O eso pensó Easy. Pero se dijo a sí mismo que tenía que tragar saliva y lanzarse. O lo dominabas o te dominaba. En un horrible momento de ceguera y de perversa irracionalidad supo que si no podía repararlo, tendría que comérselo. Y tras diez horas de esfuerzo entraron en el parking y el pequeño chirrido seguía chirriando. Easy jamás olvidaría el momento en que su hijo redujo la velocidad ante la pequeña máquina que expedía el ticket y justo cuando las ruedas se detuvieron, algo, tan pequeño y agudo como el canto de un pajarillo, volvió a chirriar desde las entrañas del coche.

El salón de baile se estaba llenando. Herman no tardaría en aparecer para evacuar. El señor Edge había comunicado que el médico, sirviéndose de Margo para introducírselo en la boca con una cuchara, había logrado que Herman ingiriese un plato de comida especial aquella misma mañana a las seis. El médico les había asegurado que eso haría que todo brotase sin dificultad. Herman haría su entrada en cualquier momento para ocupar su sitio en el trono.

El trono había polarizado toda la atención desde que la multitud empezó a entrar. Las cámaras de televisión lo enfocaban casi permanentemente. De vez en cuando el operador de cámara realizaba una panorámica del público, pero la mayor parte del tiempo la cámara se limitaba a encuadrar el trono. Varios jueces imparciales tenían la misión de verificar que todo fuese auténtico y limpio. La mayoría de los jueces eran de la
ABC
. Habían inspeccionado minuciosamente el trono en busca de trampillas o compartimentos secretos, pero por supuesto no encontraron nada.

También había una delegación de jueces japoneses enviados especialmente en avión desde Nueva York para representar a la

compañía que patrocinaba a Herman en la televisión oriental. Se movían a toda prisa con sus trajes azules impecables y sus rostros inescrutables, examinando con paciente exhaustividad el Maverick, el soplete, la bandeja de plata, el trono y el propio escenario, asegurándose de su solidez y de que no escondiese ningún dispositivo para engañar al respetable. De vez en cuando lucían brillantes sonrisas que duraban aproximadamente medio segundo y hablaban en breves y veloces ráfagas de japonés o bien en súbitos estallidos de un inglés impecable.

El señor Edge corría de un lado para otro comprobando y volviéndolo a comprobar todo. Hasta había subido a lo alto de la grada donde estaba Mister con su padre.

—¿Cómo vamos por aquí arriba? —exclamó con una voz efusiva e histérica.

Easy le había dedicado una fugaz mirada de odio amargo y al momento había apartado la vista. Pero Mister estaba dispuesto a reconfortar y a tranquilizar al señor Edge.

—Homer, todo genial —dijo Mister—. No se puede pedir más.

—Mister, ¿se te ocurre algo que se me haya podido olvidar? —Se trataban casi como hermanos desde que Herman le había dado poder notarial a Mister y habían firmado los nuevos contratos, sobre todo el televisivo.

—Nada en absoluto, Homer —dijo Mister—. Todo bajo control.

—Mierda, no nos puede ir mal, no nos puede ir mal —dijo el señor Edge—. Nadie puede acusarnos de nada con todos esos jueces pululando por ahí abajo. Nadie puede dudar de nuestra honestidad.

—Cierto —dijo Mister.

—¿Verdad? —exclamó el señor Edge golpeando a Easy Mack en la rodilla.

Easy miró al señor Edge, eructó sonoramente y notó el sabor del Maverick en la base de la lengua.

—¿Qué le ha parecido el Cadillac? —le preguntó el señor Edge al ver que no respondía—. El modelo de la excelencia. No es moco de pavo, ¿eh? Modelo de excelencia.

—Un gran coche —dijo Mister—. Un gran coche.

—Chirría —dijo Easy con satisfacción.

—¡Chirría!

—Chirría —dijo Easy.

—No es nada —dijo Mister.

—Ya se ocuparán de eso —dijo el señor Edge con voz implorante—. Me consta que Cadillac no lo dejará pasar.

—Por mucho que se le meta mano —dijo Easy acomodando sus escuálidas piernas en la grada de madera—, seguirá chirriando.

—¿Cómo puede decir una cosa así? —dijo el señor Edge—. Es horrible decir una cosa así.

—Está alterado, no es más que eso —dijo Mister dándole al señor Edge unas palmaditas en el hombro.

—Aun así es horrible decir algo así —dijo el señor Edge—. Este es un gran día y no hay motivo para arruinarlo diciendo una cosa así.

—Está alterado, eso es todo —dijo Mister—. No nos olvidemos de que la atracción del día es su hijo.

—¡Está en el candelero! —exclamó el señor Edge—. ¡En el candelero!

—¡Es la estrella! —Se enardecieron el uno al otro, olvidándose por un instante de Easy Mack, que en ese momento estaba disimulando con el puño otra burbuja gaseosa.

Desde los asientos de abajo les llegó flotando un sonido húmedo y estridente. Al momento se repitió. Procedía de un retrasado. Un niño mongólico de ojos rasgados, cabeza abultada, piel oscura y una boca con demasiada lengua dentro. El niño estaba en medio de varias filas ocupadas por un hervidero de críos deformes y discapacitados.

—Mira eso —dijo orgulloso el señor Edge—. Esa criaturita me ha reconocido.

Saludó al niño con la mano y el niño volvió a repetir aquel prolongado sonido chapoteante. Con la lengua, muy puntiaguda, ligeramente azulada y extremadamente larga, se lamió los labios y buena parte de la barbilla.

—¡Esa criaturita me ha reconocido! Y lleva sin verme más de un mes, ¡más de un mes!

Los niños eran una de las obras de caridad del señor Edge. Había dispuesto a través del Greater Jacksonville Rotary Club que los niños obtuviesen entradas para el espectáculo. Todos apretaban en sus manitas húmedas miniaturas de plástico del Maverick y llevaban pegatinas de FORD LE OFRECE LAS MEJORES IDEAS

pegadas en torno a la cintura, no paraban de reírse, de llorar, de cantar, de intentar librarse de sus cuidadoras (tres enormes celadoras con medias blancas de compresión) y, en general, pasándoselo de miedo en las cinco filas que les habían asignado.

—¡Que me digan que estas criaturitas no son capaces de aprender! —reclamó el señor Edge—. Esas criaturitas saben perfectamente quién soy.

Estaba muy orgulloso de su obra con los niños discapacitados.

—Lo mejor que se podría hacer por esas condenadas criaturas sería llevarlas al río y ahogarlas —gruñó Easy Mack.

El señor Edge palideció y se quedó sin habla.

—Papá, estás alterado —dijo Mister—. Y vas a alterar a Homer.

—Lo mejor sería gasearlos —dijo Easy—. ¡Todos esos putos niños dementes a la cámara de gas!

—Está alterado —le dijo Mister al señor Edge. Le pasó el brazo por encima del hombro y le abrazó—. No le hagas ni caso. Está alterado.

El señor Edge se levantó sin decir palabra y descendió las gradas. Se detuvo a besar al niño que le había llamado. El niño lamió al señor Edge con su lengua azul y afilada, pero al señor Edge no pareció molestarle. Le dio una palmadita en la cabeza, le besó la otra mejilla y siguió descendiendo camino del escenario.

—Papá, le has hecho daño —dijo Mister—. Le has hecho daño y ese hombre no te ha hecho nada.

—Gasearlos —dijo Easy con su voz implacable.

Pero Mister no le estaba escuchando. Había girado el cuello para ver lo que estaba sucediendo en la puerta. La multitud zumbaba y murmuraba, el sonido rebotaba en oleadas desde la puerta. Era Herman.

—Es él —dijo Mister, de pronto fuera de sí de pura alegría—. Papá, es él.

—Mierda —dijo su padre con la misma voz mortalmente implacable—. A la puta mierda todo.

Condujeron a Herman como si fuese un trofeo. Llevaba solo los pantaloncitos blancos de tenis y unas chanclas de fieltro negro de andar por casa. Tenía la piel de un color púrpura muy poco natural, todo el cuerpo sonrojado. El público se abalanzó hacia adelante al verlo, pero fueron dejando un amplio espacio libre a su alrededor.

Retrocedían a medida que él avanzaba. Joe caminaba por delante de Herman, con su sombrero de patrullero de ala ancha plantado firmemente en la cabeza y la correa de la pistolera de cuero desabrochada. Margo avanzaba a la derecha de Herman y Junell a la izquierda. Uno de los hombres de Joe, idéntico con su sombrero de ala ancha y su cartuchera desabrochada, cerraba la comitiva. Herman caminaba en medio del cortejo como un hombre en trance, casi aturdido. La boca entreabierta. Le silbaba el aliento entre los labios rosados y húmedos. Los ojos velados y medio caídos. Su gran panza prominente le precedía y parecía vibrar a cada paso que daba.

—Tendría que haberme quedado anoche con ese muchacho —dijo Mister. Se volvió hacia su padre—. En lugar de pasarme horas dando vueltas en un Cadillac tendríamos que habernos quedado con él.

Pero su padre no le prestó atención. No estaba mirando a Herman, ni a Mister, ni siquiera al público que de pronto se alzó al unísono en una estruendosa ovación. Easy tenía en la cara una expresión asombrosamente parecida a la de su hijo Herman, al que en aquel momento estaban conduciendo al escenario.

—¿Qué te sucede, papá? ¿Algún problema?

Easy no respondió.

—Vamos, bajemos a la fila reservada.

Tomó a su padre del brazo y le sacudió suavemente.

—Vamos a causar mala impresión si nos quedamos aquí. Todo el mundo sabe que esa fila de abajo, junto al escenario, está reservada para la familia.

Mientras, sobre el escenario, el señor Edge, que ahora lo dirigía todo, había indicado a Margo que hiciese girar lentamente a Herman unas cuantas veces para que el público pudiese apreciar la astuta modificación de sus pantalones de tenis. Le habían recortado una solapa, una especie de trampilla, en la parte baja del pantalón y luego habían cosido unos botones negros para mantenerla cerrada. El público entendió el propósito y los gritos de placer y ansiedad fueron tan formidables que Mister no pudo hacerse oír, así que dejó a su padre en la grada superior y bajó a toda prisa a pie de escenario para ocupar su asiento en la fila reservada.

Con un gasto considerable (algo que no dejaba en ningún

momento que nadie olvidase), el señor Edge había hecho instalar la máquina encargada de fundir los primeros quince gramos del coche para moldearlos con la forma de un Maverick. La máquina se había colocado sobre el escenario, justo al lado del trono. Ocupaba casi lo mismo que una gramola, la cara frontal de plástico rojo y verde y una esfera de plástico transparente por arriba para que los espectadores pudiesen ver cómo se iba fundiendo y luego se moldeaba el bloque de quince gramos.

Los japoneses que representaban a la cadena de televisión oriental desconfiaban visiblemente de la trampilla de los pantalones de Herman. Pero eso no inquietaba al señor Edge. Es más, le alegraba. Quería que desconfiasen y que el público detectase esa desconfianza. De esa manera el público les creería cuando inspeccionasen a Herman y viesen que no había ni truco ni cartón. Les invitó a examinar a Herman, los pantalones con la trampilla, el trono, el fundidor-moldeador, lo que quisieran.

—Adelante, adelante —exclamó—. Examínenle, examínenle.

Apartó a Margo y pastoreó a los japoneses hacia Herman.

Herman permaneció inmóvil y dejó que se le acercasen. Seguía teniendo una expresión distraída y perpleja en la cara. Había echado la cabeza un poco hacia atrás de tal forma que sus ojos entornados miraban directamente al techo del salón de baile. Los japoneses le cercaron. Solo se adivinaban su cabeza y sus hombros por encima del círculo de oscuras cabezas japonesas inclinadas en manifiesta concentración. Y, poco a poco, a medida que el círculo se iba estrechando, una expresión de indignación reemplazó la perplejidad del rostro de Herman. Dejó de entornar los ojos y se le ensancharon. Las mejillas se le tintaron de un rojo intenso, los lóbulos de las orejas se le pusieron casi morados. Y aun así los japoneses siguieron estrechando el cerco, hablando con voces cada vez más excitadas. Al final, la boca de Herman se abrió lentamente formando una O enorme. Pero sin emitir el menor sonido.

—¡Nuestros hermanos japoneses son muy concienzudos! —exclamó el señor Edge ante el público que había estado contemplando el espectáculo del examen y que prorrumpió en una rugiente ovación. Hacía ya un rato que estaban convencidos de que era imposible que Herman les ocultase algo a los hermanos japoneses. Eran más de las diez y querían que Herman procediese a

evacuar el coche. Las cámaras de la
ABC
ya estaban grabando.

—¡Quitadle esos chinorris de encima! —gritó un hombre que estaba sentado en la primera fila.

—¡Dejadle cagar en paz! —gritó la mujer de aquel hombre.

Pero el señor Edge sabía bien que lo mejor era dejar que se demorasen todo lo que quisieran. Estaba filmando hasta el último detalle. Ni la menor sombra de fraude. Los japoneses quedaron por fin satisfechos y, en grupo, todos a una, como un único organismo, se apartaron de Herman. Le dejaron temblando en medio del escenario. Con el tembleque en las piernas se dirigió al trono y se dejó caer encima. Margo le ayudó pasándole un brazo por las amplias y fulgurantes caderas. El señor Edge se acercó al micrófono. Alzó los brazos en V por encima de la cabeza.

Los niños idiotas que estaban sentados en las cinco filas habían sido adiestrados por sus cuidadoras para corear el nombre del señor Edge al unísono. Las celadoras hicieron la señal.

—¡HO-MER! ¡HO-MER! —gritaron los niños.

Homer Edge sonrió afectuosamente hacia ellos y les lanzó besos con las manos. Luego volvió a ponerse serio y se enfrentó a las cámaras de «El Vasto Mundo de los Deportes». Le hizo la señal al batería que había contratado en un club nocturno de la ciudad. El batería hizo un redoble seguido de un golpe de platillos.

—¡Y ahora! —dijo el señor Edge con su mejor voz de maestro de ceremonias.

Otro golpe de platillos. Otro redoble. La cámara de televisión se movió para incluir en el plano al batería, un chico negro de dientes dorados sin brillo. Habían colocado la bandeja de plata debajo del trono. La mirada colectiva del público se posó en la bandeja. El señor Edge se giró y señaló el trono.

—¡Herman Mack! ¡Ha llegado tu momento!

El público contuvo la respiración. Los japoneses, en bloque, se inclinaron levemente hacia adelante. Herman, pálido y sudoroso, se acomodó en el trono. Nada. El batería negro, colocado hasta las cejas, cabeceaba expectante por encima de las baquetas. Un ligero temblor sacudió a Herman. Aún nada. El silencio que pesaba sobre la sala se estaba volviendo insoportable. Herman miró al señor Edge

y puso los ojos en blanco por el esfuerzo.

¡Ping!

Los quince gramos de metal cayeron jubilosamente en la bandeja de plata. El hombre de la primera fila que antes había pedido a gritos que los chinorris se apartasen de Herman, se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Cinco mil dólares!

Dicho lo cual el señor Edge perdió el conocimiento.

A una nueva señal de las cuidadoras, los niños idiotas volvieron a clamar quejumbrosos:

—¡HO-MER! ¡HO-MER!

Pero Homer no llegó a oírlos.

ONCE

Herman era un profesional y sabía que el espectáculo tenía que continuar. Aparte de eso, creía en lo que estaba haciendo. Pero por mucho que creyera en ello, no creía poder seguir haciéndolo mucho tiempo. Aún no le había dicho a nadie lo que le estaba pasando. El médico le examinaba y, por lo general, seguía muy de cerca su estado físico. Pero dolía. Dolía siguiendo una larga línea sinuosa que empezaba en la boca, descendía por la garganta y continuaba por las interminables curvas de su intestino hasta acabar en el ano. Y dolía aún más porque seguía amando el coche. Desde que empezó a comérselo, el Maverick se había convertido en uno más de la familia. Veía claramente que lo que le definía era el coche, que la única razón de su existencia estaba ligada a las partes no digeridas e indigestibles del Maverick que aún no había ingerido. Pero había momentos en que sentía que cada nuevo pase del espectáculo podía ser el último.

—¿Cómo vamos de público, preciosa? —preguntó desde donde estaba tendido en la cama. Había oído que la puerta se cerraba y supo que era Margo.

—¿Bromeas? —dijo ella acercándose a la cama y dándole un beso en la mejilla con una sonrisa afectuosa—. Hasta la bandera. No cabe ni un alfiler.

Otra vez a comer. Había perdido la noción del tiempo, no sabía qué día de la semana era ni cuánto tiempo había pasado desde que empezó. Su vida era comer y evacuar, evacuar y comer. Margo siempre se pasaba por su habitación y hablaba con él, le frotaba de arriba a abajo, antes de comer o evacuar. Habían intimado mucho.

Se acercaba, se sentaba en la cama y le preguntaba: «¿Cómo te encuentras?», entonces él mentía: «Bien».

Ella había hecho de todo por él. Y siempre sin bochorno ni

timidez. Le había lubricado después de aquella primera mañana cuando los japoneses le hicieron daño al sondearle el recto en busca de secretos. Al principio ella pensó que sangraba a causa del coche.

—Dedos, dedos japoneses —lloró tumbado boca abajo en la cama mientras ella le lubricaba.

—¡Putos japoneses! —dijo ella confortándole, canturreándole al oído—. Ya está, ya está, cariño, sé muy bien lo que es tener el ojete desgarrado. Pero esta pomada que te he traído te lo curará enseguida.

Y así fue. Ella nunca le había engañado. Le curó el ojete y el espíritu. La siguiente noche evacuó sin sangrar apenas. Eso fue hace tiempo, al final se curó del todo. Alzó los ojos para mirarla, le estaba frotando la espalda.

—¿Qué tal tu día? —preguntó él.

—No ha estado mal.

Deslizó ambas manos bajo la tripa con los dedos muy abiertos para sujetársela bien y se dio la vuelta. Ella posó al instante sus suaves ojos azules en su vientre. Se amontonaba a los lados en un blando michelín. Lo tocó y sonrió soñadora.

—¿Cuántos hoy? —preguntó él.

—Treinta y siete.

—Eso es un día bueno —dijo él.

—El hotel está lleno —dijo ella—. Cuando el hotel se llena es más o menos la media. —Hablaba con voz tranquila y distraída—. Pero eran todos viejos. Desde que el señor Edge dobló la tarifa de las habitaciones son los únicos que pueden permitírselo.

Había pegado la oreja a su tripa y estaba escuchando. Con los ojos cerrados. Al respirar separaba ligeramente los labios. Su aliento sobrevolaba hasta el rostro de Herman en pequeñas oleadas. Olía a Clorets. Su aliento profesional.

—¿Muy viejos? —dijo él.

—Normalmente suele tocarme algún jugador de fútbol americano, o al menos alguien de menos de treinta. Hoy no. Hoy ni uno.

—¿Qué hora es?

Ella consultó su reloj en forma de estrella.

—Te queda una media hora, cariño.

Volvió a posar la oreja en su ombligo, le cubrió la tripa con las

manos y la meneó delicadamente.

—¿Te fijaste al venir si Mister lo ha cortado ya?

—Sí, ya está —dijo ella—. Cortado y preparado, todo listo.

Mister ya había demostrado su utilidad al señor Edge. Desde aquella primera evacuación horrible, Mister se convirtió en indispensable para la operación. Cuando el señor Edge se desmayó ante la fantástica primera puja de cinco mil dólares, Mister saltó sobre su cuerpo desvanecido en mitad del escenario y dirigió la subasta. Se desenvolvió como un auténtico profesional.

—Cinco mil dólares para empezar no es que sea gran cosa —se mofó Mister del hombre de la primera fila. Acto seguido se precipitó sobre la bandeja de plata y cogió el trozo de Maverick de quince gramos ennegrecido por el fuego. Lo sostuvo con el dedo índice y el pulgar. Por encima de su cabeza. Dio una vuelta por el escenario. Como si estuviese exhibiendo un diamante enorme para que todos pudiesen valorarlo.

—¿Saben lo que es esto? —preguntó—. ¿Saben lo que es esto?

Una mujer desde la fila más alta exclamó:

—¡Seis mil!

Mister ni siquiera reparó en ella, ni siquiera hizo amago de parar, siguió recorriendo el escenario, barriendo la sala con su mirada abrasadora.

—Se trata de un coche americano. Evacuado por un americano. Es historia. Y ustedes han sido testigos.

Oh, no cabía la menor duda, estuvo magnífico. Consiguió que la cifra ascendiese a ocho mil doscientos treinta y tres dólares antes de dar el lote por adjudicado. En parte porque los japoneses entraron en la puja y Mister pudo apelar al patriotismo. El gordo de la primera fila dijo que pagaría lo que fuese para que el primer trozo del Ford se quedase en América y no cayese en manos extranjeras. Se mirase por donde se mirase, la actuación de Mister fue excepcional y cuando el señor Edge recuperó el conocimiento y se enteró de lo que Mister había sido capaz de hacer, lo contrató sin demora por un salario extra para que ayudase con la promoción, los trucos publicitarios y los trámites operativos de los dos pases diarios.

—Dime —dijo Margo.

Se había acurrucado sobre la tripa de Herman, la colmaba de

besos, de vez en cuando se ponía a escuchar presionando la oreja contra su piel ligeramente entumecida y lanzaba la lengua como un dardo entre sus dientes afilados para lamérsela. En esas ocasiones, cuando se presentaba en su habitación para animarle antes de ingerir o evacuar, hablaban sin parar, se contaban el uno al otro los asuntos más íntimos de sus vidas: lo que habían esperado, lo que habían hecho, lo que habían creído, lo que habían amado. Empezó él, contándole lo de EXPOSICIÓN DE COCHES: SU HISTORIA AL DESCUBIERTO. A ella le pareció la mejor idea que había oído en su vida. O al menos eso le dijo.

Pero ahora el dolor era insoportable, le estaba matando, le estaba haciendo preguntarse si tendría que parar con la ingesta del coche, así que había otra historia que quería contarle.

—Una vez tuve una novia —dijo él.

—Cuéntame —dijo ella.

—Acabó mal —dijo él.

—Sí, a veces pasa —dijo ella—. Suele pasar.

—Y eso me volvió tímido con las chicas. Desde entonces me volví tímido.

—Cuenta —dijo ella.

—Yo tenía solo siete años.

—Un crío —dijo ella.

—Y Myrtle cinco.

—¿Y te volviste tímido a los siete?

—Sí —dijo él.

—Has sido tímido mucho tiempo.

—Sí —dijo él. Lo estaba recordando. Estaba empezando a recordarlo todo.

—Cuenta —dijo ella.

—Ella vivía con su familia en una casita al borde de Auto-Town. Se mudó allí cuando yo tenía siete y ella cinco. Recuerdo que siempre llevaba una especie de lazo en el pelo. A veces amarillo y a veces rojo o incluso azul.

—¿Qué ocurrió? ¿Fue muy horrible? ¿Lo que ocurrió fue muy horrible?

—Sí —dijo él—. Muy horrible.

—Cuéntame —dijo ella.

—Empezamos a vernos a escondidas.

—¿Por qué teníais que veros a escondidas?

—No teníamos por qué. Pero lo hacíamos. Nos parecía más divertido. Más adulto.

—¿Dónde os veíais?

—En un coche.

—¿Dónde?

—En el mismísimo centro de
Auto-Town.
Bajo una montaña en el mismísimo centro de
Auto-Town.

—Que Dios nos ampare —dijo Margo.

—En aquella época no había valla alrededor de
Auto-Town.
Ella solo tenía que cruzar la carretera desde su casita y seguir el camino que yo le había marcado.

—¿Le marcaste un camino?

—Pasaba por debajo de los coches. Un túnel que iba atravesando parabrisas, coupés, descapotables, cuatro puertas, hasta llegar al centro de la montaña.

—¿Y tú ibas por el túnel con ella?

—Yo tenía mi propio túnel. Ella entraba en
Auto-Town
cruzando la carretera, justo en frente de su casa. Yo desde el Hogar del Desguace, por mi propio túnel. Y nos encontrábamos en el coche.

—¿Qué coche?

—Me pasé la infancia haciendo túneles a través de los coches. Exploré cordilleras de coches, valles llenos de coches increíbles, hice descubrimientos, tomé posesión de todos mis descubrimientos. Uno de ellos estaba en el mismísimo corazón de la montaña más gigantesca.

—¿Qué clase de coche era?

—Un Rolls-Royce. Oxidado y viejo, pero maravilloso.

—¿Y ahí era dónde te encontrabas con Myrtle?

—Casi todos los días. Le marqué un camino que conducía al centro mismo de la montaña desde el extremo donde estaba su casa. Ella llegaba por un lado y yo por el otro.

—¿Y?

—Y jugábamos.

—¿A qué jugabais?

—A los adultos. Yo me ponía al volante y conducía; era su chófer. Y ella se sentaba en la parte de atrás y era una dama distinguida. Luego cambiábamos posiciones y era ella la que me llevaba a mí. Luego nos poníamos los dos delante y ella consultaba el mapa y me iba guiando por las señales de la carretera, jugando a los papás. Luego lo mismo, papá y mamá, pero en el asiento de atrás.

Margo gruñó y hundió la cara en su tripa.

—Ella me enseñaba lo suyo y yo lo mío. En aquel entonces nunca lo pensé, pero más tarde me di cuenta de que la quería con locura.

Ella alzó la cara y le miró:

—Dijiste que fue horrible.

—Acabó mal —dijo él.

—¿Qué pasó?

—Un día no vino. Abrí por mi lado, subí al asiento trasero del Rolls-Royce y cerré la puerta. Me quedé ahí sentado esperándola, pero no vino. Esperé toda la tarde.

Margo no dijo nada, pero volvió a enterrar poco a poco la cara en su tripa.

—Y así tres tardes seguidas —dijo él—. Sentado en la parte de atrás de aquel Rolls, esperando. Entonces me enteré de que había desaparecido. Sus padres estaban como locos. La policía, los bomberos y un montón de voluntarios se pusieron a buscarla por todas partes. Al final la encontraron.

—Bajo la montaña —dijo ella con la voz apagada.

—Bajo la montaña. Se perdió, se desvió del túnel marcado y se metió debajo de unos coches que… Bueno, la encontraron debajo de un Studebaker. Hecha puré. Cuando la sacaron ni se sabía lo que era. Aunque nadie culpó a mi padre. Por todas partes había carteles en los que ponía que era peligroso, prohibido el paso, prohibido jugar.

Ella se irguió, le masajeó con cuidado la garganta y le recubrió los labios con un aceite especial que les había proporcionado el médico. Sus finos dedos comenzaron a aplicarle el aceite por dentro

de la boca, en la lengua, masajeándole la garganta, animándole a tragar para que el aceite revistiese las paredes del esófago. Se suponía que eso facilitaba el descenso del Maverick.

—No se lo había contado a nadie —dijo él con los labios aceitosos.

Ella tomó sus manos entra las suyas y las apretó con fuerza. Él se sentía muy próximo a ella. Se disponía a decirle otra cosa cuando golpearon violentamente la puerta. Una joven acomodadora con una falda roja y una gorra del mismo color (una de las más recientes ocurrencias de Mister) asomó la cabeza y anunció con viveza:

—A escena.

—Tenemos que salir —dijo Margo.

Como siempre, Herman fue recibido con un aplauso ensordecedor. Las jóvenes y bonitas acomodadoras (animadoras conocidas en sus respectivos institutos como las Dragonettes que en verano se habían puesto a trabajar a tiempo parcial para el señor Edge en los dos pases diarios), las jóvenes acomodadoras formaron un pasillo y le condujeron al escenario. Todo estaba listo. Mister ya había supervisado el corte de los quince gramos y los pedazos le esperaban en la bandeja de plata. Mister estaba frente al micrófono. Joe y sus hombres en las entradas y las salidas del salón de baile. Junell sentada junto al señor Edge, con quien había hecho muy buenas migas, en la primera fila de la sección reservada a la familia.

Herman buscó a Easy con la mirada. No estaba. Easy había sacado su camioneta del parking y se había largado a Auto-Town.

Junell había ido a verle y a la vuelta le había informado de que mucho se temía que pudiera estar sufriendo una depresión nerviosa. Estaba viviendo en sus viejas dependencias del Hogar del Desguace y no quería ver a nadie. Herman estaba muy preocupado por su padre.

Pero en cuanto vio los quince gramos cortados del Maverick se olvidó de Easy y de todo lo demás salvo de la necesidad de ingerir una vez más el metal. Se frotó el interior de la boca con la lengua aceitada. Tragó. Volvió a sentir el dolor horrible y la rigidez que le atravesaba de arriba a abajo. Pero las cámaras de televisión le apuntaban.

El Maverick aguardaba. El parachoques ya había desaparecido. Se había comido la rejilla del radiador. Se había tragado los guardabarros frontales y ya iba por la mitad del capó. Las entrañas y los mecanismos del motor resplandecían bajo el capó medio devorado.

—¡Échenle una mano, señoras y señores! —exclamó Mister ante el micrófono.

El público ya estaba vitoreando y aplaudiendo pero redobló el entusiasmo tras la exhortación de Mister. Las paredes temblaron con la tensión de las voces. Muchos de los presentes no se cansaban de volver, día tras día, de alguna manera se las ingeniaban para pagar cifras exorbitantes por las entradas de todos los pases. Herman reconocía a muchos. Había una señora mayor de pelo cano cuidadosamente arreglado que se sentaba en una de las localidades más disputadas y se ponía a tricotar en todas las actuaciones. Sin apartar en ningún momento la mirada de la tripa de Herman. Pero nunca vitoreaba ni aplaudía ni dejaba que su rostro transmitiese la menor emoción. El hombre de la larga túnica blanca que en los primeros días había montado un piquete delante del Hotel Sherman, al final se había deshecho de su pancarta sobre Dios y se había unido al público. Era uno de los gritones más entusiastas. En su día seguro que jugó al beisbol porque sus gritos de ánimo estaban plagados de expresiones como: «¡Vamos, chaval! ¡Dale caña! ¡Atento ahí! ¡Tú puedes, chaval!».

Mister llevaba una camisa verde de seda. Con un alfiler de diamante en la corbata. Padecía con gusto unas botas inglesas de tacón alzado para parecer más alto. Y se había convertido en un auténtico profesional en su papel de maestro de ceremonias. Como le gustaba decir, había estado al quite y se había hecho enseguida con las riendas de la operación. Presentó a Herman con un ademán ostentoso:

—¡Señoras y señores, la estrella!

Herman, como siempre, llevaba solo sus pantaloncitos blancos de tenis y las chanclas de andar por casa. Saludó a la multitud con un gesto apático. El médico, siempre a disposición de Herman cuando comía y evacuaba, llevó a cabo una inspección sumaria de su cuerpo, deteniéndose a auscultarle la tripa con un estetoscopio plateado. Herman tomó asiento en la silla especial que había a un

extremo de la mesa de exploración de aluminio. Mister, con una sonrisa de demente, le pasó la bandeja de plata a Margo, que siempre era la encargada de dar de comer a Herman. La llevó hasta la silla. Herman bajó la mirada hacia la bandeja y luego la elevó hacia Margo. El dolor que sentía en la tripa aumentó en cuanto vio los pedazos del Maverick. Atravesado por una línea de fuego. El público quedó en silencio. El furioso tintineo de las agujas de punto de la señora del pelo gris se oía en toda la sala.

Mister, con la sonrisa ahora congelada y nada divertida en la cara, se acercó y se inclinó hacia Herman:

—¿Y bien?

Se lo susurró al oído.

Herman estaba absolutamente inmóvil. Desbordado de dolor. El juego se había acabado. Jamás volvería a poder tragarse otro trozo de coche. Jamás.

Mister se inclinó aún más, pegando la boca a la oreja de Herman:

—¡Por amor de Dios, cómetelo! ¡Cómete esa mierda ya!

Pero su hermano permaneció sentado sin hablar, devolviéndole la mirada. Mister cogió la bandeja de plata con una mano y con la otra tocó con aparente indiferencia la barbilla de Herman. Le destensó la mandíbula, casi una caricia, o así se lo pareció al público. Pero en realidad Mister estaba a punto de ponerse a bailar de histeria. Era lo único que podía hacer, no podía forzar a su hermano a abrir la boca para encajarle en la garganta los trozos de coche. En lugar de eso se enderezó, se dio media vuelta y envolvió al público que abarrotaba las gradas de los cuatro costados en un gesto lánguido.

—Ha surgido una pequeña dificultad —dijo sorprendiéndose a sí mismo de la tranquilidad y la seguridad que transmitía su voz.

Un murmullo de enojo hirvió desde el público. Y Junell, con su conjunto de cuero negro, saltó al escenario y en seguida estuvo al lado de Mister, ardiente, echando chispas, la cara y las manos cubiertas como siempre de un fino barniz de sudor.

—¿Qué coño pasa? —le susurró a Mister al oído.

—Ni idea —dijo él.

Ella se inclinó hacia Herman.

—¡Cómetelo! —le exigió—. ¡Que te lo comas!

Herman, impotente, alzó la mirada hacia ella.

—Junell —dijo—. Junell.

Mister regresó como si no pasara nada al micrófono.

—Señoras y señores, hay un pequeño problema. Un problema del todo insignificante. Los trozos no se han seccionado de la manera apropiada. Son demasiado irregulares, demasiado dentados.

Volvió a surgir un murmullo entre el público, esta vez desprovisto de enojo. La gente lo entendió. Todo tenía que estar bien. Con esto no se podía hacer el tonto. Querían que se tomasen todas las precauciones posibles. Mister llevó la bandeja con los trozos de Maverick de vuelta al soldador con su soplete. Se agachó y le dijo al oído:

—Enciende el soplete. Ganemos un poco de tiempo. Si es necesario vuelve a quemar los pedazos.

El soldador asintió tras sus gafas tintadas de protección.

Mister se reunió con su hermano y lo sacó del escenario. Junell les siguió con el señor Edge. De vuelta en la habitación, Mister estaba fuera de sí. El rostro rebosante de rabia.

—Muy bien —dijo en cuanto fue capaz de decir algo—. Herman, ¿has perdido la cabeza?

—No —dijo Herman.

Margo estaba a su lado y le había puesto la mano en el hombro.

—¿Entonces por qué quieres arruinarlo todo?

—No puedo —dijo Herman.

—¡No puedes! —dijo Mister.

—¡No puede! —dijo el señor Edge.

—¿No puedes qué? —preguntó Junell. Aunque era evidente.

—No puedo seguir comiéndomelo —dijo Herman—. Duele.

—No te puede doler —dijo Mister.

—Sí puede —dijo Herman—. Y mucho.

—Pero tú amas ese Maverick —dijo Mister desesperadamente—. Lo amas y te lo vas a comer.

—Se acabó —dijo Herman—. Me está envenenando. Me está envenenando y duele.

—Dios mío —dijo el señor Edge—. Y yo he demolido toda la fachada de mi hotel.

Mister, atónito, se desplomó en la silla. Estaba pensando en su Cadillac de diez mil dólares. Estaba pensando en la cláusula del

contrato con la
ABC
y con «El Vasto Mundo de los Deportes». No grababan más que los momentos culminantes: la ingestión de la primera tanda, la evacuación de la primera tanda, secciones intermedias con personalidades célebres invitadas (se rumoreaba que la próxima vez que el vicepresidente Spiro Agnew viajase a Florida tenía intención de asistir a la ingestión de uno de los lotes del Ford) y, por supuesto, el gran pase final cuando desapareciese el último trozo del parachoques trasero y se evacuase y se subastase el último fragmento; y los momentos culminantes solo serían importantes si se comía el Maverick entero. Por esa razón los letrados de la televisión habían insistido en la cláusula de retractación en el caso de que Herman no pudiera comérselo entero. Si paraba ahora, estarían en bancarrota y arruinados. Todos ellos, incluido Herman, estaban al tanto de esa cláusula.

—La cláusula —gimió Mister—. La puta cláusula.

Tendría que devolver el Cadillac de diez mil dólares. Lo perdería. Volvería a la prensa de desguace a triturar chatarra, a respirar el aliento fétido del inmundo río Saint John.

—No es culpa mía —dijo Herman—. No puedo comer más coche.

—Pues hay que comérselo —dijo Mister endureciendo la voz.

—No nos queda otra —dijo el señor Edge.

Junell sudaba ahora a mares. Buscaba desesperadamente una solución. Joe la había tomado por primera vez (la primera vez que alguien la tomaba) en ese Maverick. Y cada noche se sentaban en el asiento trasero, mirando cómo iba desapareciendo lentamente frente a ellos. Muy lentamente, cierto, pero iba desapareciendo. Y ambos habían acabado por entender, sin que ninguno de los dos llegara a expresarlo, que cuando el Maverick hubiese desaparecido del todo, cuando Herman se zampase el asiento trasero y ya no contasen con un sitio donde Joe pudiese tomarla, cuando eso ocurriese, se casarían. Iba a ser un largo noviazgo, pero al menos su relación ya tenía una dirección, un objetivo. Nadie podía decir qué habría sucedido si hubiesen seguido encontrándose solo en los accidentes. Puede que jamás se hubiesen casado. Pero Joe había sido privado de su Chrysler al incorporarse al servicio permanente

en el Hotel Sherman y ya no tenía coche del que poder hablar porque se pasaba todo el día dentro del hotel y el único sitio donde podían encontrarse era el asiento trasero de un coche que estaba desapareciendo ante sus mismos ojos, desapareciendo por la garganta de su hermano. Las circunstancias habían forzado a Joe a descubrir el resto de su sudoroso pero delicioso cuerpo bajo todo aquel cuero negro de motera. Pero ahora todo eso quedaba amenazado porque Herman decía que no podía comerse el resto del coche.

El señor Edge no había dejado de deambular de un lado a otro de la habitación. Ahora estaba parado junto a la puerta. Mirando a Mister. Junell se dio cuenta de que también ella estaba mirándole. Mister, en cambio, no miraba nada. Se sostenía la cabeza y, en un tono de voz bajo y pétreo, repitió:

—Hay que comerse el coche.

—¡Por supuesto! —dijo Junell—. ¡Por supuesto!

Mister la miró, vio que estaba mirando al señor Edge, vio que el señor Edge sonreía, supo al instante lo que estaban pensando.

—No hay otra —dijo el señor Edge, su voz de nuevo rebosante de júbilo e histeria.

—Oh, no, ni de coña —exclamó Mister saltando como por un resorte de la silla. Aterrizó con los pies planos sobre el suelo, temblando—. ¡Apartaos! ¡Alejaos de mí!

—Piénsalo —dijo Junell—. Piensa en la alternativa.

Pero Mister ya había pensado en la alternativa. Ahí, en medio de la habitación, ya había pensado en la maldita alternativa. Y antes incluso de contestar sintió la horrible presencia del coche en su estómago. Hinchado de coche. Ahogándose, obstruyéndole la garganta.

—Yo me lo comería, si pudiera —dijo el señor Edge—. Si pudiésemos salir airosos, ni lo dudaría.

—Yo también —dijo Junell—. Estaría encantada de comérmelo.

Y él sabía que era así. Pero no podían. Él era el único que podía lograrlo porque tenía la desastrosa suerte de ser gemelo de Herman.

—No, Mister. —Herman, con la cabeza vencida hacia adelante, la barbilla reposando en su pecho flácido, habló casi en un susurro.

—Si no te lo comes tú —dijo Mister—. Me lo tendré que comer yo.

—No —dijo Herman, con la misma voz desfondada—. Te matará.

—Alguien tiene que comérselo —dijo Mister.

—Exacto. Alguien tiene que comerse ese coche —dijo el señor Edge.

Una avalancha de voces airadas invadió la habitación. Era el público. Todos se volvieron hacia la puerta como si esperasen que la multitud fuese a abalanzarse sobre ellos. Mister inhaló profundamente y sin decir palabra empezó a desenvainarse del traje verde de seda. Se quitó las botas inglesas. Junell y el señor Edge permanecieron inmóviles contemplando cómo se desvestía.

Desnudo era la réplica exacta de Herman; las mismas caderas blandas y curvadas, la misma tripa prominente, la misma tez blanca y mortecina. Junell obligó a Herman a ponerse de pie y le desabotonó los pantalones de tenis. Cayeron hasta sus tobillos. Se desembarazó de ellos. Mister se los puso.

—Ponte el traje —dijo Junell.

Le tendió a Herman los pantalones y la camisa. Le hizo el nudo de la corbata cuando estuvo listo. Le puso el alfiler de diamante. Mientras, la avalancha de voces del salón de baile había ido creciendo y rugía por todo el hotel. Margo estaba junto a Herman, con la mano posada ligeramente sobre su hinchada cadera. El señor Edge, impaciente por empezar, agarró a Margo de su frágil muñeca y la empujó hacia Mister, que estaba junto a la puerta con sus pantaloncitos de tenis con el fondo modificado y las chanclas de fieltro de andar por casa. No podía despegar la mirada de las botas inglesas con alzas que ahora cubrían los pies de su hermano.

—Muy bien —dijo el señor Edge—. Cambiaos. Ahora estás con él, Margo.

—No —dijo ella.

—¿Perdón?

—He dicho que no.

El bullicio creciente del público se había convertido en una especie de clamor al otro lado de la puerta.

—Dios —dijo el señor Edge alzando los ojos al techo—. Ahora una puta caprichosa. ¡Que vayas con él, te digo!

—No.

—Pero si ni los puedes distinguir —dijo Junell.

—Sí que puedo —dijo Margo.

El señor Edge acercó la cara a la suya y casi a voz en grito le dijo:

—¡Eres una puta! ¿Lo entiendes? Estúpida perra, eres una puta. Y cuando te digo que cambies, cambias.

—Creo que eso ya se acabó para mí —dijo ella.

—Tienes que darle de comer —dijo Junell—. Tú eres la que siempre ha sostenido la bandeja. —Se encogió de hombros impotente—. El público…

Mister, con la cara tan blanquecina que sus ojos parecían estar en llamas, dijo:

—Tienes que darme de comer —dijo—. Por favor.

—Hazlo —dijo Herman.

—¿Quieres que lo haga? —le preguntó ella.

—Es lo menos que podemos hacer —dijo Herman.

Así que formaron una fila y salieron de la habitación, recorrieron el pasillo y regresaron al salón de baile. Los espectadores guardaron silencio cuando les vieron aparecer. Por la cara de Herman asumieron que había estado ahí atrás preocupado por esos trozos dentados. Hoy los trozos habían quedado imperfectos y tuvo que parecerle una mala señal porque sus ojos estaban aterrorizados.

El señor Edge no se fiaba de Herman al micrófono así que subió él mismo al escenario.

—Señoras y señores, la dirección les agradece enormemente su indulgencia y su paciencia.

Mister vio que Margo levantaba la bandeja, vio que se acercaba a él desde el otro lado del escenario. No se creía que aquello le estuviese sucediendo. Hacía apenas unos momentos estaba con su traje de trescientos dólares, hablando ante un micrófono, altísimo sobre sus botas inglesas, proclamando lo maravilloso que era todo. Y ahora estaba a punto de tragarse un trozo de coche. Varios trozos de coche. La garganta se le cerró como un puño. Ella estaba delante. La gente guardaba silencio, inclinada levemente hacia adelante en sus localidades. El señor Edge hizo una señal al batería. El batería, fumadísimo pero operativo, hizo un redoble. Margo escogió un trozo. Mister lo vio venir y pensó: «Ya está». Cerró los ojos y se dijo a sí mismo que no podía ser más difícil que tragarse un caramelo.

¡Pero madre de Dios! En la boca parecía un pedrusco. Rugoso. Incomprensiblemente duro. Frío como el hielo. Recogió la lengua, empujó el coche hasta el fondo de la boca. Era como si todo el peso del Maverick colgase de la articulación de su mandíbula. Los ojos casi se le salieron de las órbitas y miró con cara de espanto a Herman en busca de auxilio.

Pero la mirada soñadora de Herman estaba perdida en la distancia.

DOCE

El médico estaba atónito y mudo de asombro. No sabía que Herman y Mister se habían intercambiado. Se había quedado en el escenario esperando a que regresasen, en términos generales bastante aburrido con todo el asunto. En cualquier caso, nunca habría aceptado quedarse a todas las actuaciones, pero le convencieron por un dos por ciento de los beneficios. Delegó su consulta a un socio más joven y accedió a prestar su nombre y su presencia al señor Edge y a Herman. Nadie se había molestado en decirle que habían perdido a su estrella y que Mister había ocupado su lugar.

Estaban de nuevo en la habitación y el médico trabajaba frenéticamente. La sangre brotaba a borbotones de la boca de Mister y le chorreaba por la barbilla y el pecho blanco y desnudo.

—Está bien —decía el médico—. No es nada. No se trata de una hemorragia interna. Son laceraciones de la boca y la garganta.

El señor Edge se llevó las manos a la cabeza y se la estrujó.

—¿No es nada? —exclamó—. ¿Y cómo coño se va a comer el coche con la garganta desgarrada y sangrando?

Estaban todos alrededor del médico, viendo cómo le aplicaba gasas en la garganta. Herman y Margo hablaban en voz baja y se toqueteaban en un rincón. El señor Edge y Junell estaban más cerca, intentando distinguir algo en la boca de Mister.

—¿Por qué nadie me lo dijo? —preguntó el médico.

—¿Decirle qué? —dijo el señor Edge.

—Que tenía a un nuevo comensal.

—No lo planeamos —dijo Junell—. Cuando lo decidimos no tuvimos tiempo para anunciárselo a todo el mundo.

—Ni siquiera le engrasasteis la boca y la garganta —dijo el médico.

—¿Qué es lo que ha pasado exactamente? —quiso saber el señor

Edge—. ¿Exactamente qué ha pasado? No entiendo una puta mierda. Lo único que sé es que he hecho demoler toda la fachada de mi hotel y que hemos firmado un contrato con la televisión que es una putada porque resulta que ahora tengo un artista que se niega a actuar y otro que no puede. ¿Podría alguien explicarme exactamente qué pasa?

Apartó de en medio al médico, se plantó frente a Mister, que estaba sentado en una silla, y le agarró la cabeza. Apretó las palmas regordetas contra sus sienes y tiró de él hasta medio levantarlo de la silla y tener su cara a escasos centímetros.

—¿Por qué cojones estás sangrando?

El médico, que también era el médico de cabecera de la familia del señor Edge, sacó un frasco de pastillas blancas de su maletín negro.

—Homer, será mejor que te tomes un par de estas.

El señor Edge, como si fuesen cacahuetes, se metió tres o cuatro en la boca, las masticó furiosamente y se las tragó sin agua. Miró a Herman al otro lado de la habitación y frunció el ceño.

—¿Has visto lo que le has hecho a tu hermano?

Herman alzó los hombros en un gesto de derrota.

—Se lo advertí —dijo—. Se lo advertí.

—Joder —dijo el señor Edge—, tú no estás sangrando. —Señaló a Herman con un dedo tembloroso—. Ni sangras ni te duele.

—Sí me duele.

—No sangras.

—No, no sangro.

—¡Pues mírale a él!

Pero ya le estaban mirando. Incluso mientras hablaban no le quitaban los ojos de encima, ahí sentado, con la cara colorada y la garganta hinchada.

—Está sangrando —repitió el señor Edge—. Y lo que yo quisiera saber es por qué. ¿Por qué cojones está sangrando este hombre? Herman no sangraba, ¿por qué Mister sí?

—Creo que puedo determinar la causa —dijo el médico—. Todo apunta a un caso común de rechazo, la garganta expulsa lo que se intenta deglutir. Eso es lo que creo, pero no lo sabremos seguro hasta que Mister pueda hablar.

Lo dijo sin levantar la vista. Siguió trabajando en la boca y la

garganta de Mister. Casi había logrado detener la hemorragia.

—Un caso común de rechazo… ¿Qué cojones significa eso? —preguntó el señor Edge—. ¿Qué estás diciendo?

—Mister no quería comérselo —dijo el médico.

La cara de Mister enrojeció aún más por el esfuerzo y del pecho le brotó una especie de gruñido.

—Por supuesto que quería comérselo —dijo el señor Edge.

—Si pudiera hablar —dijo Junell—, él mismo le diría que claro que quería comérselo.

—Quería comérselo —dijo el médico—, pero no quería comérselo, no sé si me explico.

—No te explicas porque lo que dices no tiene ningún sentido —dijo el señor Edge.

—La garganta se le está contrayendo —dijo el médico— en un intento de expulsar…

—Yo sé a lo que se refiere el doctor —dijo Margo—. Puedo explicarlo.

Todos se volvieron hacia ella, que estaba con Herman junto a la ventana. Hasta Mister, con la garganta hinchada y roja, posó los ojos en ella. Ahora estaba tendido en la cama. Su respiración silbaba entre sus labios lastimados y medio abiertos.

—Todo el mundo tiene reflejo de náusea —dijo ella—. Si te metes algo hasta el fondo de la garganta, te entran arcadas, a cualquiera le entran arcadas, a todo el mundo le entran arcadas. Aunque no lo pienses, aunque no quieras, te entran. Por eso se llama reflejo de náusea. ¿A qué sí, doctor?

—Así es —dijo él—. Pero…

—Pero os digo una cosa —dijo ella—. Hay putas que no tienen ese reflejo. —Hizo una pausa y todos guardaron silencio mirándola. Vio la expresión de la cara de Junell y se encogió de hombros—. Yo soy una puta. Mi oficio consiste en saber estas cosas. Algunas putas pueden abrir la boca y dejar que un hombre les folle la garganta. Es un truco muy bueno, pero no es algo que se pueda aprender. Tienes que quererla, la polla en la garganta. Y lo tienes que desear hasta el punto de desactivar ese reflejo. Esas putas escasean porque, como todo el mundo sabe, la mayoría odia follar. Pero de vez en cuando aparece una a la que le chiflan las pollas y se lleva lo mejor de los dos mundos posibles. Una puta así puede llegar a amasar una

fortuna, una auténtica fortuna en dos o tres años. Es una especialidad. Y a todo el mundo le gustan las especialidades. ¿Pero os creéis que una de esas putas se conforma con esa fortuna? Desde luego que no. Porque al final no lo hace por la pasta. Lo hace por amor a las pollas. Y seguirán manteniendo sus gargantas en servicio siempre que haya hombres que quieran seguir metiéndoles cosas ahí dentro.

—¡Dios mío! —dijo el médico—. ¡Por amor de Dios!

La garganta de Mister había estado palpitando y agitándose durante la explicación de Margo.

Con una vocecilla casi inaudible, Junell preguntó:

—¿Y tú… tú puedes…?

—No —dijo Margo—. Yo no puedo. No lo hago. —Miró a Mister—. Y él tampoco. Lo está fingiendo. —Se acercó a la cama y bajó la vista hacia los ojos desencajados e inyectados en sangre de Mister—. Pobre hijo de puta, no puedes fingirlo. No se puede fingir.

La garganta de Mister comenzó a sufrir un ataque de convulsiones y cuando abrió la boca la hemorragia salió disparada y roció la cara de Margo y parte de la habitación. El médico se lanzó a su maletín y se puso manos a la obra con la garganta sangrante de Mister. El señor Edge agarró a Margo del hombro y la apartó de la cama.

—¡No la escuches! —gritó el señor Edge—. No la escuches, Mister. Es una puta de mierda. —Se giró y se enfrentó a Margo—. Eres una puta de mierda —dijo, como si se acabase de dar cuenta—. Y estás despedida. Te acogí y te proporcioné un lugar para trabajar y así es como me lo agradeces. Estás despedida.

Se dirigió a la cama, tomó asiento y acomodó la cabeza de Mister en su regazo.

—No pienses en ello, hijo. No pienses en nada de lo que ha dicho esa puta. —Le canturreaba al oído mientras el médico seguía sondeando su boca estirada con depresores linguales y bastoncillos—. Podemos hacerlo. No pienses en ello. Juntos podemos hacerlo.

—Parece que tú también te has quedado sin curro —dijo Herman.

Margo, junto a él en la ventana, esbozó una pequeña sonrisa.

—Bueno, hay trabajos y trabajos. Ser puta es como ser

profesora, puedes ejercer en cualquier lugar del país. Siempre hay alguien que busca lo que haces.

El señor Edge levantó cuidadosamente la cabeza de Mister de su regazo y la volvió a posar en la almohada. Se levantó de la cama y se reunió con Herman junto a la ventana.

—¿Sigues pensando en dejar a tu hermano así? —le susurró con ferocidad al oído.

—Nunca estuve con él —dijo Herman.

—Morirá —dijo el señor Edge.

—Sin duda, si se come ese coche —dijo Herman—. Eso fue lo que traté de decirle. Descubrí que no se puede hacer. Pensé que se podía, deseé que se pudiera hacer, amo ese Maverick, pero no se puede.

—Sí se puede —insistió el señor Edge—. Hay que hacerlo y tú puedes hacerlo.

Herman respiró hondo y miró por la ventana. Una densa nube brumosa hundía su peso sobre la ciudad. Luego se volvió de nuevo hacia el señor Edge.

—No creo que comprenda lo que le voy a decirle, pero lo intentaré. Lo intentaré una sola vez.

—Adelante —dijo el señor Edge afectuosamente, con un tono de voz de repente alegre—. Sé que podremos entendernos.

Herman volvió a hundir la mirada en la ciudad brumosa.

—Amo ese Maverick. Y creo que precisamente por amarlo tanto, no puedo soportar que me cause este dolor. Quiero decir que el dolor lo puedo soportar; hasta creo que podría soportarlo si se tratase solo de dolor, pero lo que no puedo soportar es que ese dolor me lo cause algo que quiero tanto.

El rostro del señor Edge se endureció.

—Soy un hombre sensible. Puedo comprender cualquier cosa siempre que tenga sentido. Y lo que dices no tiene ningún sentido.

—No —dijo Herman—. Ya sabía yo que no.

TRECE

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo Margo.

Estaban en el pasillo. El médico seguía dentro prometiéndole a Mister que todo saldría bien en cuanto se pusiera con la dieta especial y le engrasasen bien la boca, la lengua y la garganta.

—No sé —dijo Herman.

Se sacó su pañuelo y trató de limpiar las salpicaduras de sangre que cubrían el rostro de Margo. Pero ya se habían secado y no había manera.

—¿Quieres venir a mi habitación a limpiarte?

—Supongo —dijo ella.

En la habitación, Herman vio cómo se lavaba la cara. Se sentó en la cama y miró cómo empezaba a componer de nuevo lo que ella denominaba su rostro profesional: el lápiz de labios brillante, la libidinosa base de maquillaje color carne, el collar de cuentas rojas.

—¿Por qué? —dijo Herman.

—¿Por qué qué? —dijo ella volviéndose del espejo del lavabo para mirarle por la puerta abierta del baño.

—¿Por qué te vuelves a poner toda esa porquería?

Ella sonrió, humedeció un trapo bajo el grifo y comenzó a frotarse las mejillas para eliminar el poco maquillaje que se había vuelto a aplicar.

—La costumbre —dijo ella—, es solo la costumbre.

Cuando acabó las mejillas lucían un resplandeciente color sonrosado. Fue a sentarse a su lado en la cama. Permanecieron un buen rato sin hablar.

—¿Y ahora qué? —dijo ella por fin.

—Estamos los dos sin curro —dijo él.

—Bueno, sin ese curro —dijo Margo.

Se quedaron de nuevo en silencio un rato.

—¿Se te ocurre algo que pudieras hacer? —le preguntó él—. ¿Algo que te gustaría hacer?

—No —dijo ella.

—A mí tampoco —dijo él.

Escucharon el tráfico que rugía al otro lado de la ventana.

—¿Es verdad que el coche te hizo daño? —preguntó ella.

—Sí.

—No me dijiste nada.

—No me lo esperaba. Me pilló por sorpresa. Aunque me estaba matando y no podía aguantarlo más, me pilló por sorpresa.

—Si me lo hubieses contado —dijo ella—. Podría haberte ayudado.

—Puede ser —dijo él—. Pero nunca se me pasó por la cabeza decir nada porque ni yo mismo podía creerme que me estuviese haciendo tanto daño.

Ella se levantó, se dirigió a la ventana y se quedó mirando la calle.

—¿Por qué nunca me has follado?

—No lo sé.

Ella no había dejado de lamerle, normalmente la tripa, a veces las piernas, y le había canturreado. Eso había hecho que se sintiera muy próximo a ella. Pero ahí se quedó la cosa. Él se había preguntado a menudo qué quería de él, qué esperaba.

—¿Nunca lo has deseado? —preguntó ella.

—No lo sé.

Ella volvió a mirarle desde la ventana.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—La verdad —dijo él—. Nunca lo pensé. Solo pensaba en el coche.

—¿Nunca? ¿Nunca pensaste en follarme?

—A veces. Sí. Una o dos veces. Pero nunca cuando podíamos. Cuando podíamos siempre pensaba en el coche. Eres muy bonita. Ya te lo dije. Te dije lo bonita que eres.

—Bueno, pues se acabó el trabajo.

—Sí, se acabó.

—Y sigo estando igual que al principio.

—Jamás había visto un cuerpo como el tuyo —dijo él—. Nunca, y has sido muy buena conmigo.

—¿Te gustaría ver mi habitación?

Él nunca había pensado en su habitación. Siempre supuso, sin darle vueltas, que estaba en otra parte de la ciudad, no en el hotel.

—¿Tú también te hospedas aquí?

—El señor Edge se portó bien con eso. De todas formas no habría funcionado de otra manera. Estoy de guardia veinticuatro horas al día. O al menos lo estaba.

—¿Veinticuatro horas al día?

—A todas horas —dijo ella—. Así lo quise. —Le cogió la mano—. Vamos, te la mostraré.

Subieron cuatro pisos en el ascensor. La habitación estaba al final del pasillo, en la parte trasera del hotel. Herman se quedó un buen rato en la puerta mirando la estancia. Nunca había visto nada igual y jamás se le hubiera ocurrido imaginarse que algo así pudiera existir.

Ella detectó su asombro.

—Son solo las herramientas del oficio —dijo ella.

—Es extraordinario —dijo él—. Realmente lo es, nunca…

La voz se le fue apagando y se quedó sin habla. Tenía delante una polla enorme. Colgaba de una clavija en la pared, negra, gruesa como la muñeca de un hombre, el champiñón de la punta hinchado y turgente. Parecía estar hecha de un material suave y gomoso. Ella siguió su mirada, se acercó a la polla y la descolgó. Y mientras él movía la boca sin lograr emitir el menor sonido ella se colocó aquella cosa por encima de la minifalda y se plantó frente a él con una polla rígida y enhiesta amarrada por detrás a la cintura.

—Es un consolador —dijo ella—. Negro. En el armario también tengo uno blanco, uno rojo y uno amarillo.

Señaló la cómoda que había junto a la ventana.

Él no podía apartar los ojos de la cosa que se había ajustado con correas negras por debajo del ombligo.

—¿Pero para qué…?

—Bendito seas —dijo ella. Se acercó a él para darle un beso en la mejilla. Pero se olvidó de girarse un poco al inclinarse y le propinó un gancho en la pierna con la polla—. ¿Qué crees que hacen las putas?

—Bueno, yo… —No sabía dónde meterse.

—Las putas tienen que vender todo lo que demande el mercado.

Sexo. Bajo la forma que sea. Y ya está. —Se agachó y le mostró la pequeña válvula que tenía el consolador—. Esto se rellena con agua caliente.

—Agua…

—Caliente —dijo ella—. Pobrecito. No sabes nada de esto, ¿verdad? ¿No sabes nada del mundo en que vives? Con esto doy servicio a las mujeres. Y a veces a algunos hombres. Dejo a los hombres que lo chupen, o a las mujeres. Efectúo penetraciones anales.

Herman se desplomó en el sofá rojo de dos plazas que había junto a la cama. Se quedó allí postrado mientras ella le iba explicando con todo lujo de detalles el uso de los demás objetos esparcidos por la habitación.

—Obviamente, un látigo —dijo ella cogiendo una de las varas de cuero que había en algo parecido a un paragüero. Dio unos cuantos pasos golpeándose suavemente la pantorrilla, redondeada y perfecta. A continuación lo utilizó como puntero—. Botas. Con o sin espuelas. —Había varios pósteres enrollados, colgando como persianas de ganchos en la pared. Desenrolló uno. Era una fotografía de un pastor alemán follándose a una monja. Con un tono de voz tranquilo e indiferente dijo—: La gente desea cosas extrañas. Consoladores rojos y que me ponga plumas en la cabeza. —Señaló el tocado de plumas indio que había en el rincón más alejado de la habitación—. Monjas y perros. —Desenrolló otro póster. Era una foto suya con otra chica. La otra chica llevaba puesto un consolador. Amarillo. Margo estaba de rodillas con el consolador en la boca.

Herman se revolvió incómodo en el sofá.

—¿Por qué no te quitas ya eso? —dijo.

Ella dejó que el póster volviera a enrollarse y miró hacia abajo. Al parecer se había olvidado de que seguía llevándolo. Se lo desabrochó y lo volvió a colocar en su sitio. Se sentó a su lado en el sofá. Apoyó la cabeza en su hombro. Él le acarició el cabello.

—¿De verdad querías que lo hiciera? —preguntó él.

—¿El qué? —dijo ella.

—Follarte.

—Era lo único que podía ofrecerte —dijo ella.

—¿Pero era importante?

—Quería hacer algo por ti —dijo ella.

—Lo sé —dijo él.

—Siempre deseé hacer algo por ti —dijo Margo.

—Y lo hiciste —dijo él.

—Ojalá hubiese podido —dijo ella.

—Lo hiciste. Follar no es importante.

—Decir eso es un poco cruel.

—Supongo que sí —dijo él—. No quiero ser cruel. Pero, Dios, ¿cómo puede querer alguien verse envuelto en algo así? —Con un gesto de la mano abarcó toda la habitación.

Ella se rio.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo ella.

—No, dime —dijo Herman—. ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

Ella alzó la vista para mirarle.

—¿Qué hace una buena chica como tú en un sitio como este?

—Yo nunca he dicho eso.

—Los clientes nunca lo dicen. No con esas palabras. Pero todos, hasta los que quieren que te pongas plumas indias y que les folles por el culo con un consolador rojo, todos acaban diciendo algo que en el fondo significa: «¿Qué hace una buena chica como tú en un sitio como este?».

—Vale, joder, ¿y cómo acaba una buena chica como tú en un sitio como este?

—Vamos, Herman —dijo ella—, por amor de Dios.

—Ahórrate los «Vamos, Herman» —dijo él—. Cuéntame.

—Qué crío eres —dijo ella—. ¿Crees de verdad que la gente sabe cómo acaba donde acaba?

—Sí —dijo él—. Creo que tendrían que saberlo.

—De acuerdo entonces —dijo ella—, este es el otro extremo de una larga línea en la que me metí hace mucho tiempo.

—¿Qué línea?

—No importa.

—¿Cómo te metiste en ella?

—No importa —dijo ella malhumorada—. Estás lleno de preguntas, ¿no? Antes no eras así. ¿Qué te ha dado?

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —preguntó él—. Mira

esta puta habitación.

Ella sonrió. Luego se le escapó la risa.

—Esa es buena. Muy buena.

—¿Qué?

—Llamar puta a esta habitación de puta —dijo ella.

Él apartó la mirada, contempló las paredes, el suelo. Había un buen número de cosas en la pared que no podía identificar, que no podía imaginarse para qué servían. Había dos aparatos extrañísimos al fondo de la habitación, hechos de tubos de aluminio. Encima de cada aparato había un pequeño motor negro. Se moría de curiosidad, pero le daba miedo preguntar. Sentada a su lado con la cabeza en su hombro, ella seguía riéndose. Pero sin placer. Era una risa áspera y frágil, un sonido más cercano a la tristeza que a la alegría. A él le dio la impresión de que estaba al borde de las lágrimas.

—Hay algo que quiero enseñarte —dijo él.

—¿Qué?

—No te lo puedo explicar —dijo él—. No se puede explicar. Nadie podría explicarlo. Tienes que venir a
Auto-Town
a verlo.

—No puedo —dijo ella.

—Yo he visto tu habitación —dijo Herman—. He venido aquí contigo. Y ahora soy yo el que quiere que vengas tú a ver una cosa.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Mi chulo llegará mañana por la mañana —dijo ella—. Para entonces ya se habrá enterado de que me han dado puerta. Va a estar más cabreado que una mona.

—Aun así ven conmigo —dijo él.

—Te acabo de decir que…

—Me refiero a de ahora en adelante —dijo él—. Quiero que veas una cosa en
Auto-Town.
Luego nos iremos a cualquier otra parte.

—¿A dónde?

—No lo sé.

—¿Y por qué debería?

—Porque yo te necesito más que tu chulo.
—Respuesta acertada —dijo ella.

CATORCE

El taxista creyó reconocerles. A la mañana siguiente se escabulleron por la salida de incendios del Hotel Sherman a eso de las once, justo después de la primera evacuación de Mister, que fue bastante más desastrosa que su primera ingesta. Y en cuanto subieron al taxi, el taxista creyó reconocerles. Vieron que no les quitaba el ojo de encima por el retrovisor mientras se apartaba rugiendo del bordillo.

—¿Sigues teniendo esa habitación? —preguntó.

—¿Perdón? —dijo ella distraída, su cabeza continuaba en el salón de baile con el desesperado amanecer de Mister.

—Que si sigues teniendo esa habitación. —Solo se le veían los ojos en el espejo retrovisor. Achinados y azules.

—No —dijo ella.

El taxista desvió la mirada hacia Herman.

—Oiga —dijo—, ¿no es usted ese tío que…? ¡El tío que se está comiendo el coche!

—No —dijo Herman.

—Pero su foto…

—Mi hermano —dijo Herman—. Es mi hermano el que se está comiendo el coche.

—Ese muchacho los tiene bien puestos —dijo el taxista.

Eso nadie podía negarlo. Todos sabían que los tenía bien puestos. El señor Edge no había intentado ocultar el hecho de que Mister (por supuesto se le seguía anunciando como Herman; no sería bueno que el público se enterase del Viejo Numerito del Cambiazo, tal y como lo llamaba el señor Edge) estaba sangrando, que se le había lacerado la garganta y había sufrido hemorragias durante toda la noche. Así que el señor Edge emitió un comunicado de prensa acerca del estado de salud del comedor de coches. Dejó que los fotógrafos de los periódicos tomasen fotos y que el comedor

de coches hiciese declaraciones por escrito. Por el momento, lo único que Mister escribía a los que preguntaban era: «No se preocupen. Puedo comérmelo».

El señor Edge había señalado que no tenía sentido ocultar que estaba sangrando. La sangre atraería a los clientes. Si se enteraban de que estaba sangrando, acudirían en masa. Probablemente podrían doblar el precio de las entradas. Aparte de eso, ocultar la sangre a los clientes no ayudaría a Herman a comerse el Maverick. Sería capaz de comérselo o no. Así que ahora los periódicos, los telediarios y los avances radiofónicos estaban llenos de historias con todo tipo de detalles acerca del tipo que se estaba comiendo el coche y acerca de la sangre que cualquiera dispuesto a pagar podía ir a ver en directo.

Pero por supuesto Herman y Margo no se enteraron de nada de eso hasta que bajaron por la mañana para asistir a su primera evacuación. No estaba previsto que su chulo llegase antes del mediodía, así que pasaron la noche en la habitación de Margo. Ahora los dos deseaban haberse largado antes y no haber visto la evacuación.

—Pero lo mismo puedo ayudarle. —Había dicho Herman cuando Margo sugirió que se saltasen la evacuación.

—Eso es cierto —dijo ella.

Pero ella sabía que no lo era, y también sabía que él lo sabía, que no podía ayudarle, ni él ni nadie. Herman quería quedarse porque quería a Mister, y no podía hacer otra cosa. Pero aun queriéndolo como lo quería, lo más probable es que Herman no se hubiese quedado de haber sabido que las cosas iban a torcerse de aquella manera.

El señor Edge se encontró con un lleno total. Tenía razón en lo de que la sangre atraería al público. Amenazaban con derribar las puertas si no les dejaba pasar, ya fuese para quedarse de pie en los pasillos o donde fuera. Cuando la sala se llenó, cuando ya no se pudo embutir ni una sola persona más en el salón de baile, se abrió una puerta y apareció Mister guiado por las Dragonettes. Le escoltaron por el pasillo que habían dejado libre hasta el escenario para su gran entrada.

El público se puso en pie al instante, peleándose por ver a Mister. Mister se dirigió lentamente al escenario con una

inexpresividad sepulcral, sin mirar a los lados. Tenía los labios hinchados. La garganta cubierta por un hematoma vagamente morado que descendía desde la barbilla y se empezaba a desdibujar entre las clavículas. Fue directamente a sentarse en el trono. Homer se abalanzó sobre el micrófono para presentarle porque le dio la impresión de que iba a evacuar sin que le diera tiempo a presentarle ni nada. El señor Edge no había acabado de ponderar la portentosa valentía de aquel chico americano cuando Mister profirió el primer grito.

El señor Edge se calló a mitad de frase y no pudo terminar la presentación. Agarrado a los brazos del trono, Mister se había puesto a aullar como un perro. La sangre le salpicaba los labios al gritar y por debajo del trono caían enormes goterones de sangre sobre la bandeja de plata. No se oía otra cosa en toda la sala. Hasta la señora de las incansables agujas de punto se había quedado helada. Junell se abrazó a Joe en la fila reservada a la familia. El señor Edge posó la mano en el brazo del médico, en parte para sostenerse, en parte para retenerle, porque habían acordado por adelantado que, pasara lo que pasase, no suspenderían el espectáculo ni socorrerían a Mister a no ser que él mismo les hiciese una señal para cancelarlo.

Y Mister no dio muestras de estar pensando en abandonar. Se retorcía en el trono. Tenía la cabeza echada hacia atrás y gritaba y gritaba. Al final lo único que le salía eran unos ladridos afónicos y quejumbrosos, arañando los brazos del trono y lanzando patadas al aire en incontrolados espasmos de dolor.

Y luego el trozo (aquel primer trozo que todo el mundo había estado esperando) cayó en el charco de sangre que se había formado en la bandeja de plata y, de golpe y porrazo, Mister se puso a evacuar trozo sanguinolento tras trozo sanguinolento. Los doscientos cincuenta gramos completos. Cuando, por último, pusieron a Mister en pie y le sacaron del salón de baile, todos los hombres, mujeres y niños tenían los ojos clavados en el fondo abotonado de los pantalones de tenis de Mister, donde la sangre había dejado una mancha chorreante en forma de lengua.

El taxista no dejaba de echar pestes a causa del tráfico que había en el puente Turner Memorial. Había ido con el morro pegado al tubo de escape de un camión de la basura, pero en cuanto vio un

hueco viró bruscamente y lo adelantó, solo para acabar pegado al tubo de escape de otro taxi.

—Hay que joderse con los imbéciles que van pisando huevos —gruñó.

En el asiento de atrás Herman intentaba olvidarse del taxista, de que supiera lo de la habitación de Margo en el hotel. No iba a pensar en nada de eso. Tomó la mano de Margo.

—Ahí está.

Señaló hacia el lado oeste del puente. La cordillera de coches destrozados se perdía en la distancia siguiendo el curso del río Saint John.

—Es grande —dijo ella.

—El más grande de todo el estado —dijo él.

—¿Alguna vez te has fijado en la cantidad de cosas que son las más grandes o las más viejas o las más limpias o las más sagradas?

—Alguna vez —dijo él.

—Me deprime un huevo —dijo ella.

—A mí también —dijo él—. Pero no siempre ha sido así. Hubo un tiempo en que no me preocupaba en absoluto.

—A mí igual —dijo ella.

Pararon delante de Auto-Town. La International de Easy Mack estaba aparcada frente a la entrada de la verja. Hicieron como que no la habían visto.

—Van a ser nueve dólares y veinticinco centavos, amigo —dijo el taxista.

Herman seguía llevando el traje de seda verde de Mister. Sacó del bolsillo interior de la chaqueta una cartera nueva de piel de cocodrilo. La abrió. Estaba llana de dinero. Sacó un billete y se lo dio al conductor.

—¡Madre mía, para esto no tengo cambio!

—Quédeselo —dijo Herman.

—¡Cincuenta pavos!

—Sí —dijo Herman—, quédeselo.

Era el billete más pequeño que había en la cartera.

—Oiga —dijo el taxista—, ha sido un privilegio llevarle. Dígaselo a su hermano, ¿me oye? Dígale que para mí siempre será un privilegio llevar a cualquier miembro de su familia.

—De acuerdo.

Ya se habían bajado del vehículo. El taxista se quedó mirando un buen rato a Margo, el dobladillo de su minifalda y la zona donde convergían sus apretados muslos. Parecía que quería decir algo, pero al final se contentó con un leve gesto de despedida y se largó pitando. Herman y Margo quedaron envueltos en la nube de humo azul que despidió el tubo de escape y mientras se iba asentando contemplaron el ondulante paisaje de coches desguazados. Probablemente nunca hubiesen mencionado a Easy Mack de no haber aparecido este de repente, a unos quinientos metros, encima de una montaña de coches, abriéndose camino por el escarpado horizonte hacia el río.

—Tu padre —dijo ella.

—Sí —dijo él.

Observaron cómo avanzaba lentamente a través del cielo amarillento.

—El pobre viejo hijo de puta —dijo ella.

—Sí —dijo él.

Easy Mack había estado presente en la habitación del hotel cuando subieron a Mister tras su evacuación matinal. El señor Edge hizo que Joe mandase a uno de sus hombres en busca de Easy porque pensó que la presencia de su padre podría ayudar a Mister a deglutir mejor el Maverick. Cuando el viejo llegó al hotel el señor Edge le comentó lo del cambiazo y lo de la sangre que le había salido a Mister por la garganta tras la primera ingesta.

Aquello asustó mucho a Easy Mack y se negó a bajar al salón de baile para asistir a la evacuación. Luego, cuando subieron a Mister con las piernas ensangrentadas, Easy se puso a llorar. Lloró y le dijo a su hijo que ya lo había solucionado.

—Ya está arreglado, hijo. No tienes que preocuparte por nada. Lo he arreglado. Lo he arreglado.

El médico había obligado a Mister a tenderse boca abajo en la cama mientras se afanaba por detener la hemorragia. Y Easy Mack besó a Mister en un lado de la cara y siguió llorando y repitiendo una y otra vez que lo había arreglado. Pasó un buen rato hasta que descubrieron que hablaba del Cadillac. Y en cuanto lo descubrieron, el señor Edge protestó:

—Eso es mentira —dijo el señor Edge—. Nunca lo reparó porque nunca estuvo averiado.

Pero a Joe, a Junell y a todos los demás solo les preocupaba si el médico iba a ser o no capaz de detener la hemorragia. Y cuando por fin tuvieron tiempo para Easy Mack, el viejo ya se había ido. El señor Edge mandó al jefe de botones en su busca, pero ya no estaba en el hotel. Y la camioneta International tampoco estaba en el parking.

—¿A dónde va? —preguntó Margo.

Herman había subido con ella al Hogar del Desguace para enseñarle dónde vivían. Estaban en el salón asomados a las cristaleras que daban al río. Easy Mack recorría lentamente el horizonte despedazado y descendía por la quebrada de coches destrozados hacia el valle.

—No lo sé —dijo Herman.

—¿Qué es eso? —dijo ella—. ¿Qué es esa cosa?

—Un prensador de coches.

—¿Un prensador de coches?

—Aplasta los coches hasta reducirlos a piezas pequeñas que puedan embarcarse como chatarra.

—¿Embarcarlas a dónde?

—A las fábricas de coches.

—¿Y qué está haciendo ahora?

—Se está subiendo al prensador.

El anciano se encaramó y se sentó en la plataforma del prensador. El aliento pútrido del río les envolvía.

—¿Quieres que demos una vuelta? —preguntó él.

—Si tú quieres —dijo ella.

—Vamos.

Bajaron del Hogar del Desguace. Le cogió de la mano. Cruzaron el patio sembrado de cristales y la planicie de coches devastados hasta llegar al valle. Avanzaron entre columnas de coches plantados en las posturas más fantásticas. Siguieron su ruta hasta detenerse por fin al pie de un escarpado barranco. Pero justo delante de ellos había dos coches dispuestos en forma de V invertida, una especie de arco, de la altura de un hombre.

—Este es el túnel que lleva al Rolls Royce, ¿verdad? —dijo ella.

—Sí —dijo él—. Uno de ellos. El que usaba yo.

—Y quieres enseñármelo.

Fue la tranquila afirmación de un hecho.

—Hace tiempo que ni yo mismo lo visito —dijo él.

—¿Cuánto?

—Desde que ella murió ahí dentro. Desde el día en que la encontraron ahí dentro.

Fue ella la que abrió la marcha, pasaron por debajo del arco y penetraron en la montaña. En realidad no se trataba de un túnel sino de una larga sucesión de espacios abiertos al azar entre los coches, por encima, alrededor y a través de los coches. Ahora era él quien encabezaba la marcha, sin prisas. Ya no había tanta luz. La oscuridad había ido aumentando. Pero aún se podía ver. Y así siguieron profundizando en la penumbra hacia el corazón de la montaña. Indiferentes al óxido, la grasa y la mugre, abriéndose paso poco a poco a medida que el túnel se iba estrechando.

Él se detuvo. Ella estuvo a punto de chocar contra él, asomó la cara junto a su hombro. Delante tenían un Rolls Royce Silver Cloud bloqueando el túnel, cortando el paso. Un magnífico turismo enorme, venerable y hecho una ruina. Él le abrió la puerta de atrás. Ella se subió. Él la siguió y cerró la puerta. El polvo que levantaron de los asientos al entrar se les posó en la cara, los brazos, las piernas y la punta de los zapatos. La luz no era tan mala como para no verse.

—Pensé que me hartaría de follar follando —dijo ella.

—Sí —dijo él.

—Follándome a todo el mundo.

—Sí.

—No creo ni que ese hijo de puta supiese a qué animadora se estaba follando aquella noche en el naranjal.

—No —dijo él—. Seguro que no.

Se quedaron sentados mirando al frente. Las sombras de otros coches se cernían sobre ellos a través de las ventanillas.

—Pero comprendí que no iba a funcionar —dijo ella.

—Ya —dijo él—. No te puedes follar a todo el mundo. Y solo funcionaría si pudieses follarte a todo el mundo.

Ella le cogió la mano. Los dos tenían la vista clavada al frente. Ella sonrió. A lo lejos oyeron el estruendo del prensador de coches al cerrarse. El sonido reverberó bajo la montaña de coches. Unas motas de polvo se alzaron frente a ellos y se quedaron suspendidas en el aire muerto.